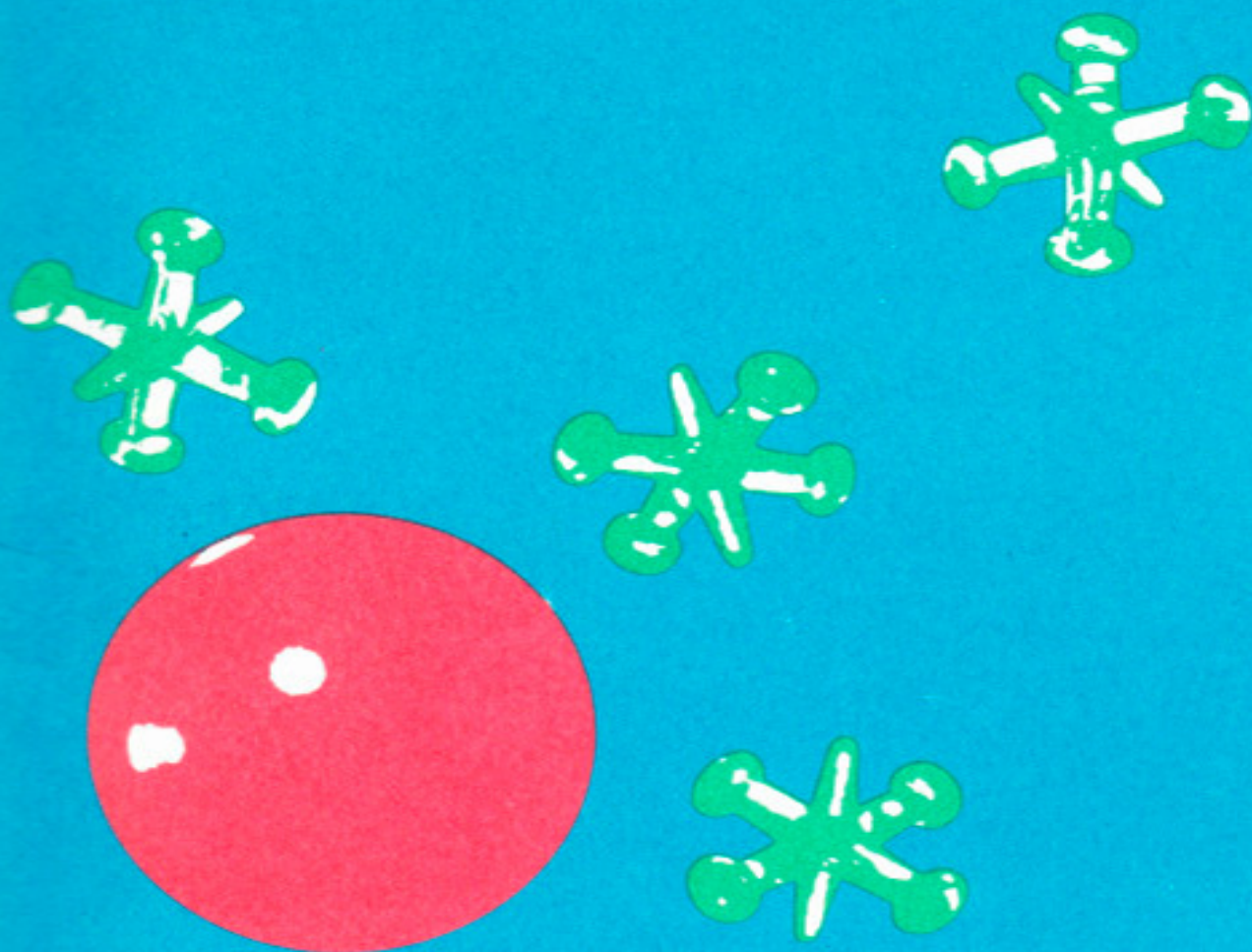


CAPERUCITA EN LA ZONA ROJA

Manlio Argueta



PREMIO
CASA
DE LAS
AMERICAS
1977
novela



ePUB

Caperucita en la zona roja, de Manlio Argueta, conjuga la acción de lo humano individual y cotidiano con las circunstancias históricas y sociales, no sólo de la realidad salvadoreña, sino también la de cualquier otro territorio americano donde el enfrentamiento de clases es más agudo. La violencia, la opresión de las oligarquías, la penetración yanqui, y la frustración del hombre, son temas que se manejan en la obra con gran riqueza expresiva y fuerza narrativa. Argueta, valiéndose de una serie de vigorosos personajes, inserta elementos populares en la narración, a través de letras de canciones, refranes y frases hechas que se incorporan al lenguaje de la novela contemporánea con acertada eficacia.

Las páginas de *Caperucita en la zona roja* nos ofrecen en esencia una visión general, a la vez que precisa, de un pueblo que aspira y lucha con heroísmo por tomar en sus manos la ejecución de su propia historia.



Manlio Argueta

Caperucita en la zona roja

ePub r1.0
Titivillus 19.03.2020

Título original: *Caperucita en la zona roja*

Manlio Argueta, 1977

Premio Casa de las Américas, 1977

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en **ePubGratis**

Índice de contenido

Cubierta

Caperucita en la zona roja

I. En el bosque

II. Los lobos

III. Caperucita

IV. Zona roja

V. Otra vez el bosque

VI. Otra vez la zona roja

I

EN EL BOSQUE

1.

Es una decisión repentina, inexplicable irme después de cierto tiempo en este cuchitril, rodeado de pequeños objetos, algún libro, mesita de noche, bolígrafos en desuso, zapatos viejos. Entro al cuarto de doña Gracia para que me diga cuánto le debo. Pienso irme (tímidamente). No sé cómo pagarle (atemorizado). ¿Qué dirá la Hormiga cuando no me encuentre? No poder pagar la habitación es suficiente aunque parezca un problema de conciencia. Algo me obliga a decírselo sin pensarlo mucho. «Mejor me voy a vivir bajo los almendros de río», sentado en una rama del verde limón, la pájara pinta. Haciéndole «cuis-cuis» a la gente, en una ramita de flores rosadas, el chirrión con pijo de flores como un collar erecto. Así tengo el valor de ir al dormitorio de doña Gracia para decirle ya me voy, pero por qué si nadie lo está echando. Desde hace dos horas no siento los pasos de ave trepadora de la Hormiga, subiendo las escaleras hacia donde tiende ropa, pasando un trapo en el piso que brilla de suciedad sana. «Cuando la vida hermosa es un martillo lo mejor es marcharse para siempre», parodiando una frase de memoria que dice martirio pero

vale verga. ¿Quién me lo dijo? ¡Ah! mamá, cuando ella estaba viva y su manía de hablar en endecasílabos. Duerme la siesta. Doña Gracia, pues mamá nunca durmió siesta. Irme ahora que no has llegado, linda Hormiga peruana de junco y capulí, con el pelo cubierto por un pañuelo rojo y asomándose los mechones por la caperuza, los mechones que se van al cielo con el viento. Perdone que la moleste, cuando toca la puerta (aterrorizado). Mi voz de chucho con soco. Me-me perdo-dona, tartamudeando cada vez que digo cosas cuando son del alma. Echo a un lado la cortina y le digo quiero arreglar la cuenta y se sienta en la cama, espéreme que estaba acostada un dolor de cabeza ya se me quitó gracias, a través de la cortina con pinos azules. Espere mijito, porque para ella soy su hijito. Me siento en el canapé, flojo ya de tanto sentarse, de tantas nalgas el pobre. Me dice: usted como que está enfermo. Aparta los pinos azules que se le van chorreando por la espalda. «Siéntese», le digo. «Cinco meses hacen quinientos», con su lógica de buena persona, de mamá querida y muerta al cumplir yo los ocho años caminando entre los amtes de hojas brillantes. De acuerdo, le digo mientras hago memoria de cuando le trasladé el piano a la Clementina, una poetisa hondureña, para su fiesta de agregada cultural y el piano se vino abajo, barranco abajo rodando hasta hacerse mierda en la carretera a Santa Tecla. Y yo: ¿Con qué pelos voy a pagarlo? Y ella: ni con todos los pelos de mi deshonordez alcanzaría, chillando y lagrimotas y puteadas al escoger. Y yo, pobrecito poeta. Doña Gracia quisiera saber lo que estoy pensando pero se hace así; me lo dice su cara de qué le pasa, mijito. Te dejé la nota, Hormiga culito parado, amor de hierbabuena. No se aflija doña Gracia. Saco un reloj de cinco rubíes y medio. Si usted quiere los contamos. No sea loco. Ahí están los cinco y medios ojitos rojos. Usted no se encuentra bien. Cómo lo sabe, le pregunto. Se le nota,

parece que estuviera durmiendo el sueño de los justos. Yo: ¿Queseso? Déjese de locuras y le voy a poner el termómetro, mientras me toma de la mano. «Putá, si está que arde». Y después sus manos están sobre mi frente. Mamá querida en hombros de mis tíos sembrada en la tierra negra que los años depositaron en las estribaciones del Chaparrastique, el volcán más azul de mi país. «Usted no se va». Me lleva de la mano escalera arriba; cada grada es un temblor de piernas flojas. «Niño, está temblando». Y cada quien debe echarle tierra para que no salga su fantasma; y hago como que no puedo tirar la palada de tierra porque yo sí quisiera que me saliera su fantasma. «Yo no soy su mamá». La mano en mi frente mientras le traigo agua y una aspirinita para que le baje la fiebre. Me voy despertando poco a poco; y al mismo ritmo abriéndose la ventana que va a dar al secadero, por donde estoy mirándote todos los días, Hormiga locataria de mialma, con poemas dedicados a vos. Y más allá los zopilotes volando arriba de un basurero en los barrios de Soyapango.

2.

Cuando estaba en el Café Latino sabía que no llegarías pero fingí esperarte, para caracterizar el papel de un individuo que es el común de la gente. Sabes, son estas situaciones llamadas catarsis; o sea hechos en que las cosas andan patas arriba y hay que darles vueltas como en la cámara fotográfica, donde las cosas tienen las manos y los ojos al revés. Eso eres, imagen patas arriba, murciélago colgado en cualquier rama del aire. Mirar en tu verdad y no en la mentira de las apariencias, tenés la mala suerte de no clasificarte en ninguna de las cualidades o temperamentos sos la excepción de las excepciones. Como quien dice la normal entre los anormales. ¿Verdad animalito?

—Sabés que esta cafetería no me gusta nada, pues toda la gente ve Jo que estamos haciendo y hasta cuidarte de los ruiditos al sorber el café, este lugar con las ventanas abiertas y exhibiéndote en un escaparate.

—Una manera de mostrar nuestras riquezas, constituirnos en maniqués del hartazgo, heliogábalos de esta bella edad medieval con automóviles y mesas a la orilla de la ventana.

No te aparecés cuando se te invita. Tenés el valor de dejar olvidada a tu pobre Hormiga, mirándome los movimientos en los cristales de enfrente, clavada en ese cafetín de ladrones y comerciantes. A saber por donde andarás, Al, buscándome en algún lado. Y nunca me encontrarás. Hablándome con tus lenguajes raros, me buscás en otra parte, en sitios recónditos. Ni que fueras abstracción. Y luego te aparecés sin avisar, sorpresa envuelta en papel de china; y así como has llegado no estás en ninguna parte, sos el hombre invisible que siempre perseguía a los cipotes en la oscuridad de los dormitorios. Lo peor es que te vas y no regresás nunca; hacés el viaje definitivo abandonándolo todo, a esta Hormiga que piensa dos veces para abandonar este palillo de fósforos, me abandonas como a un pedazo de tortilla vieja, comida inservible, soldado desconocido, animal muerto. Recuerdo.

Y se levanta la imagen del cristal de enfrente, sale por la puerta principal y va al encuentro de su propia figura. Me doy un abrazo con mi propia sombra que como un chucho aguacatero detrás de su amo, va pisando sus propios desaparecimientos. Pensando que si alguna vez nos vemos de nuevo será para no separarnos y encontrarnos en el cuartito de las fotografías, con cipotes cagones que pertenezcan a este mundo, cipotes que chillen, que jodan, que quiebren platos, que sean distintos ahora y en la hora de llegada la hora, amén.

3.

—No me notás diferente, Hormiga, sucede que estoy callado desde hace una hora. ¿Con quién voy a hablar si este día ya lo dijimos todo? Es más, hemos agotado los argumentos por dos semanas de adelanto. Querés sacarme las palabras a cucharadas. Ser diferentes es hablarte menos, dejar de mirarte por un segundo o por mucho tiempo; porque vos ni yo atinamos el tiempo...

—No es nada...

—No podés ocultarlo...

—Me hablás desde el otro lado del cancel; estamos en países distintos, entendiéndonos por señales, porque esa voz tuya desde la cocina suena a cualquier cosa menos a vos. Tu palabra teléfono es incomunicable. Enciendo uno de esos cigarrillos que te parecen apestosos. Estamos hablando en lenguaje distinto; sí, ¡eso es!

—Mi loco perdido, mi lobo.

Ajá...

—Como protesta colocaste el cancel que separaba la cocina del dormitorio y que ahora separa las dos camas. Y has dejado la cocina desnuda. Sabés que no me gusta que me vean cocinar. Y mucho menos vos pues podría quedar petrificada, hipnotizada con tus ojos de culebra terciopelo. Y hablar de uno a otro lado es para volverse sonámbulo. Pero no hay mal que por bien no venga: ya no me verás cuando me desnudo. Porque siempre que me ves desnuda te dan ganas de cercarme. ¿Por qué me ves así cuando me ves desnuda? Y me contestás con lo mismo; ¿por qué entonces te desnudas delante de mí como si estuvieras haciendo la cosa más natural del mundo? Y te digo: desnudarse es ir a la cama, ir al baño. Y me decís: mi piel de pluma, no me abandones. ¿Y quién te está abandonando? Si no te gusta cerrá los ojos.

Llevamos esos diálogos a larga distancia, por la radiografía de la conciencia. Y del cigarro apenas está quedando un poco de ceniza al viento negro.

—¿Sabes que me gusta ver tus fotos pegadas en el cancel? ¿Por qué hay tantas fotografías tuyas pegadas en el cancel? ¿Acaso se te están aflojando los tornillos, mi amor churrutaco lindo? Si tenes un espejo no necesitas fotografías porque con el espejo podrías reproducirte mil veces por minuto.

De pronto nos ha dado por los porqués. ¿Somos una interrogación o somos la misma pregunta de siempre? ¿Es esto la duda? Alguna vez estaremos sin hacernos preguntas y será cuando ya no nos entendamos, cuando todo se haya perdido en el mundo y estemos parados en medio de una arena amarilla que nadie sepa por qué estamos solos. Vos estarás parada frente a la cocina y yo estaré encadenado a la silla en estas cuatro paredes parecidas a nuestros sentimientos. Hacernos la misma pregunta es encontrar los eslabones hacia la misma cueva; ahí nos hemos encontrado hasta pegar nariz con nariz, boca con boca, tus labios y los míos, una palabra en la oscuridad.

Hormiga da un gritito —o mejor dicho un gatito.

—¿Qué te pasó?

—La cacerola está caliente, por poco se me cae la manteca un día de estos voy a terminar atada (quiero decir asada ¿por qué debemos estarnos equivocándonos siempre?)

—Te noto diferente, Hormiga.

—¿Por qué lo decís?

—El modo de mirar las cosas.

—Me gustaría llamarme Sofía o María Elena, ¿qué te parece?

—Nunca estás conforme...

—O virgen María madre de dios...

—Qué más querés, te llamás Caperucita, sos el bosque lleno de flores y conejos.

—Y vos el lobo.

4.

—¿A quién se le ocurre poner un cancel entre dos camas de dos locuras que se adoran?

De nuevo surgen las preguntas. ¿Por falta de inteligencia caímos en esta unión desesperada? Y todo esto se llamaba amor mientras los días y los meses llegaban a sembrar el tedio. La desesperanza de estar el uno asido al otro, gabán viejo, sombrero en un clavo; vos posando rígida, cubierta de amarillo limón y las infalibles flores en tus faldas de la foto; yo maniatado a uno de tus brazos; o tú prendida como una garrapata a la vida ajena. Cada uno es la percha del otro. Me dejás una nota importante donde me decís que es necesario —así en tono culterano— reconsiderar nuestras desavenencias, y para ello debo admitir los errores; uno de ellos sería no recordarme de nada cuando estamos juntos — porque eso nos pasa, como si no nos concentráramos, ese es el mayor defecto o la mejor compañía. Pongo la mente en blanco y me desmayo; hacés cabriolas, mimo en cuatro dimensiones. Tu sombra recoge los papeles de la basura tirados en el suelo, lavas los platos sucios de la cena, enciendes un cigarrillo y te sientas sobre mis piernas (y luego habla de mis cigarrillos apestosos). Llegar al cansancio y darnos cuenta que para salvar las separaciones inevitables debemos haber sido desiguales y no estos seres que se parecen tanto el uno al otro, igual que si estuvieran viéndose a sí mismos.

—Se me imagina que ha de ser alta, muy seria y educadita, como todas las muchachas que se aparecen de pronto para destruirlo todo.

—Ajá...

—A cambio de lo que te hago sufrir, ella puede darte lo que yo no pude ofrecerte. Lo admito. Ves como esta muchacha guapa también sabe ser un animal condescendiente.

—Esta obstinación de admitirlo todo, de agredir con defensivas: tiras las dentelladas a uno y otro lado hasta alcanzarme y rasguñearme. Y me defiendo a dentelladas.

—Terminas aullando por una de las ventanas desquitándote de lo imposible. Le ladras al cielo y sos mi perro más querido. Querido perro, dame una patita. Estamos en este umbral claroscuro. De alguna manera comprendemos que es imposible permanecer aullando en la ventana.

—Me retiro a la alcoba, es decir a mis petates con campulgas, a olvidar.

Preferible a esta disertación en medio de la sala o en la cocina llevarse la maleta al dormitorio, a creer que estás dormido o por lo menos descansás los músculos, el «relax» como la salvación tardía.

El reloj de algún lugar da siempre las ocho y nos encuentra en la misma situación Horm lavando los platos que no lavó en el almuerzo y yo buscando un rincón para hablar conmigo mismo. Si supieras todo lo que pasa. ¿Y qué es lo que pasa gasa? Repitiendo el sermón de la montaña mágica. No quiero explicar más. Olvidate de los platos, de la ropa sucia, dejala de lavarla en casa y llevatela para el río. No aclarés nada, que yo no soy un adivina adivinador quien tiene el cutete (o el anillo). Y me llevo el delantal a la cara. Lloras que das pena por amor a magdalena. Así, con tanto resentimiento que te vas a atragantar el galillo.

—Sí.

La verdad está a la vista, Hormiga comedora de frutas, no podré querer a nadie más que a vos; después de tantas

experiencias decime qué camino queda, con tus arrumacos, con tus atenciones de boquita que querés, con tus salivas, decime. Tu amor es este cuarto a media luz, donde cada quien aúlla como un perro por una ventanilla que va a dar a las nubes. Aullar es otra manera de sentirse importante; y sin embargo aullamos cuando somos felices; para presentir la existencia, ya que de otra manera pasaríamos como animales irracionales, risibles y pendejos.

—¿Qué más querés si te doy atenciones del gran hotel?

Recibo con felicidad cada una de tus palabras. ¿Has notado el cambio? ¿Estás viendo ya cómo te adoro? Sos mi princesa de lapislázuli. Quisiera decirte amor en todos los idiomas pero de nada serviría porque no entenderías. Si no fuera por tus silencios serías el hombre más perfecto de la casa.

—Ajá...

—¿Por qué de tus silencios de cuarentona? Decime.

—Ajá...

—Estoy jodida con tus ingratitudes. Dejame un rato a solas con vos, habíame con tus palabras de antes. Dejame verte de verdad.

Hasta que te vas quedando dormida, cansada de hablar con la pared y el cancel con fotografías de periódicos. Duermes. Dormida sos un animal pacífico, conejita de los huatales comiendo berro. Los nervios se te van para otra parte. Cubierta toda por la sábana, de pie a cabeza que sólo se te ven las ventanillas de los ojos, mirando a la pared y sin darte cuenta que espío y acaricio, como al lomo de un caballo, el menor movimiento tuyo. Fisgoneador de tus sueños, eso soy. Pequeñas sonrisas de ay amor ya no me quieras tanto. Tu naricita de niña con un cesto lleno de frutas para abuelitas hartonas. Oliendo al enemigo que soy, tratando de abandonarte para siempre y no dejar huellas para que nunca se sepa qué te hiciste ni para dónde has

cogido; y para que nadie se dé cuenta si en verdad hemos existido antes de esta noche tan real. En esta casucha de chocolate, un dormitorio-cocina-miadero-comedero; y al lado un radio pisirico que da noticias en voz baja. Vos diciendo dormida: ¿Cómo querés los frijolitos?

Hasta que llegamos al otro día, rápido, que se ven correr los árboles del camino. Despierta mi bien despierta, ojitos bizcos mirando para todos lados con conciencia de ¿en qué diablos estoy metida?

—Ahora sólo me hablás entre dientes porque te has enamorado de otra, porque ya no me amás y has dado una vuelta de quinientos grados como si fueras un animal de cuerda.

Comienza a saltar el animalito de cuerda: dos pasos en dirección al fondo de la casa. Mis ojos echan fuegos fatuos.

A mi espalda el ruido de la cuerda desenrollándose. Hormiga viéndome con extrañeza y está bueno ya. Sigo caminando. Pega un grito para confundirme. La he dejado atrás. Y veo de reojo que se lleva el delantal a los ojos; eso que siempre hace cuando quiere llorar no llora y a veces llora sin querer o cuando comienza a impacientarse. Alguna vez debemos comportarnos humanos, ¿te parece Hormiga? —digo para consolarla. Y la cuerda haciendo tric-trac-tric. Si seguís llorando vas a inundar la casa. Hormiga estatua de sal, haciéndote la evidente, con lagrimones del tamaño de un jocote de Usulután.

—Nosotros no somos niños para estar escondiéndonos detrás de estos juegos extraños.

Mirame la cara, mis músculos, todas mis expresiones están dedicadas a vos. En estos momentos de dos seres felices pascuas y próspero año nuevo.

—Y te burlás de mí. Yo, esclava. Vos desagradecido. Tu silencio es el peor aullido de lobo. Tu silencio que no sé en qué idioma lo expresás.

La cuerda sigue desenrollándose hasta que llego a la pared del fondo. Tropezco en el primer obstáculo y doy pasos en falso. Sólo puedo caminar en línea recta, he ahí el problema. Mi nariz topa en la pared helada, así estoy hasta que se agota la cuerda. Hormiga se traga los mocos del llanto. A la mierda, mi amor, para qué te ponés a jugar si sos tan sentimental. Se terminó la cuerda y dejo de moverme.

—Me dejabas encerrado en la casa.

—Vos decidías quedar encerrado y espiar a la calle por entre las cortinas; más al contrario, tenías tu leche a tiempo, tu buena comida. Si estoy mintiendo decímelo de una vez.

5.

Todos los días tomamos una cerveza a la hora del almuerzo. Ella, pantaloncitos cortos color ocre, cruza las piernas mientras le hablo de cualquier cosa. Me mira con estupor y repudio. Recuerdo cuando íbamos a comprar plátanos fritos a la esquina del hospital, a poner piedras debajo del sombrero para que los indios caluazul pies descalzos y la boca trompuda le pegaran una patada. Las calles anchas. Salir a mitad de la calle empedrada a buscar clavos y piedrecitas de rayo colérico. Recuerdo la ciudad de los garrobos, San Miguel tirate un pedo y jugás con él. La pared de doscientos metros del San Juan de Dios. El palo de caimito y las sacudidas que le dábamos en la noche para que salieran volando las golondrinas y chocaran contra los doscientos metros del hospital. Salíamos con tres o cuatro golondrinas cada uno. Se te va a enfriar la cerveza. Mamá me pegaba duro con un palo sin que él les hiciera nada. Y en la mañana las curaba de la patita rota o del ala desguabilada. Y cuando estaban sanas las dejaba ir, las

sacaba de su casita de cartón marca frigidaire. ¿Le vas a regalar el vestido de Caperucita? ¿Qué Caperucita? ¿Qué vestido? Trato de recordar mis promesas.

—Este encierro es una mierda.

La pilsener en la mesita de la sala, una mesita de pino color de chocolate caliente. Olvídate de todo, me tenés a mí y punto. Sentada en una silla roja de hierro y asiento de hilos plásticos. ¿Te gusta estar desnudo? Me encanta estar cómodo y nada más. La camisa del mismo color ocre del pantalón, sólo que al lado izquierdo tiene unas letras azules bordadas que dicen SÍ y en la espalda NO. ¡Quiúbole loquita! Cara de pájaro, caminás sobre las plantas de los pies, ave palmípeda; vas a la cocina a hacer cualquier cosa, te aburre estar sentada, quieta en el mismo lugar, te llevas la boca de la botella a la boca antes de levantarte y regresás con unos pedazos de queso en un platillo. Comé, así sabe mejor la cerveza y se vuelve a sentar en la silla de hierro. Se hace la desconocida. Mira la foto grande pegada a la pared para cubrir los ladrillos y se va a caminar por las calles. Me ve desde uno de los faroles de la esquina en la fotografía. Hola señorito ¿qué está haciendo tan solo, sentado en esa banqueta amarilla tomándose una cerveza a las diez de la mañana y llevándose todos los pedacitos de queso a la boca olvidándose que no sólo usted tiene ganas de comer? Con su risa espontánea que obsequia confites en el mostrador principal de los mercados. Yo no deseo hablar, porque es día domingo. Ella lo sabe y por eso me insinúa cosas y me insinúa cosas y me atiende como si fuera una esclava. Encerrados en cuatro paredes, emparedados, no existe otra cosa en el mundo salvo estas cuatro paredes y estas dos sillas de hierro, el cancel y las banquetas de color y la fotografía en la pared y unas flores de papel, unas flores más grandes que nuestras dos cabezas juntas que comienzan a desteñirse por el tiempo, metida en una ánfora

barata de «tang», el jugo de naranja y caca en polvo con ánfora es suya por unos centavos adicionales; las flores han tomado un aroma a jugo de naranjas. Me gusta más el «tang» que la cerveza. No me oye; todavía anda paseando en las calles profundas de la fotografía, ella es la que está parada debajo del farol esperando por el taxi, cerca de una estatua desconocida. Para mí, mejor que te pierdas, que cada uno de los dos se pierda, cada quien por su lado. No tenemos nada que hacer, es domingo y no podemos salir a ninguna parte, nos hace falta el pasaje para escaparnos de este barrio tan lejos de cualquier lugar importante de la ciudad. En la tarde vamos a ir a dar vueltas por los árboles de maculís floreados. Y vamos más allá a mirar la ciudad a lo lejos sembrada de postes de tendido eléctrico. Si querés otra cerveza la voy a comprar. Se levanta dormida, le miro sus piernas desnudas, sus pantorrillas delgadas, sus rodillas como dos bolas indígenas, su pelo corto metiéndosele en las orejas y los ojos de loca Amparo. Anda pues, por lo menos tenemos para comprar una cerveza más.

—Decíle a la doña de la tienda que lo siento mucho.

—No te da vergüenza.

Hace una semana murió el marido de la doña de la tienda y no he podido acercarme a lo siento mucho. Pero yo no lo siento, porque la muerte para él era una salvación, ¿creés que es poco estarse quejando más de quince meses, hasta que sólo podía silbar sus dolores? Le pusieron morfina. ¿Por qué mejor no le pegaron un balazo? Ella sabe que es una broma eso de decirle a la doña que lo siento mucho. Mejor estése cómodo y no se meta con nadie pero el día que usted se muera no vaya a quejarse si nadie lo acompaña, ¡insociable!

Y sale dando un golpe a la puerta.

Quedo insoportablemente solo.

¿Cuándo volverás? Pero sólo estoy hablando con la fotografía. Algún día la vamos a poner en la pared. Y ahí está, puesta en la pared. Avenida Carlos Tercero, sin indicación de lugar ni fecha, unos edificios de cuatro a seis pisos, una calle amplia con automóviles y estatua. Todo bien distribuido como si la calle comenzara en esa pared. Alguien debió dártela, a lo mejor conocés ese lugar y no querés decírmelo por temor. Es una de sus ironías: vos no querés decir nada por temor, no por enfermedad. Está bien, si eso te place. Y la tomo por detrás con todas mis fuerzas, la aprieto formando un duro anillo con mis brazos sobre el abdomen. Me vas a ahorcar, oso furioso. ¡La voy a ahorcar del abdomen! Y nos comenzamos a reír. Me vas a ahorcar. Yo no aguanto la risa y la suelto, ella se deja ir contra mí y me empuja contra la silla, cae sobre mis piernas, la silla de hierro se aferra al piso de argamasa. No seas tan brusca, algún día nos vamos a matar.

¿Cuándo será ese hermoso día, ese bello día de morir?

Y comienza a hacerme cosquillas en el bajo vientre. Ya no le grito desesperado. Verdad que no aguantás nada Sí, no aguanto nada, si seguís con esas cosas me vas a matar. Para vos es una cosa bella la muerte, pero para mí es una manera de seguir sufriendo por medio de otros, si no que lo diga la dueña de la tienda. ¿Cuándo será ese bello día de morir! ¡Bello día! ¡BELLO DÍA! ¡BELLO día! ¡Bello DÍA! Como si estuviera loca y de nuevo se me tira sobre las piernas pelándome los dientes y amenazándome con sus manos en forma de garras. ¡Te voy a comer! Dejame estar tranquilo, le grito, ya deja de esos juegos de lobo. No son juegos, es de verdad. ¡Dejame gata, dejame tigre! No soy gata ni tigre, soy la justo juez de la noche. ¡Ah, usted es ese señor gigante que se pasea por las calles en las noches de luna! Pues entonces no le tengo miedo. La tomo de las muñecas y la dejo desarmada. Comienza a tirarme mordiscos. Una

mordida en las mejillas que me hace pegar un grito, y respondo con un empujón que la hace caer al suelo. Con ganas de golpearme y me golpea. Me mordiste, me dolió, no seas grosera, le protesto para que se le olvide el empujón. Me duele el culito, dice queriéndose reír pero con grandes lagrimotas en los ojos. Está llenando el piso de migas de pan. Vas a atraer a los pájaros, deja ya de despeñicarte, siéntate en mis piernas, ave trepadora, enseñe le voy a dar unos masajes. ¡Pobrecito culito! Y como si no quebrara un plato se está así de quieta limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano. Usted tiene la culpa de estas violencias, usted quisiera matarme de risa. Nadie se muere de risa, al contrario todos se mueren de una manera triste. ¿Por qué será? ¿Por qué será que nadie muere feliz? Eso decís vos pero los que no son felices son los que no están en el pellejo del muerto. Todos tienen los ojos apagados, los músculos se les caen y la piel es reflejo de lo que les pasa por dentro, tienen un color inexistente, distinto a todo y no parecido a nada. Es el color de la muerte, es el color de la vida. Le pongo la mano en las caderas y le sobo las nalgas.

Toca la puerta.

—Ya voy.

De qué te estás riendo, dice desde la puerta con dos botánicas de cerveza, una en cada mano. Estaba pensando en vos, en tus juegos pesados y las veces que te enojas sin razón alguna, falta de humor, espíritu destructivo, hacés de la tragedia una pieza cómica, reír una hora es, por supuesto, más favorable que una docena de cervezas; tu seriedad es uno de esos barcos de primera; tus ojos encendidos, incendio en el bosque. Tus pantalones cortos, el cuarto lleno de periódicos viejos y revistas. Muñecos absurdos guardas desde la infancia, la fotografía de la Avenida Carlos Tercero y en fin. Bueno, pues, terminá tu discurso, ahora dejame entrar.

Mi cuerpo no la deja entrar, ella se deja ir en mi contra.
—Entrá pues.

Las botellas abiertas. Me vuelvo a sentar luego de un intento de ir en busca del destapador. Sentado siempre en la silla de plástico; ella se tira en su lugar predilecto, frente a mí, a unos dos pasos, pero tan lejana como si la estuviera viendo con unos prismáticos al revés. Se lleva el biberón a la boca. El caimito de las golondrinas en el patio del padre Lapuerta; luego nos íbamos dando saltos en un solo pie para que nos diera pan con miel. Bueno la pandilla estaba formada por unos cuatro muchachos y tres muchachas. El padre Lapuerta se sentaba en sus piernas a las muchachas, que eran unas señoritas lindas de seis años promedio. Yo tenía siete. Cara de León tenía nueve años, era el mayor, el padre Lapuerta se los sentaba en las piernas y era a quien más pan con miel le daba. El padre Lapuerta y Cara de León de una manera libi. Cara de León de una manera sex. Nosotros éramos unos inocen. El padre Lapuerta era un angeli. Todos nosotros éramos unos pin-pin cayó Berlín mientras le halábamos la cola a los chuchos, unos sana sana culito de rana, mi papá es el dueño de todos los barcos del mundo, mamá es la dueña de todo este barrio. El padre Lapuerta era un ego sum lux e everita et vita. Vas a tener que narrarme tu vida para ayudarte a aclarar las cosas. Sí, querida, tomándome la cerveza. Tomándose la cerveza. Las dos cervezas del sábado y luego toda la tarde no sin antes dar una breve comida de cubitos de queso.

6.

Ojalá que llueva, me gusta una noche oscura más que una noche de estrellas. Siempre se te ocurren ideas descabelladas, sobre todo si estás en el cuarto del fondo, con la ventana abierta, sentado a caballo en la silla de

plástico. El cielo oscuro enfrente, hediondo a oscuridad, destilando agua de orines pulcros, agua rancia, mar sucio, charco de lodo pútrido, cielito lindo hijo de cien mil putas. No me le echas mucho aceite a los frijoles —digo en tono de súplica. Hormiga está cocinando, me lo afirma la cuchara en sus manos y el chillido en la cacerola. Como no me contesta vuelvo a gritar: sin mucho aceite en los frijones. ¡Mierda! Me he atragantado por vos, Hormiga, que nunca contestas cuando te hablo. La cocinera soy yo, usted espere hasta que llegue la orden —dice con un gesto de muchachito cuanto te quiero. Me ofendo sin motivo. Hormiga es un cielo sucio. Por favor no me fastidiés que me voy a quemar, no puedo estar atendíendote a ti y a la comida a la vez entendé. ¡Putita! — dice su expresión favorita con suave voz para que no se le oiga. Qué linda te ves cuando decís puta.

No te enojés perra querida. Me dejo ir hacia donde ella, moviendo el rabo de inexplicable felicidad. Deja de molestar que se quema el arroz. El arroz jamás se quema, se achicharra y doy vueltas a su alrededor olfateándola, pongo la nariz en sus nalgas de insecto. Al principio se ofende y da vueltas esquivándose. ¡Plis! ¡La comida! Al diablo con las cacerolas.

Llora de mentiras. ¡Oye! Pero vos te has convertido en una fuente luminosa, es decir en una fuente de lágrimas. Le ladro con vehemencia. Amorr, y se me traban las erres hasta que me cubre el hocico con sus orejas. Tira la cacerola sobre la mesa de pino: plan-plan-plan. Cacerola culera. Perra querida, dame un mordisco. Retuerce su cuerpo hacia atrás donde todavía estoy husmeándole el trasero. Transpira por la lengua le lamo sobre su piel de hierbabuena. Los dos seguimos lamiéndonos hasta que llega la oscuridad hedionda a aterrorizaciones. La baño de saliva. Me baña de saliva. Los dos nos bañarnos de saliva. Mar azul de tu lengua, vapor de aguas termales. Tu lengua es una piedra

de afilar. Perra de todos los días. Perro de todos los días. La comida se quema. La comida es una mierda al revés. Ya vas con tu grafología de a centavo. Me querés linda. Te quiero. Guau-guau. Vas a seguir estrujándome. Jamás te he estrujado. El alma, pues, ese polvillo temporal que todos los días y todas las horas lo sometes a duras pruebas. Hola bruja, le convertís en cadejo a las doce de la noche, echás tu alma en su huacalito plástico y te vas a hacer diabluras a los cines. Bruja de neón. Tiradora de naipes.

—En primer lugar debemos ser limpios y en segundo lugar sucios. La vida es algo menos que eso que llevas en el puño y que se llama reloj. Y crees que lo importante es estar con una mujer, buscándole tres pies al gato.

—No forcés la mente...

—No se me ocurre nada, porque sos una piedra: por un lado te entera y no te sale por ninguna oreja. Vos te vas y la pobre Hormiga se quedará en casa cosiéndole los calcetines a su marido, la pobre Hormiga que es una santa se desvelará en la cama esperando al señor para abrirle la puerta a las dos de la mañana, la pobre implorará una caricia y el caballero le dará la espalda, la despreciará la verá, desnudo su cuerpo manchado de color crepúsculo, indiferente. Y así todas las noches hasta que me canse y salga en desbarajuste a buscar a un hombre; porque ¡Dios mío si voy a estar sola, disfraz de virgen inmaculada! Si vos tenes derecho de acostarte con otra mujer yo también lo tengo... sí, con otra mujer o con un hombre. Yo soy la tonta; y cuando esté acostada con otro creeré que sos vos y le diré las mismas palabras que te digo, le haré las mismas caricias; saltaré sobre él como salto sobre ti y me reiré cuando me rinda de cansancio y me dirás que estoy atarantada y el extraño se reirá también con tus dientes de lobo feroz dame un besito y se le harán las mismas arrugas en la frente. Y yo tonta de Hormiga, arañándote las espaldas

aún cuando no seas tú a quien le arañe las espaldas. El peor error cometido por la Horm, es haberme encontrado aquel día en el parque Cuscatlán y haberme hecho caso. Desde entonces te dedicaste a acicatearme a decirme mentiras mientras yo sólo te miraba con ingenuidades. Sos un bandido, un cínico con los pies de barro y perdóná que te pierda el respeto pero tengo que decirlas porque si no me ahogaría en este pozo de lágrimas pues vos sabes bien que no sé nadar. Qué diera yo porque tú también me dijeras sinceramente todas estas cosas, es decir todo lo que callas cuando estás como ausente y estás como elefante, diciendo ajá-ajá sin cansancio; sólo así podría irme tranquila y dejarte solo.

—Ajá.

—Qué decir cuando no tengo para cambiarme vestido y debo andar chulona enseñando mis nalguitas que es lo único que cuido; y ni siquiera tengo ya frases hermosas, tengo que robármelas, porque me has desesperanzado, ¿entendés? me has despojado de esperanza, me has robado lo mío, eso de decir las cosas riéndome y acurrucarme a tu lado a decirte una canción; a escribir una carta imaginaria, a decir que cuando venga el invierno me llevarás al cráter apagado el volcán Jabalí a comer manzanitas pedorras; y vos rectificándome y repitiendo letra por letra: m-a-n-z-a-n-a-s r-o-s-a-d-a-s. Yo diciéndote que la diferencia entre pedorra y rosada es la misma que existe entre tu carácter y el mío pero que viene a ser lo mismo; tú te ríes yo me río, tú lloras, yo lloro, tú aguantas hambre yo aguanto hambre; vos vivís en una pocilga yo vivo en una pocilga; ya ves, sos mi otro yo sólo que con distinto nombre y sexo. Y vos diciendo: lo único que tenés que reclamar es por lo de mis llantos y mis lamentaciones en los muros de Jerusalem.

—Ha comenzado a llover y por estar hablando pajas no nos hemos dado cuenta, andá cerrá las ventanas.

—Ahora, ¿qué me importaría si te fueras? Si sos un loco famoso que se pone a aullar mientras la gente está hablando y das esa impresión pésima de animal hambriento.

—Auuuu...

—Antes no eras cínico, ahora sí, vieras qué feo te ves, con unos grandes dientes y unos ojos de fuego y el pelaje gris y tus patas con grandes pezuñas, como si estuvieras listo a abalanzarte; si te vieras en el espejo sentirías miedo; los ojos se te van a salir de sorpresa y no los vas a poder recapturar y quedarás ciego y los buscarás a tientas pero yo tendré la buena idea de esconderlos para que no los encuentres y vas a quedar sujeto a un lazarillo, a otro perro y ese perro será yo que te llevará de un lado a otro adonde quieras y te diré el color de las flores y el color de los ríos y si tiemblan las hojas en las ramas altas del maquilishuat y te diré si estamos pasando frente a un almendro de río, cuando sientas ese color rosado que araña como las uñas de los gallos. Y no esperaré que me lo agradezcas, me bastará con tenerte a mi lado, enfermo pero mío, muerto pero mío. Ya ves como te amo y te perdono, no soy egoísta, es la verdad.

—Y me llevarás en la calle por donde esté más transitado y me dejarás a la suerte, cuando el semáforo esté en verde y me atropellarán los automóviles y guiarás a la orilla del mar, dirás que a las cinco de la tarde toma ese color de oro increíble y me darás un empujón y nadie me salvará porque cuidarás que sólo estemos los dos. No tendrá entonces ningún sentido el quedarme ciego, no lazarillo, perdóname, así no juego. Prefiero que no me escondas los ojos porque si no me mataría. En cuanto a eso de no verme en el espejo, es cosa mía, tengo miedo confundirme y creer que el otro soy yo, ese que la mano derecha parece que fuera la izquierda, y que se ríe cuando yo me río, eso no soy yo, sino

la imagen de otra persona que pude haber sido de haber tenido más suerte. ¿Para qué verse entonces en el espejo si me puedo ver en la imagen mía que vos tenés de mí?

—Me gusta oírte hablar largo y tendido. Es una satisfacción que no te imaginas, te ponés a hablar, hablas desovillándote, o como si estuvieras desnudándome, quitándome el último de mis trapos y yo, pobre pajarito, cubriéndome las penas con mis manos.

—Dame el derecho a permanecer en silencio y todo puede cambiar.

—Quizás esté equivocada, y cuando te hago hablar sólo me doy cuenta de que no tengo razón y no tenés la caballerosidad de darme la razón. ¿Es que no me tenés lástima, al menos si no me tenés amor? Hay mujeres que se sienten frustradas cuando son objeto de lástima, yo he caído bajo, te pido aunque sea lástima, pues pobrecita de mí, me moriría de pesar. Si en eso estamos yo también te digo chao, así dicho con indiferencia. La verdad que a esos extremos hemos caído. A veces me pregunto si llegaremos a mañana y me da un escalofrío de muerte, me da miedo me siento enferma, recibiendo un chaparrón de agosto bajo un alero de la calle.

—Pero yo estaré con vos Hormiga, porque no quiero ser una carga menos que me prestes los ojos y tengas que compartir tus imágenes conmigo, pues entonces seríamos dos ciegos en vez de uno. Prefiero irme adonde no sienta el olor tuyo, ni tus quejas de magdalena. Que tu presencia desde hace días viene a ser una tragedia antigua, donde las lágrimas sustituyen a las palabras y nos miramos de una manera como si fuera el último día de la vida. Eso es insoportable para mí y para vos. Mejor charlamos un rato y juguemos de decirnos adiós para evitar una despedida grandilocuente; acostumbremos a despedirnos y verás que todo resultará fácil en la hora de la realidad. Mejor riámonos

de nosotros mismos, mejor haceme cosquillas, besame bajo del ombligo hasta que te diga ya no, muerto de risa; mejor reíte Hormiga, reíte hasta que se te salgan las lágrimas verdaderas y no esas de cocodrilo. Mejor besame Hormiga, donde me haces cosquillas y me haces reír y te ríes. Mejor hagámonos compadres Hormiga, y seamos buenos el uno con el otro. Hormiga, te amo. ¿De quién son estas nalguitas de nácar?

—Tuyas, amor mío, tuyas.

—Y este cucurucucú, ¿de quién es?

—Déjame ya que me voy a morir de risa. Voy a gritar.

—Y esta florecita, ¿de quién es?

—Ya estuvo, me vas a matar, me vas a ahogar, dejame ya...

7.

Quisiera que me hablaras con naturalidad, que te dejaras de regodeos; que dijeras, por ejemplo, va a llover esta tarde y saber que me estás mintiendo con miseria; hasta para mentir eres increíble. Te remojarás el rostro para después decir que estás llorando, por eso cada vez que quiero poner los pies sobre la tierra aparece tu imagen, tu justo juez de la noche, me guía a lo que no quiero decir. ¡El cielo estrellado! y no es producto de la imaginación, disquisiciones placenteras solamente. Tu mentalidad es tan jodida —me decís— que no se atreve a decir una verdad. «Va a llover esta tarde y el cielo está estrellado.» No especificas las cosas. Ya ves Hormiga, que con vos no se puede platicar en serio, por eso prefiero estar en silencio cuando estás cerca y gritar cuando estás lejos, para que no aparezcan tus maneras de soñar. Sos demasiado obsesiva, Horm, querés que te pida permiso hasta para ir a orinar y me mirás los calzoncillos para ver si están manchados de infidelidad y

conste que lo sabes muy bien: cuando me ves manchas en los calzoncillos es porque he tomado píldoras de Witt, para los riñones. Sabes muy bien que soy un enfermo perpetuo, achacoso, cuando no me duele la cabeza me duele la punta de los dedos; la enfermedad me agujonea la otra forma de ser risueño y si venís con tus maneras abstractas de ser, me causas mayor daño, habíame de las medicinas caseras, del café con bizcochos, de los nísperos de Izalco y las naranjas de Juayúa, de los telares de San Sebastián, de las piedras del Tablón del Coco. Habíame cosas bonitas, que estén vestidas con telas floreadas como vos; no me hagás caer en tentación de estar en la cama para siempre. Sé mi alivio Horm, pórtate bien, no te despegues de mí, dame aire por la boca, que si estoy así es por vos y no por ninguna otra cosa; dejá de tener los ojos colorados que van a decir que has estado llorando, que te maltrato, deja de murmurar, deja de considerarme un bandido, me vas a matar de desesperación; muerto de qué te serviría, decime. No quiero verte llorando, porque creeré que te has remojado la cara y lejos de despertarme condolencia, me despertarás misericordia. Ayúdame a odiarte y seremos esas cien alegrías que vos querés y viviremos felices ¿te gusta así Horm? Si no te gusta decimelo para empezar a hacer mis maletas y salir a respirar el aire fresco de la calle, con mi maleta de cinco libros que podría llevar en el bolsillo, mis dos pares de calcetines, mi otra camisa, mi segundo pantalón, mi cepillo de dientes, la fotografía de mamá y papá, los pobres. Muertos sin recuerdos. Y vos los mejores momentos los dedicás a llorar, hoy por ejemplo, tu cumpleaños podríamos habernos reído de nosotros mismos pero venís con tus naquerías. ¿Qué querés que haga? ¿Que me ponga mieludo? ¿Que te acompañe en tu pesar? Deja de llorar y las cosas cambiarán, yo no podría ponerme a bailar para que te rías, yo no podría hacer nada pues todos los

chistes se me agotaron, así como podría agotárseme la paciencia y hasta el amor por vos. Horm, pájara trepadora, hija de mamá, hija de papá; mejor sería que te dedicaras a cuidar a niños enfermos y no a este animal lleno de vida que soy yo. Andá, te invito a buscar nueva ocupación, te invito a que me dejés y te vayas a rodar tierra, a hacer el amor a otros lugares, pero dejame: quizás estaremos más cerca el día que te hayas alejado, pues entonces pensaré más en que la Hormiga estará bajo los árboles, oliendo a saber qué fríos de invierno con su chamarra de cuero, parada en una esquina, vendiendo fotografías. Entonces te adoraré como se adoran los héroes de las novelas. Déjate de hacer pucheros, déjate de comportarte como chucho sin dueño; sé valiente para aguantar las cabronadas; vos no sos ningún general en jefe en esta vida, ningún jefe de estado mayor, así es que no tenés ninguna responsabilidad. Y no vayas a creer que tus llantos de trapos mojados van a entibiarme; date cuenta de la realidad, ama menos para que te amen mucho más, odiá para que te quieran (y ya ves, si sigo hablándote con el corazón voy a terminar compositor de música). Yo no sé si me oís, tenés los oídos tapados, te resistís a las palabras que ayudan, creo que en el fondo deseas hacerme un mal. Tu comportamiento es un espejo refractario: todo lo descomponés, todo lo arreglás a tu favor, para después decir cosas que solo vos has entendido, para después amenazarme con mis maldades que yo expresé con buenas intenciones. Quién es entonces el bandido Horm, decime francamente, o si querés hundirme pues aquí estoy; de una vez hablá sin llanto deja de sacarte el corazón, dejá de ser virgen de la medalla milagrosa y hablemos claro. Si no querés así, preparame todo; me voy, dame mis poemas y mis cosas, deseame buena suerte, en esta despedida total, desde lejos te levantaré la mano y será la última vez que me veas. Y si te quedás llorando ya

no me importará que sean verdaderas o sólo un poco de agua que has exprimido del secador de platos. Quizás te escriba una carta.

Y me fui yo. Me cayó cagada de la dura y de la aguada.

8.

Era domingo cuando dejé a Hormiga. Se quedó con los ojos cerrados, así como los muchachos muertos de hambre en los portales. Ella no sabía que mi viaje era para no regresar y, eso de no regresar era para mí una especie de intuición, sacar la verdad de alguna parte. «Vos no vas a regresar» me repito con cierto optimismo heroico. Horm no lo va a creer, yo sí lo sé, por eso he aprovechado su ausencia por unas cuantas horas y sólo le dejo un papel escrito pegado al espejo: «Buena suerte, algún día nos veremos.» Ella creerá que estoy escondido detrás de la puerta y que le voy a dar un susto. Jamás nos hubiéramos puesto de acuerdo sobre mi partida, entonces salían sobrando los abrazos y todos esos signos de despedida. Lo importante era abandonar la casa lo más pronto posible, tomar la maleta preparada con anticipación, desde dos semanas antes para irse acostumbrando al último día. La verdad que no nos acostumbramos nunca. Así, cuando Horm sale de la farmacia tomo mis cosas, mi maleta. Salgo. Sé el lugar donde me están esperando mis compañeros, ellos no se darán cuenta que he salido a hurtadillas, no me preguntarán nada y yo tampoco les preguntaré nada, cada quien tiene su mundo propio, importante, vital pero es un mundo propio, por lo tanto lejos está cada quien de pensar en el otro. Nadie me pregunta por Horm, sólo estoy yo y ella. Yo en el tren hacia la frontera, ella encerrada entre cuatro paredes de ladrillos huecos, cocinando su última comida: «Vas a venir a la hora del almuerzo» pregunta con

indiferencia calculada. A las tres horas estaré lejos. Mi otro compañero va en el mismo tren; el acuerdo es no dirigirnos la palabra, ése es el acuerdo: que no nos conocemos; mientras exista algún peligro, y siempre lo habrá, no nos dirigiremos la palabra. Quizás éste sea el mejor momento de mi vida, dejar todo para integrarme en algo desconocido, como viajar al otro lado de la tierra, estás al otro lado de la tierra y no te das cuenta.

9.

Estar en la realidad es venir de no se sabe dónde e ir hacia donde debemos ir. Papá murió poco tiempo después de mi nacimiento, yo cumplía tres años, estoy seguro de la fecha, mamá estaba rodeada de flores en medio de una sala de ladrillos de barro y en la esquina, la máquina de coser, alrededor de unos bancos de madera y personas que charlaban en voz baja; yo entretanto jugaba en las gradas de la puerta. Ahí comienzo a vivir pues lo de papá lo supe mucho después. Inexplicablemente me engañaban, decían que papá se había pegado un tiro, porque estaba sin trabajo y mi nacimiento exigía responsabilidades, yo fui entonces el culpable de su muerte... o quizás papá cuando se enamoró de la costurera del barrio. Pero lo del balazo de papá fue otra cosa, cuando se metió a un levantamiento para ir a saquear las casas que tenían guardado el maíz. La gente no sólo se llevaba el maíz sino que las sillas, los petates, los espejos, las camas, y en fin todo lo que se pudiera levantar con las manos, los acaparadores habían dejado abandonadas sus casas. No; ellos no estaban escondidos, habían ido al cuartel para que detuvieran los saqueos. Las reuniones eran masivas en la esquina del mercado y los asaltos a los acaparadores del maíz no se hicieron esperar. Un hombre se paraba sobre un cajón y arengaba a la

multitud. Meses antes había desaparecido el maíz de la ciudad y se sabía que estaba en los graneros de los árabes y en las casas de los ricos del pueblo. Papá era ese de arriba del cajón de madera a la propia hora que se decidieron a asaltar las casas. Ese día cumplí tres años, los saqueos en la ciudad de San Miguel y papá muriendo de un balazo en la cabeza, lo mataron por ladrón. El muy bruto se dejó pegar un tiro. Claro que nunca me quisieron decir que papá había muerto por ladrón sino que se había suicidado. Ese día murieron unos cien ladrones en la ciudad de San Miguel. Bueno, ellos habían sido hombres honrados y honestos pero de repente se habían metido a las casas ajenas. Los cinco ricos del pueblo convencieron fácilmente a los soldaditos del pueblo, cargaron sus checos y se fueron de cacería por las calles. Papá se hubiera salvado pero de repente se cerraron las puertas de las casas y se encontró solo en las calles, un grupo de soldaditos dio con él, venía en dirección contraria, tocó una puerta pero no quisieron abrirle; se oían los primeros disparos y casi toda la gente había pedido asilo en las casas vecinas. Los soldaditos lo agarraron así, con las manos en alto, a la orilla de una zaguán y le dispararon a quemarropa, perros hambrientos, hijos de puta ladrones. Ahí quedó uno de los perros hambrientos. Papá quedó acribillado en un zaguán de San Miguel. Nueve años después muere mamá y voy a parar donde tío Capulín, el fotógrafo del pueblo de Usulután; ya estaba crecido y podía ganarme la comida con el sudor de la frente como dicen las sagradas escrituras. Tenía doce años y ahí estabas vos, Hormiga era la hija de mi tío, casado con doña Gracia. Era la cocinera de la familia. Yo ayudaba a limpiar los vidrios del mostrador y a hacer la limpieza general. Así comenzó la cosa, Horm me cuidaba como si yo fuese un gato tierno, me sentaba en sus piernas para sacarme los piojos y otros bichos raros que cargaba en la cabeza. Yo ya estaba

crecidito. Ése era el problema. Uno es un animal como cualquier gente del mundo a esa edad, a los doce años. Y Horm con sus catorce. Me tomaba tomo a un hijo de mamá sin mamá. Cuando trataba de tocarle por descuido me daba un manotazo por abusivo. Conocer a Horm desde temprana edad me permitió también la fuerza para desligarme de ella, así es la cosa, desencadenarme de donde uno está esclavizado, ese es el paso más difícil, después será una secuencia en que vivir es la cosa más fácil del mundo. Años después nos fuimos a San Salvador. A la zona roja. Tío Capulín ya era un cadáver.

10.

Rodrigo se fue a orinar, para desahogar sus nervios, había llegado el tren al puesto fronterizo. Yo estaba más seteno que todas esas noches de noviembre. Y recibí tus carias, Horm, las únicas y no pude contestártelas nunca: Estás quedando ciego que ni mi letra podés leer; te hago más grande las letras para que las podás leer. Decimé ¿cómo pasas en esos días de frío? ¿te duele la mano? ¿qué tal de alucinaciones y lucecitas en la cabeza? ¿salís de compras al mercado por apio, perejil y todos esos guilindujes que hacen vivir? ¿a qué lado está el sol respecto a tu ventana cuando te levantas? Yo recibo este sol caluroso que todos conocemos. Tu carta poema fue lo único que recibí, un poco triste a la hora de almorzar pero después se me olvidó la fecha y seguí como otras veces: con una alegría que ya sabés. A veces me pierdo como ahora en esta carta, pero de nuevo estoy en la rutina diaria. «Y siempre estás en el espejo que me miro, haciéndome caras feas y yo pegando aquellos gritos de lobo que te preocupaban tanto por el escándalo y no por la alegría»... «En horas de la mañana te recuerdo, cuando esa luz

cabrona por la ventana. Y no escribo ni leo nada porque estoy en una etapa de abulia. A veces me olvido de todo y me encierro en mi cuarto de música y veo lo que no podría encontrar en la calle, bajo la mirada del marido de Jenny, el dibujo de enfrente. La abulia es un frasco de veneno frente a la nariz. Ahora nadie me reclama por la abulia ¿sabes? Y hago entonces ejercicio de respiración: debemos respirar con el pecho y con el estómago para asimilar el oxígeno y vivir más. Sí, debemos vivir más para padecer más cosas y tener victorias en esta catedral de ensoñación y miseria que se llama vida. Si no se puede hacer otra cosa, hay que vivir. Sabemos lo que significa vivir. Es tener la conciencia limpia por todo lo que hacemos y por lo que dejamos de hacer. La vida es una señora gorda que alaba nuestros defectos. Así que mucho cuidado, andá por el buen camino si no vas a tener palabras.

«Tu gran enemigo eres tú y yo. La mujer más grande de tus interioridades debo ser yo. La mujer más grandiosa de mi cuarto soy yo, una reina rodeada de fotografías y dibujos en la pared y un concierto de flautas y tambor y tus libros en el suelo, llenos de tierra como si viniesen de un camino polvoriento» «... Hormiga: Lástima que sólo tengo una silla y no me permite escribir a máquina porque es muy incómoda. ¡Siquiera me hubieses regalado un banquito de aquellos que cuestan un colón! Quizás habría terminado un libro de poemas. Fíjate el precio que puede tener un banquito de a colón: un libro de poemas capaz de vivir el cuádruple de mi vida. Yo sé... dentro de doscientos años se hablará mucho del libro de poemas que jamás escribí porque no tenía donde sentarme. Un día de estos compraré un juego de muebles suecos, pero de éstos nadie se recordará. ¿Y de mis libros escritos sobre muebles suecos quién se recordará? O quizás no compre nada y detrás de mis espaldas estaré riéndome, haciéndome burla, viviendo en

una pocilga, sentado en un trozo de madera. ¿Qué vale más, un juego de muebles suecos o un poema? Desde hace siglos está planteado este problema» «... Un día de estos me tomaré una botella de cerveza y me lanzaré de una ventana que me permita caer interminablemente. Estaré soñando entonces. Y vos estarás tomándote una botella de cerveza en tu honor y quien estará cayéndose serás tú y te recogeré en el sueño de anoche: bebiéndome una botella de cerveza, sentados en esos bares pobres de San Salvador. La botella serás tú y el bebedor será otro que se parecía tanto a mí como yo me parezco a cualquier persona de la calle. Entonces decidí olvidarte por completo»... ¿Cómo están las calles del barrio? Yo he descubierto unas calles muy bonitas, con muchos árboles, los jóvenes se sientan en las puertas de sus casas a mirarse los ojos pero uno adivina que están haciendo algo importante y que ellos serán los futuros gobernantes de cualquier país. Los futuros gobernantes de mi país usarán pantalones holgados y les encantará escuchar un concierto de mandolina. Indiscutiblemente soy una privilegiada. Pero esos jóvenes también lo son. Todos los jóvenes diferentes son privilegiados. Quizás te lean a ti. «... Horm. La vida es una enfermedad incurable. Desde mañana haré una promesa formal: no volveré a hacer promesas formales. ¿Cómo se siente tener un hijo? Te pareces al mundo en eso de tener la cara redonda y los ojos. Si algún día alguien te pregunta por este silencio, diles que hemos hablado demasiado. Soy un aventurero y veo cómo las cosas son y no son al mismo tiempo.» Este día pasamos la frontera sin ningún problema.

11.

¿Por qué somos felices, Horm?

Haces preguntas tontas, dices con el ceño imperceptible. Te desagrada la inquisición inoportuna. ¿Querés que me exprese en sentido contrario? Por ejemplo: ¿porqué somos tristes, Horm? ¿Por qué tenemos que hacer de estas cuatro paredes el planeta mayor? ¿Acaso te gustaría caminar un poco más y encontrarte con selvas hermosas, visibles a simple vista desde cualquier ventana pero que nos resulta fácil eludirlas quizás por un falso complejo de culpa o por salir sin complicaciones?

—No sé.

—Lo sabés pero te da miedo afirmarlo, mejor dicho... reconocerlo.

—Si lo supiera te lo diría.

Ser feliz es una manera de huir y como sos mi buena conciencia, me detenés con tus cadenas convencionales, apartándote de mis intenciones, yéndote a los lugares donde no existimos; preocupándote por un avión que pasa encima de nuestros techos queridos; un avión que lleva debajo de las alas una botella incendiaria y en la cabina un joven que se parece a ti, pero que en estos momentos no se encuentra hablando cosas triviales con una mujer sino apretando botones multicolores que han de abrir la mano que sujeta una bomba devastadora.

—No lo decís porque creés que la felicidad es una palabra que si se suelta sale volando, ¿verdad? ¿He adivinado, Horm?

—¿Por qué nos ha dado por hablar desfiguradamente? Un lenguaje confuso. Si no hablamos como la gente al poco rato vamos a estar mirándonos a señas. ¿Para qué quieres saberlo? Se es feliz o desgraciado y punto: nosotros no somos felices y eso basta. ¿Por qué sos tan curioso? Te gusta espiar hasta por los pequeños intersticios.

Pero la guerra no es nuestro problema. Es más fácil pensar en estos ratos que hacen un agujero en cada una de

las paredes y que vienen a mordernos la punta de los dedos desarrapados. Es más fácil pensar en estas cucarachas, en los mosquitos hijos de puta, en los zancudos culo azul.

—Si querés te lo digo...

—Vaya pues...

—Somos felices porque hemos vivido juntos.

—Nunca hemos vivido bajo un mismo techo...

—Pero hemos dormido en la misma cama...

—¿Creés que la felicidad duerme en la cama?

—Se me imagina...

Y luego siguen nuestras montañas, demasiado reptiles venenosos para tan pocos habitantes, por eso vienen a meterse debajo de las camas y no sabemos si las serpientes que cuelgan de las marquesinas de las casas son parte de una pesadilla. O las lagartijas en los zapatitos de los niños. Nos damos cuenta de la realidad cuando el veneno llega a inocular extrañas visiones en el cerebro.

—Sin darnos cuenta somos increíbles.

—¡Oh!

—Hablo en serio.

—Sí.

—Te burlás de nuestras pobrezaas. Qué decís de esta casa, apenas tiene cuatro paredes y una puerta, que es la salida de la cueva y unas escaleras que van a dar al mundo donde sí existe una mesa, sillas, un tiesto de geranios, una puerta como la boca de un cañón.

—Y para nosotros nada, porque de la escalera para arriba comenzamos a vivir. Más allá, todas las cosas tienen su propietario; nosotros no figuramos entre ellos: ya ves el papel pendejo que nos toca jugar.

—Me refiero a toda esa vida. Debemos desaparecer de esta casa y hacer una nueva vida, ¿no te parece?

—Es una fábula sin moraleja...

—Y usted trayendo el mito de la cama razón de la felicidad, me recuerdan aquellos cuentos de hadas con los que todavía sueño.

(El cabrón de Manuel marchando por las calles de Tegucigalpa y detrás el ladrido de los perros en las calles, y luego tomándose un café en el Jardín de Italia y después yéndose a esa aventura donde todos salen con vida excepto vos que te apareces como un fantasma envuelto en una sábana de lana coloreada, con tus ojos de calabozo vacío, con agujeros en la cabeza. Conque usted es Manuel, no ha cambiado. Usted ha de estar muerto porque entonces nadie le recordaría. Ahora viene a que carguemos con sus olvidos.)

El día que durmamos en la misma cama vamos a ser felices, vos no lo creés porque nunca lo has probado.

—¿Y tú has estado durmiendo con alguien en la misma cama? ¿Me has sido infiel entonces?

Nos prometemos la tarea meticulosa de hacernos felices, nada más que simulándolo; después de todo mucho se perdería con evocar una realidad perturbadora que lleva vestido nuevo. Sus iniquidades en provecho de una desnudez irreal que no alcanza ni para comprarse un par de fustanes colorados, que son más engañadores.

—Tanto como infiel, no. He estado durmiendo en la misma cama con una mujer del Río Blanco. Pero la cama es sólo de ella y de todos los que llegan la noche a disfrutarla. Yo he sido uno entre mil quizás.

Por unas cuantas monedas se ponen patas arriba, como bichos raros que estuvieran arañando el cielo raso.

—¿No te da pena decirlo? ¿Cómo se llama?

—No tiene nombre; cuando he llegado, escojo la que está más disponible y me olvido de su personalidad, por eso le digo que no he sido infiel, nadie que vaya a acostarse con una mujer del Río Blanco puede ser infiel. Una cosa es la

mujer y otra la que se acuesta cada noche con uno y otro hombre.

—Luego, ¿para que seamos felices vos dejarías de ir a acostarte con la mujer anónima del Río Blanco y te quedarías a dormir en mi cama o yo en la tuya?

—Claro...

—¿No es antihigiénico?

—Estás jodiendo...

—Imagínate en las noches de calor. Pienso que tu transpiración y la mía no se soportan. Las mismas sábanas saldrían volando. ¿Se llevarían bien nuestros microbios?

—Sos más tonta que un caramelo, Hormiga...

—Yo jamás he dormido acompañada...

—Y menos con un hombre...

—¿Qué decís?

—Nada.

—Seamos sinceros...

—¿Nunca has dormido con un hombre?

—Siempre me dijeron que no era correcto, que la mujer sufre mucho desde el momento que se acuesta con un hombre...

—Tenés unas ideas...

—No son ideas más, pero ya ves, he aprendido lo que me enseñaron desde cipota mocosa culo de rosa. Además, yo nunca me he sentido tan infeliz para llegar a pensar en lo que necesito para llegar a la felicidad; por otro lado, no había pensado en una cama, hasta ahora que me lo decís.

—Somos unos desgraciados, Hormiga.

—¿Y qué se siente...?

—¿Ser desgraciado?

—No; estar acostado con alguien en una cama.

—En primer lugar tiene que ser con un hombre.

—¿Te acostarías con un hombre?

—Yo no; tú te acostarías con un hombre que soy yo; y yo me acostaría con una mujer que serías vos, ¿estás entendiendo?

—¿Y qué hay de lo que dice mi abuela?

—¿Estás cocinada, Hormiga?

—¿Y si yo me acuesto con vos dejarías de quererme? ¿Es la condición para que entre los dos exista lo que siento por vos sin necesidad de acostarme? ¿Vos en verdad lo necesitás?

—No sólo yo, sino los dos, lo que pasa es que no te das cuenta por que sos inexperta, te falta vivir, sos una chiquilla a quien todavía asustan los brujos, todavía crees en los muñecos con alfileres. Así no vas a ir a ninguna parte. Es necesario ir aprendiendo algunas cosas distintas de las que nos enseñaron las abuelas.

12.

Al principio sólo eras una necesidad física. Cuando pasaba frente a la puerta de tu cuarto siempre estabas viéndote en el espejo. Te miraba a ti de espaldas y a tu imagen de frente. Querer la imagen del espejo era quererte ojos de muerte, pero yo sólo quería esa persona que estaba de espaldas hacia la puerta, la que no me veía cuando pasaba de mi cuarto al comedor, la que no me hacía caso porque jamás daba la cara. Y lo único que aparecía eran tus ojos, los ojos de la imagen, en un cuarto donde no había más que hacer sino verse al espejo y mirar las fotografías clavadas en la pared; desde un principio daban a entender un narcisismo extravagante pero después me di cuenta que lo hacías —según me lo dijiste— para sentirte acompañada de alguien y sólo podías ser vos, Hormiga, envuelta en un misterio irremediable en esas fotografías que servían como empapelado de la pared, ahí estabas en distintas posiciones

y actitudes, tu afición por los vestidos floreados y la mirada yéndose a posar, poniendo sus patas de paloma en algún lugar donde estabas pero que no aparecía jamás en la fotografía, y tampoco era la lente de la cámara fotográfica, se trataba de alguien aparte de la escena y que si encontraba de alguna manera en la fotografía era porque se adivinaba en los ojos, en esa mirada hacia algo desconocido para mí pero quizás vos ya lo sabías. Por ejemplo aquella fotografía vos apareces saliendo de entre los pinos jóvenes y te alargás como un cuadro de Camilo Minero, rodeada de verdes y marrones, en una rápida contradicción de colores, te alargás más de lo que en realidad aparentas; advierto que es tu foto más auténtica, compitiendo con un pinabete y tu vestido floreado siempre que servías la mesa y después dijiste que te gustaban tanto las flores anaranjadas, que te mandaste hacer todos tus vestidos con la misma tela. Con la misma ropa andas. Y todos te molestaban por tener un solo vestido como si eso fuera una ofensa y solo te ponías a reír consciente de tu afición por las flores anaranjadas y sin importarte lo que los demás creyeran. Al principio me pareció extraño que aparecieras con el mismo vestido, siempre fresca y limpia. Después me lo dijiste: «Me gusta andar como a mí me gusta» y creí que para tu edad eras la muchacha vieja del mundo. «Tengo diez vestidos del mismo color.» Era como tener uno sólo. «¿Crees que eso sea un defecto?» Y qué más daba vestirse de un solo color si lo esencial era andar desnuda y aparecer como un cuadro de pintura ingenua; una forma de adornarte la piel y convertirte en un vestido con flores anaranjadas y con fondo celeste, lista a participar en la primavera.

Lo esencial es ser limpia como los anuncios de detergentes —decías. Aquellas frases de doble contenido que aparentaban no significar nada pero que sonaban como campanas, algo que iba más allá del simple vocablo: lo

principal es estar limpia y fresca como estabas vos frente a ese espejo, frente a tus fotografías, haciendo poses de salón y mirándote cada vez que dabas una vuelta sobre ti misma, y las fotos tuyas mirándome desde un lugar en la pared, mirándome la forma en que te miraba como si los dos estuviéramos deseando las mismas cosas: tu imagen frente a la puerta y yo metido en la foto, clavado hasta salir la sangre. Con qué fruición nos veíamos el uno con el otro, con el deseo malsano propio de la edad que al fin y al cabo es la mejor idea para perpetuar esta manera de odiar. Y como yo te amaba, ojos de gato, nariz de pava, siempre permanecía en segundo lugar frente a tu puerta y vos estabas en el espejo, mirándome pasar y pensando tantas cosas.

13.

—Lo que pasa es que no te he contado toda mi vida si no quizás estarías de mi parte, ahora no te cuesta decir que yo soy una absorbente, que no me necesitás, que soy una mieluda, te inventas unas palabras de las cuales yo creo ser la única víctima de su significado.

—Recordás la última noche que dormimos juntos, yo llegué tocando en la oscuridad, caí sobre tus piernas, y dijiste otro nombre. A mí me tocó hacerme el loco, pues al principio creía que lo hacías por darme celos, para que yo te reclamara.

—No lo hice por ninguna cosa; además creo que son inventos tuyos, pretextos para pelear, fijate me lo venís a decir seis meses después.

—Ahora es la oportunidad, antes no habías dado motivos.

—Yo no puedo vivir del pasado, déjalo quieto.

—A veces pienso que me has jugado una mala pasada, eso de tus vómitos y de esperar niño, ¿por qué no te

cuidaste? Ahora, ¿cómo lo vamos a mantener?

—No sé, si es necesario darle de mi comida y privarme de comprar un vestido nuevo en uno o dos años, así lo haría, además yo no te pediré nada a vos, no exigiré que cambies tu vida y podés venir a la misma hora, podés irte con tus amigos, creo que un hijo no vendría a estorbarme, más al contrario, serviría para que te fueras más tiempo de casa, yo me entretendré con él, deberías agradecerme.

—Creo que has jugado una mala carta...

—En mi caso, esa es la necesidad, vos te vas a la calle, te quedás a dormir afuera y te olvidás de la mujer que dejaste en casa, Hormiga, puede aguardarse todo, has de pensar. No te das cuenta de que la Hormiga necesita acostarse con su marido.

—Entonces soñás con tu muchacho imaginario.

—Te digo que jamás he soñado con nadie y si así fuera sería una pesadilla, soñar que le estoy poniendo la soga al cuello o que le estoy clavando los dedos en la yugular.

—Muy bonito...

—Estoy hablando en serio.

—Seguí, pues, mientras pongo agua caliente para el café.

—Hacés trampa en las discusiones.

—Yo te escucho con educación, nada más.

—Si me escucharas con comprensión por lo menos haríamos rima.

—Edificaría una casa, sería un arquitecto, levantaría un ranchito donde viviéramos los dos y arriba un lucero entero, sin nadie que nos molestara, ni los malos pensamientos, pero ya ves, nos venimos a esta casa, donde no cabría otra persona, ni siquiera el varoncito que esperas.

—Sí, señor payaso, usted es capaz de todo, hasta de sacarme las lágrimas por mero placer.

—Te pones memorable, melodiosa, melindrosa y melodramática.

—Me pongo como vos querés.

—Mejor olvidemoslo todo.

—Si es preferible...

—Ni tanto...

—Si querés cenar vení sentate, gato montes.

—Quiero cenar.

—Hice ensalada especialmente para ti, espero que no se te haya olvidado pues tenes tanto tiempo de no venir a cenar.

—No, Hormiga.

—¿Por qué te has vuelto serio?

—No sé.

—¿Te pasa algo?

—No me pasa nada, mejor me levanto.

—¿No vas a comer?...

—No tengo hambre.

—Ya estás servido...

—Tengo meses de no comer en la tarde.

—Quiero que hablemos sobre nosotros.

—No quiero hablar.

—Debemos hablar, estas son cosas de vida o muerte, tenés que entender o podrían pasar cosas peores...

—Habla tú, yo te oigo...

Me he dado cuenta de todo.

—¿De verdad?

—Y te vi con ella, cuando ibas por la calle, el martes no te cases ni te embarques, a las cinco de la tarde, decime si es mentira.

—Cierto...

—Hablé...

—¿Con quién?...

—Con ella...

—¿Quién es ella?

—Juanita la de Suchitoto, no te hagas el mosquito muerto de miedo.

—¿Cómo?

—Ya ves...

—Yo le dije que íbamos a tener un hijo y que vos eras un gran lobo, que te gustaba morder y que si ahora no le habías hecho era por falta de confianza pero una vez que le diera el brazo vos tomarías el codo y que eras capaz de comértela; además que eras un hipocondríaco, que había que darte medicinas en la cama y hacerte comida de verduras y dártelas en la boca; que sufrías de los riñones y que debés tomar píldoras de Witt cada cinco horas, etcétera, etcétera, vieras lo que gocé...

—Te la llevás de graciosa.

—También le dije algo más.

—¿Qué?

—Aún lo quiero, le grité en el mero oído.

—¿Y qué dijo ella?

—Se puso a llorar, pero no vayas a creer que de amor sino de pena, ¿entendés? no me quedaba otro camino especialmente cuando vos te hacés el indiferente con esta bola de humo que ando en el vientre y que según las malas lenguas y la mía que no es muy santa, es tu hijo.

—Es que yo nunca te había visto nada de bolas de humo ni de hijos, al contrario, te veo el estómago lisito como una hija del balneario de Los Chorros o las piedras del Tablón del Coco.

—Eso es por fuera, pero por dentro vos no sabés lo que me ocurre, lo que pasa es que me ves bella por fuera y temblé por dentro, algo así como la propaganda de los queiques lido.

—Vos me has jodido y todavía te quejás; si seguís con tus muros, de lamentos de Jerusalem voy a terminar llorando.

—Eso decís porque estás frente a mí.

—Vos no me crees nada y así estamos perdidos en el espacio.

—No me has dicho palabras bonitas, venís a las dos de la mañana a acostarte y punto, nada en los platos, me has borrado del mapa.

—Es que nunca has entendido los problemas, Hormiga.

—Yo puedo estar callada todo el tiempo.

—No te preocupes quizás todo termine bien.

—Quizás tengas razón en verte con otra.

—Mejor decime la hora, me han dado ganas de tomarme una taza de café.

—Creí que ya no tomabas café.

—Ya ves como te quiero, podré andar con otras mujeres pero el único amor mío sos vos, Hormiga, comedora de frutas.

—Sos un gran mentiroso.

—Y vos.

—Eso de tus ausencias prolongadas, el hecho de que no vengas temprano a casa porque te ves con una mujer y que me hayas descuidado tanto.

—¿Sabes una cosa, Hormiga?

—¿Qué?

—Mejor no te digo nada...

—Mejor no me digás nada.

II

LOS LOBOS

1.

Vivíamos en Santanita, más alegre que nosotros cuando nos poníamos a jugar al fútbol; la barriada alegre. Con una pelotita de hule.

—Perdiendo el tiempo en vez de estudiar —dice el Viejito Miguel. (Después nos dimos cuenta que le decían Viejo.) — No vas a querer que nos pasemos deteniendo las quijadas —el Pichón mientras pelotea contra el tapial de la casa vecina. Una casona grande que le daba vuelta a las cuatro esquinas como mordeándose la cola de gato pizpizigato. Yo, a la una, a las dos y a las tres: ¡cabeza! Arrimo.

—Podrían tomar los libros, yo tengo los que les voy a dejar —tomándose en serio el Viejo Miguel; cambiá de modo de ser o te va a llevar candangas. Con una risita, jódansetonces, ya les estaba heredando mi biblioteca. Su biblioteca son unas docenas de folletos, revistas, recortes de periódicos, periódicos del movimiento que caben todos en una caía de cartón de media por un cuarto por otro cuarto de vara. ¡Basura! Carga académica—. Ustedes creen que para ser revolucionario hay que ser analfabetos. — Desaparece de la ventana.

—Dejanos jugar un rato —nosotros desde la calle, o el pasaje pues no tiene salida al fondo—. No le hagas caso —dice el Viejo en actitud de hacer una finta.

El Viejo Miguel vino a arruinarlo todo con su disciplina de estudio. «El vestar aquí unos quince días» —dijo Meme. «Esués» —pensamos nada más; no íbamos a decirle nada a Meme. Por cierto que nos salió buena gente, excepto su complejo de jefe, exteriorizado con estar pegados a los libros y pasarse el día aconsejando, pórtense bien sean disciplinadnos, no desear la mujer de tu prójimo, etcétera, etcétera.

—Bueno, mucha, siento dejarlos. Tengo que hacer cosas muy importantes. —Hasta entonces nos dimos cuenta que habían pasado tres semanas y en ese poco tiempo las simpatías y la fraternidad eran mutuas. Estuvo arreglando su valija desde la mañana. El viejo, Pichón y yo, quizás no podíamos simular nuestra cara de tristeza india. Me voy a un centro dimpresiones, ahora vanentender las cosas. —Se condolió tanto y tuvo que decirnos la verdad aunque estuviera faltando a una de sus reglas disciplinarias. Se puso una gorra vasca y anteojos oscuros. Pichónidas, ironizando con cara de tonto; «Estáciendo mucho sol» — para referirse a la hora nocturna. El Viejito Miguel: «es para disfrazarme, bruto». «Te la tenés bien ganada» —digo yo.

A las cuatro llegó el carro de Meme. Nos dimos la mano. Antes, había estado orinando cada cinco minutos. El Pichón, para ponerse a tono le dio por leer un libro Farabundo. El Viejo, estoy oyendo radioabana, pegado al receptor pues como siempre estaba interferida con cinco lobos aullando en el dial. Yo me había acostado a dormir. «Hasta luego.» Los tres sentíamos cierta cosa banana split en la garganta.

—Nos deja su biblioteca. —Dirijo la vista al montón de papeles en una esquina de la sala.

Y el Viejo poniéndose a tono con su carrera de quinto año de filosofía, a manera de despedida: —Estoy seguro que pronto vamos a estar juntos.

—Por lo menos ya no seguiremos jugando el fútbol.

Pichón, en la cama, lee la edición Farabundo.

El Guapote vino por el Viejito: «Ayistá el carro a la vuelta de lesquina.» «Hola mucha». «Quiúbole, Guapote.» «Pórtense bien» es lo último que nos dice al salir seguido por Guapote.

2.

Qué casualidad —dice el hermano de Meme— te he visto pasar varias veces por las Tres B. Le afirmo que más o menos por ahí vivo. Sí —insiste— yo venía saliendo del México y entonces los vi subiendo por el puente. Es una casualidad, continúa, porque por ese lado tengo mi chinchero, en el bulevar Venezuela para ser más exactos; ya saben, cuando quieran pan nomás pasan por mi casa y les puedo dar lo que necesiten. Era segunda vez que les hacía el ofrecimiento. Los tres en coro (Pichón, Viejo y yo), vaya pues; sin tomarlo mucho en cuenta, pues estas cosas sólo ocurren en la cafetería. A lo mejor estaba borracho —dice Pichón media hora después de dirigirnos a Santanita. Siempre hay esta clase de personas, dice el Viejo en tono de pregunta (siempre está protestando) si yo fuera panadero y me encontrara con ustedes les haría el mismo ofrecimiento. Pichón y yo, en coro, «yestuvo, Viejo, con lo tacaño que SOS».

Quizás no sea conveniente meternos en esa cafetería pues va se nos pegó. Viejo, no importa, no tenemos por qué andarle temiendo a nadie ni huyendo de nada —gesto de torogós beato.

—Eso es lo que me enoja de vos, Viejo, salís con expresiones gratuitas, no estamos hablando de temer algo.

Pichón hace coro:

—Entonces no sabes dónde estás situado.

—En ningún lugar —dice y adopta de nuevo su cara de torogós cristiano.

Vos lo pones a uno de punta, pensaba decirle y no le digo al verlo tan tranquilo tomando su refresco de arrayanes, quietecito, haciendo poemas en la memoria. Pichón cambia de disco: —¿Les gustó la Balada del Soldado?

—Un poema —dice el Viejo.

—Yo, no la entendí nada. (Pichón, sos un sectario). Ahora es el Viejo quien cambia de disco: —Se fue el panadero.

Pichón, histérico: cansa con su melancolía. Tres días después nos había encontrado en Pavos Carlota: qué les pasó, no han ido por el pan, si quieren se los paso dejando a domicilio. Viejo: mucha molestia. Panadero: los invito a una cervecita. Yo: gracias, estamos en ley seca. Viejo: yo quizás me tomo una. Panadero, dirigiéndose al Pichón: ¿y usted, querido poeta? Pichón aprovechando que el panadero ha ido al baño. Es un panadero con cara de intelectual. El panadero insiste en una segunda ronda y para evitarle el compromiso nos levantamos.

—Ustedes son unos desconfiados —dice el Viejo mientras le saca la llave a la puerta.

—Vos estás picado, Viejo —el Pichón en tono de burla.

Por eso le decimos el Viejo, con sus veintidós años tiene más arrugas que el culero de yon guayne. Es ese tu carácter, Viejo; te estás momificando cada vez que no entendés el humor. Deja Pichón, lo vas a enojar más y entonces sí se va a desintegrar. Viejo puja desde su cuarto para indicarnos que nos está oyendo, porque es viejo pero no pendejo. Le hago una señal al poeta para que deje de poderlo. El Pichón hace alvaro mutis.

3.

—No debemos impacientarnos.

—Es esta vagabundería, ya no la aguanto.

—Calma, pueblo.

Se les ocurrió que tendríamos un centro de impresiones exclusivamente para la universidad. Eso lo supimos al mes de haberse ido el Viejito. El fuar nos pagaba la casa; en lo demás, éramos mantenidos por los papás; pasar solos en la casa de Santanita no era ninguna gracia. Van a estar en cuarentena, nos dice Meme. Así la pasamos boleando con una pelota película de trapo contra un tapial; y a veces los libros (estamos en vacaciones); dos materias pendientes para marzo, de mi parte. Pienso no estudiarlas: «Recuerden, no sólo se trata de moralidad revolucionaria sino de seguridad personal»; esa vez que Guapote tuvo que irnos a buscar a la tienda de la esquina donde estábamos echándonos unos huevos de tortuga. Meme reclamándonos.

Y se nos terminó la impaciencia. Instalamos un centro.

Se suma Chentino. Él lleva y trae los esténciles electrónicos, además de ser el técnico en tiraje. A ver si aguantan el traynin, mientras prepara la máquina. El centro no duró tres semanas.

—Van a cambiar de casa y se van a ir a una casa de familia.

—Eso no es posible —le digo a Meme aunque sé que está hablando en serio.

—Y el jefe de la familia voy a ser yo —dice Manuel—. Nos pasamos ahí por el Parque Centenario, cerca de Colonia el Bosque.

—¿Desde cuando sos padre de familia, chero?

—Vida privada, hermano, ya ves, uno tiene que cuidarse.

—Y Al es otro que debe cuidarse —dice Meme dirigiéndose a mí en tercera persona como si me hubiera

hecho invisible.

—Tengo mujer y dos hijos —dice Meme.

—Bueno, qué le vamos a hacer —interviene el Chentino.

—Lo importante es hacer vida normal —nos sigue agitando Meme.

La casa tiene tres cuartos; dos a orilla de calle y otro al lado de adentro. Y hay un patiecito con ladrillos de cemento y un corredor donde se pone la mesa; y dos pilares donde el Viejo amarra su hamaca. Al cuarto de adentro se dirige el Guapote con las máquinas de impresión. Ayúdenme con las cajas de papel, pisaditos güevones. El Pichón aparece de la calle con dos cajas en el hombro. Dónde estabas. Fui a ayudar. Muévanse, cabrones. Vos no, Al, mejor quédese guardadito y calentito en casa. Meme da las últimas instrucciones. Reloj a lo lejos: once de la noche.

A esa hora llegó Miguel. «Estoy con ustedes» —dice alegre.

(El Viejo): ayer vi al panadero, dijo que le gustaría colaborar con el movimiento; puede ayudar con pan y está colaborando en algo. Yo: ¿y no lo mandaste a la mierda? Decile que no sabés nada de nada. Viejo: exagerás la tónica. Yo: sé lo que te estoy diciendo; no vamos a crear una célula para estar repartiendo el pan del hermano de Meme. Lo que pasa que le tenes tirria, desde que es hermano de Meme se vuelve una persona de confianza. Pero es que Manuel jamás nos había contado que tuviera un hermano — yo, poniéndome bravucón ante las terquedades del Viejo. Viejo: tampoco sabíamos de su mujer y los hijos. Eso es otra cosa. Es lo mismo. Bueno, Viejo, cabrón, Manuel es Manuel y su hermano es cosa distinta, así es que dejate de familiaridades y sentimentalismos. Viejo: a vos la ausencia del país te ha cambiado, Al. Como quien tira un cuete de colores en el cielo.

4.

—Vengan a comer muchachitos —dice Margó pasado ya algunos días que se ha establecido una confianza de eran cinco hermanos ella era una santa.

Meme viene saliendo del baño, una toalla le cubre de la cintura para abajo.

—No te había visto, ¿ya rato llegaste?

—Hola Al, abrí la puerta y de la calle me vine directamente al baño.

—Y te apareces como un cipitío desnudo.

—¿Qué se hizo la otra gente?

—Chentino salió a su casa; Pichón se tomó vacaciones hasta mañana y el Viejo anda en la tienda, comprando una cerveza.

—Tiene que haber una manera de que el Viejo tome lo menos posible, ¿no te parece?

—¿Quieren un poquito? —inquiere al rato el Viejo con sendos vasos hasta la mitad de espuma y miel amarilla orines de Meza Ayau.

Sentados a la mesa: gracias, Viejo, sos irremediabilmente del otro mundo.

—Y éste para Margó —remata el Viejo, con un tercer vaso en la mano y quedándose apenas con un culito de espuma en la botella urinaria color ámbar marca antes que nada una pilsener helada.

—Yo no quiero —dice Margó que en estos momentos va saliendo la reina de Saba con una bata rosada, que todavía no he tenido tiempo de vestirme: primero con los cipotes, luego con la limpieza y por último el almuerzo. Esclava como siempre. Vengan a comer muchachitos, plato en la mano, saliendo de la cocina porquería de mierda. De verdad, no quiero, tomátela vos, Viejo.

—Yo sí quelo —dice Pepino el Breve desde su silla con calcomanías, regalo de la bisabuela de Cojutepeque.

—Yo no quelo —Negrita Cuculumbé desde otra silla con pajaritos y florecitas.

—Ustedes no tienen edad para amarse —dice el Viejo.

Estuvimos espolvoreando papel toda la mañana. Chentino ha decidido trabajar en la noche porque es más seguro. Es todo un campeón del trabajo. Le saca ritmo de cumbia a la máquina, sonido de la pollera colorá. Pichón es su asistente. Viejo y yo estuvimos engrapados. Fue anoche. A las doce de la noche el sonido seco de la engrapadora. A la una de la madrugada el Viejo mueve su sombra de fantasma después de cinco tazas de café que dejó Margó en el termo de aladino y la lámpara de querosén. Es lo malo tuyo, lo jode el Chentino: que te endrogás para trabajar. Tenés que jugar limpio, Viejo respetable y cascarrabia, como nosotros —incluyendo al Pichón; y los dos en camiste y calzoncillos. Chentino ni siquiera fumo eso te da un idea. El Viejo estuvo dormido desde las nueve, me hablás cuando haya material para armar, duermo temprano y más el cafecito del termo, el Chentino es un niño a la par mía, no es que quiera adularme, pero así es cherito jactancioso porque no fumás ni bebés. Déjenlo que duerma, apenas son las ocho, con un libro de Trosqui sobre la cara, tirado en la hamaca del corredor. Lo más importante es no darle descanso al cuerpo para acostumbrarlo al ritmo de galleta cronch-cronch y ya verás cómo amanecés sin darte cuenta. Viejo abre la boca: no podés trabajar sin meter paja. Chentino se defiende: hablo sólo cuando la máquina está parada eso no lo van a negar. Pues una vez que pone en funcionamiento el mimeógrafo enciende el radio transistor a todo volumen para ahogar el sonido de la pollera colorá escupidora de papel impreso. Una noche de estas nos tiraron piedras: ¡cállense hijos de puta que no dejan dormir!

Y nosotros coman mierda desde nuestro lado pero a bajo volumen para que sólo nos oiga la voz de la conciencia. Mejor dejemos, por ahora. Preferible apagar el radio que es lo más escandaloso. Y así la vamos pasando, entre perfumes sutiles de azahares, la princesa está triste y otras aventuras. Luego hemos tenido que forrar las paredes con cartones de caja donde viene el papel. Un día de estos no va a venir la policía sino los vecinos. ¿Cómo puedes trabajar con ese radio a todo volumen, Chentino? Ya ven, soy el sordo betoven. A las cuatro de la mañana van el Chentino y el Pichón a la cama y a las ocho ya están de pie, eso es la clave de la producción. No cansa de agitar este Chentino. Desayuna con una taza de café y plátanos fritos marca Margó; y luego da un paseo, ya vengo voy a caminar por el Bosque, y sale. En la tarde hace espacio para escribir un artículo para el periódico mientras el Pichón duerme culo arriba corazón contento.

A veces pienso que estás perdiendo tu tiempo —me dice el Viejo. Y yo: ya vas con tus cosas. No le hago caso. Mcme me dice que si no crees que está preparado para otras cosas más serias, estás perdiendo el tiempo haciendo un periódico para estudiantes. Estoy preparado para todo, le respondo; y dejo de prestarle atención porque en esos momentos escribo un editorial. Algo es más que nada, digo en tono didáctico.

5.

Y le dijo la mamá: tenga cuidado con el lobo que si se aparece en el bosque se la come; pero Caperucita que era desobediente, respondió: si me sale el lobo me lo como. Y su mamá: no se seas atrevida, llévele estas frutitas a la abuela, y esta comidita. Se va y en el camino encuentra al lobo disfrazado de policía, con su cuarenticinco en la mano

y que si no le daba la cesta se la iba a comer a balazos. Ella le dijo: a mí no me andes con amenazas de Juan Charrasqueado, si querés hace lo correcto. El lobo que lo correcto era disparar pero que no quería gastar pólvora en zope y mucho menos con una bichita culo cagado. Entonces Caperucita le dijo: que comiera mucha mierda con la mano izquierda para que no se te pierda, cuilio hijuelcaite. Y el policía ve qué bichita más insolente, por eso es que esta sociedad está corrompida y va a la bancarrota, con tantos irrespetos y malcriadezas, y que si quería que la acompañaba pues para eso estamos nosotros, que eran puras bromas de asustar lo de la pistola y que le pagaban para cuidar a las bichitas que pasan por el bosque a ver a sus abuelitas o cualquier otra cosa. Y Caperucita: quitate de mi camino, lobo con piel de policía ¿no ves que voy de prisa a ver a mi abuelita que está enferma? Y el tosco animal la dejó ir sólo porque era ella que no saben lo que hacen como en la biblia. Juan Charrasqueado: bueno, si no querés no te acompañe. Y cada quien por su lado. Pero el lobo policía se escondió y luego salió corriendo donde esa viejita puta. Ya está tocando la puerta de la abuelita. «Soy yo, Caperucita» —con una voz aflautada. Abrió la abuela y el lobo sacó la cuarenticinco y le vació el magasin ta-tara-tá-ta.

6.

Hace cuatro meses que estamos trabajando en impresiones y todo ha marchado bien; los viernes llega el Guapote y se lleva los paquetes, envueltos en papel kraf, para ser repartidos el lunes en las facultades. Margó es la encargada de empaquetar, el día jueves clarea con nosotros. Dicen que se vende bastante —afirma Meme— y eso es bueno, el hecho de sacar diez mil ejemplares y que no regresen es suficiente. Pero no es que se vendan todos,

dice el Viejo; los ejemplares que sobran deben dejarse olvidados en las aulas, donde sea —digo yo. Algunos los compran por cantidades y luego los tiran en distintos lugares para que sean recogidos. Y oíros prefieren dejarlos olvidados en los escritorios para que de ahí sean tomados. Yo: el periódico se lee pero es imponente ofrecerlo en venta individual, claro que eso significa exponerse. Cada uno de los muchachos tiene su clientela de confianza, no hay problema en eso —dice el Viejo. Día jueves no se trabaja en impresiones pero ayudamos a Margó a hacer los paquetes, la pobrecita.

Se levanta Margó y va detrás de un arroyo de lágrimas de la Negrita. Se ha mojado mojado —dice desde adentro del dormitorio.

—¿De dónde le habrá salido tanta agua?

—De la vejiga —grita Manuel con una risa comprensiva de papá que no es ningún sentimental.

—Traela —grita el Viejo— para que no siga llorando.

Aparece la Negrita con su pelo lleno de flores y mariposas.

—Siempre está miándose... cálese mi amor. Ya se va a dormir —dice Margó—. Es como un reloj, a las doce de la noche desata su sagrado padre río Lempa; si no fuera que le pongo pila de pañales nos tocaría dormir en una piscina. Pepino duerme como una montaña.

Meme a Al:

—Lo heredó de mí, yo me orinaba en la cama a los doce años. Falta de comprensión quizás.

—O exceso...

—Vieras qué ahuevada, hasta cipota tenía ya.

—Me imagino el tufo que echabas —interviene Margó.

Mamá no decía nada, me recordaba nada más que debía sacar los perrajes al sol; mi abuelo decía muchachito más puñetero que a su edad tenga esas mañas y que si Marinita

se daba cuenta se iba a avergonzar de su novio mión. Y mamá: no tenga pena mijito, puede miarse cuantas veces quiera.

Margó se ha sentado en la pierna a Negrita: la voy a cambiar mi capullito de alhelí, le voy a poner sus pañales, lavarle los sucios y luego me pongo a empaquetar — recordando la canción de la virgen maría que lavaba y san josé tendía.

Estamos sentados en el suelo, excepto Margó, es más cómodo. Si querés te tengo a Negrita —el Viejo con su instinto paternal. No; sigan trabajando, más noche me les agrego —y se levanta, pues la Negrita está pataleando, vamoch camita. Espérese niña malcriada. Regreso en unos minutos. Y Negrita: vamoch camita mami. Está nona no me deja. Se retira.

A veces pienso que estas cosas no las hacemos con la alegría debida —el Viejo saca su manual imaginario de estudiante filosofador—. Explicate bien —reclama Meme. Intervengo: saquemos el radio del Chentino. No me refiero a eso —insiste el Viejo. Ni yo a lo tuyo —me defiendo. Estamos aburridos de tanto radio nocturno y tanta máquina con ritmo de pollera colorá. Algo que nos haga sentirnos dignos de estar haciendo esto —remacha el Viejo. Meme introduce la cizaña: Vieras que con este trabajo se me viene todo el amor del mundo —burlón. Lo importante es trabajar con gusto y sin él; yo acabo de empaquetar trescientos ejemplares del periódico para la reaccionaria Odontología; ¿cómo voy a estar alegre? Ni que fuera masoquista. El Viejo: Ustedes no entienden nada. Comprendemos, Viejo, pero para qué complicarse la vida, enredarnos en cosas sin importancia; lo que pasa es que sos poeta como el Pichón — termino para evitar el clima filosófico a que nos quiere introducir el Viejo. Meme cae en la trampa: hablar de alegría a estas horas; es un concepto parecido al de la libertad,

hablamos de ella para olvidarnos que estamos encadenados; mientras hagamos las cosas más sencillas no veremos la necesidad de estar alegres. Así marcha la cosa al parecer Margó: Pepino está despierto, siento mucho no seguir con ustedes, con una bata vaporosa estilo industria mercomún explotador. Meme: veo que ya te disfrazaste así es que te perdemos como ayudante. ¿Y qué pasó con Negrita? Dormida al fin, pero en eso se orinó Pepino y está hablando solo. ¿Qué horas tenés? Las doce y media. ¡Ah! Es temprano, si querés dejarnos agua caliente en la cocina. De acuerdo todos. Dos horas más tarde teníamos listos los envíos a las facultades. Hasta mañana. Manuel entrando despacio en su cuarto. El Viejo en su hamaca mientras decido no dormir, con un libro en la mano.

7.

Lo alcancé como a cuatro cuadras de su casa, entrando a la pupusería de la Colonia El Bosque, era él, bastaba verlo por detrás, veinticuatro años, con cuerpo atlético (había sido futbolista en su colegio, ese era uno de los datos que teníamos). *Vos sabés, son cosas inevitables, tenés que seguirlos. Te vamos a dar automóvil y un acompañante.*

—Supongo que son esos que van ahí.

—No se trata de suponer, tenés que estar seguro.

Tiene uno setenticinco de estatura, acento guatemalteco, pelo castaño, estudia en la universidad.

—Tu trabajo será conocerlos, nada más, después te decimos lo que tenés que hacer, no hay que desesperarse, cherito.

—Yastuvo que me voy a desesperar...

—Sos gracioso, hijueputía.

Con solo que te grabés color de los ojos, de la piel, manera de caminar, algún gesto especial, estatura; hay que

memorizarse todo, eso, ¿entendés? De manera que podrías hacer un retrato en la mente, describirlo y que se pueda dibujar.

—Para mí todas las gentes caminan iguales.

—Sos bruto hasta que lo botas...

—Ni que fuera cámara fotográfica...

—Con una verguiadita quizás se te facilitarían las cosas.

Tené presente que son políticos enemigos del gobierno, dispuestos a todo, de modo que dependes de nuestra protección; así no vas a tener el peligro de amanecer un día con un balazo en la cabeza ¿entendés?

—Clarín de cuartel.

Yo iba pasando por la cervecería y me cayeron simpáticos y que cómo se llamaba la canción que estaban cantando y que si eso no era peligroso. Y ellos que les valía verga, siguieron cantando y así supe que eran amigos de mi hermano; no sé cómo me fueron cayendo bien los muchachos. (No digás muchachos, decí individuos, o por lo menos hijos de puta, ¿acaso sos simpatizante de ellos?). Cómo voy a ser simpatizante de nada, si apenas los conozco, yo no sé lo que hacen, a qué se dedican, pues; sólo que son estudiantes y poetas dos dellos. ¡Dios me libre!

—Ni tu madre te va a librar.

—Es que ustedes ya me están acusando.

—Mirá, nosotros no acusamos, nuestro sistema de trabajo es diferente a lo que te imaginás: eso sí, con nosotros siempre vas a estar seguro, escoge, es cosa tuya.

Y me fui a casa pensando en las represalias; ellos me *dijeron estáte bien guardadito y vení al primer llamado, pero ya sabes, nada de culeradas.* Y llegué. No; no por mi cuenta, me fueron a traer amarrado de los pies y de las manos, como garrobo; no, no me golpearon, siempre han sido buenos conmigo; eso de la amarrada no tiene importancia, amarran a la gente por precaución, por algo

son la autoridad (vos sabés, tenemos que vérnoslas con criminales) y me tiraron al picap; sólo un golpecito en la cabeza; me durmió, clarín de guardia, no es para menos, me pegaron con la culata de una metralleta. (Perdónanos, dijeron los muchachos que te confundieron). Y yo los perdoné.

8.

—Vienen los vagos —Margó con una sonrisa de cuadro ingenuo-tonto-primitivista.

—Perdoná, Margotita, que nos hemos tardado tanto.

—Perdoná Margotita —remedando— Viejo vago, Viejo querido.

—Este día nadie imprime una hoja mientras no laven los platos y ayuden a limpiar la casa —otra vez con su sonrisa de cuadro santo niño de Atocha.

El Pichón no se detuvo y siguió directamente al cuarto de impresiones-dormitorio-público. No le gusta que Margó intervenga en sus cosas, no admite bromas.

—¿Van a comer, muchachitos?

Todos en la mesa. Por primera vez interviene el Pichón, por decir algo.

—¿Manuel no está?

—Vino por él un compañero.

—Te vamos a ayudar con los platos, no te aflijas, ángel de la guarda —dice el Chentino.

—Te lo prometemos —recalca el Viejo.

—No calentés comida —intervengo, saliendo de adentro del cuarto que da a la calle.

—Vean quién apareció, si viene hasta dormido.

—No quise comer solo y quise esperarlos, dormí un rato, claro y qué querían.

—Pobrecito Al que no puede salir a la calle.

—Porque no tiene padre ni madre, el huerfanito —
Chentino.

—Les voy a servir comida fría —grita Margó desde la
cocina.

Chentino llega a comer a la casa de El Bosque, por lo
menos estos últimos días; hay problemas políticos en la
calle. Eso significa que se debe trabajar el doble. En los
mejores días se pierden ustedes —protesta Margó en lo que
aparece con un sartén en la mano. Así no vamos a saber si
andan de vagabundos o si les ha pasado algo. Se están
haciendo bolitos entre cerveza y cerveza.

—A mí no me sirvás —dice el Viejo mientras se dirige a
su hamaca— voy a dormir un rato.

—Qué le pasa al Viejo —pregunto.

Chentino, con gesto fraternal y cómplice:

—Dejalo, se tomó cinco cervezas.

—¡Pero cómo es posible!

—Invitación...

—Hay un problema —con tristeza, Margó, regresando de
la cocina— se me quemaron los macarrones.

—No le hagas caso, los vamos a comer así, tostaditos
como los totopostes de Mercedes Umaña.

—Siempre pasa igual a fines de mes, se termina todo, no
hay plata, y la comida se quema —casi llorando de
desilusión— algo malo debe suceder —limpiándose los ojos
con delantal— les he preparado tomates con cebolla: la
única reserva —río de llanto.

Cállese mi niña, cállese mi amor, si no te dormís te come
el coyote, adonde vas niña tan de madrugada, trala-lí-trala-
lá.

—Pero los niños sí comieron —pregunto afirmativamente
y con pena por haber estado en casa y no darme cuenta de
la vida.

Ellos tomaron leche en polvo, con eso están felices.

La virgen lavaba, san José tendía, la niña lloraba del frío que hacía, allá arriba venden queso, más abajo chicharrones, en el lomo de tu tata hacen nido los ratones.

Cinco meses de trabajar en impresiones y ahora una familiaridad tan hermosa que la hora de la comida es un rito, servido estilo bordin jos, con mantelitos de papel kraft, un vaso de vino de agua pura mierda de la Asociación Nacional de Alcantarillados (ANDA), hija de los bancos internacionales. Margó se da el lujo de poner los trinchantes en formación militar, dos en los flancos del plato y uno en la retaguardia. Se le siente más gusto a la comida —dice. ¿El Guapote no ha llegado? —pregunta Chentino. Hoy es veintinueve —aclara Margó— llega mañana, soy tan exacta que me duran los víveres justo a tiempo. Esa es la importancia del racionamiento —digo— la comida alcanza para todos y nunca hace falta (tenía que decir eso, porque si no me duermo, con el sueño rezagado que tengo). ¿No pensás trabajar esta noche con nosotros? —pregunta Chentino, dirigiéndose al Pichón. Quizá no voy a poder, responde en tono jodarria. Porque uno siempre puede, esa es la verdad. Los incansables, o los inconsolables, es igual.

—Manuel me dijo que iba a traer unas sardinas esta noche —dice Margó con voz de niños no se aflijan que mamá vela por ustedes.

—Vos, por supuesto, no has tomado —reclamó a Chentino.

—Este es más abstemio que las abuelas indígenas —dice el Pichón que ha aparecido por arte de encantamiento sentado a la mesa.

—Estuve con estos sólo para acompañarlos —aclara Chente.

Hablo por romper los silencios:

—Me gusta comer con hambre.

—A mí también, pero cuando hay algo que comer —dice Pichón.

Aparece Margó disfrazada de reina de belleza, delantalito con chongo colorado y mascarilla de humo de cocina kerosene: —Pobrecillos, aquí les tengo esta sorpresa —en la mano le brilla un hermoso y resplandeciente aguacate morado—. No me olvido de ustedes —aire de marcha triunfal, de ya viene el cortejo, ya se oyen los claros clarines, ella que hace unos minutos estaba soltando globos de colores y lágrimas.

—Y cómo han hecho para tomar —preguntó al Pichón.

—Nos invitó un amigo; bueno, es amigo del Viejo, un panadero que nos ha pedido entrar al movimiento; medio tarailo, claro.

—Le gustaría contribuir aunque sea con pan —interviene Chente.

Me quedo en silencio, metiendo un pedazo de tortilla en el hueco verde del aguacate morado.

9.

Aparece el oso en la puerta de reglas, te como —dice y no dice nada. Hola oso. Hola Al, ¿estasaciendo. Aquí con este libro. ¿Pol qué? Porque sí. ¿Pol qué porque sí? Porque sí porque sí. ¿Y pol qué por que sí pol que sí? Puta, osito, usted es un tornillo sin fin. ¿Pol qué? ¿Dónde está tu mami, oso? Está lavando la lopa de papá. ¿Y tu tata? Acostado leyendo. ¿Lo has dejado solito? Sí porque Chentino y Pichón han salido. Venga para acá oso, quiero ver como está de la temperatura. El oso se acerca, lo tomo de las garras, con sumo cuidado, y le cuento las pulsaciones. Cuidado me pegás un manotazo. Estás bastante bien. ¿Cuántas veces has hecho pupú en el día? ¿Pol qué? Porque eso significa que estás bien o mal. Mil veces entonces. ¡Oh, estás de

muerte! Sos el único oso panda cagón del mundo. Tenés que cuidarte. Mami me cuida. Bien, oso, no estés en el aire porque le va a hacer daño; váyase para su madriguera y cobíjese. ¿Pol qué? Porque si no le van a poner un supositorio y va a llorar. Mamá dijo que podía salir y no hacelme daño. Usted no debe correr riesgo ¿no se da cuenta que es el único de su género? Me voy, olita vengo y le traigo para comer. Váyase y no vuelva, acuéstese oso poroso para que no le vaya a ocurrir nada.

Se va de retroceso, moviendo los brazos en posición de manejar una motocicleta de circo. Y no vuelva aparecer hasta que le haya bajado la temperatura; recuerde que de usted depende que los osos pandas sigan existiendo, que usted es todo un espectáculo universal y no podemos darnos el lujo de perderlo. Benó, chau. Cruza la puerta de rejillas. Le hace así con la mano y se mete en la madriguera. Oso precioso perezoso. Oso de peluche. Oso de mierda querido. Por poco te morís Pepino el Breve. Qué hubiera sido de tu mamá, de nosotros. A ella no le gusta que se lo recuerden. La temperatura le llegó a cuarenta. Parece una cafetera sudorosa —dice papá. La Margó con los ojos llenos de lágrimas, no digás eso, no ves que me dan ganas de ponerme triste. Al tocarlo quema. A Negrita la llevaron donde la bisabuela, a Cojutepeque. Charrier no estuvo esa noche, había salido desde las seis de la tarde y no regresó sino a las seis de la mañana. No hemos dormido nada, le pusimos compresas de agua fría y unos trozos de hielo, deliró dos horas y después se puso bien, ya eran las cinco de la mañana. Pichón salió a las doce de la noche en busca de una farmacia, comprate unos supositorios. Falta de aseo, quizás —dice Charrier. Ya estuvo, pues —protesta Margó desde el lavadero. Charrier pone la mano sobre la cabeza de Pepino. Pobrecito mi mondongo, ya vas a estar bueno del todo. Vos sentada a la orilla de la cama y Charrier acostado

con Pepino el Breve. Margó llega del lavadero, con la cara jabonosa. Está lavando o llorando. Las dos cosas — contestaron entonación de lloraba que daba pena por amor a Magdalena. Qué les parece celebrar una fiesta en honor de Pepino. Primero debo ir a Cojute con la Negrita. Entonces dejémoslo para su cumpleaños el próximo domingo — mientras se limpia con el dorso de la mano sus ojos de lluvia.

—Mami, ¿si yo muelo a dónde me voy il?

—Niño, ni lo piense...

—¿Nunca me voy a molil?

—No hijo, primero me muero yo, los osos pandas no mueren y si están en peligro de muerte se les da a los amigos ricos para que ellos los salven con los mejores médicos del mundo.

—Yo no quero ilme con los ricos mami.

—No tenga miedo, hijo, que nosotros nos morimos juntos.

—¿Y adónde van los niños al molil?

—No van, se quedan.

Charrier, con seriedad académica:

—Cortenla ya que le voy a poner el termómetro. Es una simple y mortal infección de los intestinos —termómetro en culito.

—¿Papí, usted me quele?

—Si, oso, lo quiero.

—¿Al y mami me quelen?

—Claro que lo quiero —dice Al.

—Benó, entonces yo los quero a todos —dice poniendo sus ojitos como dos esputnik dando vueltas alrededor de una toronja.

Mamá querida. Oración por todos. Mamá llena eres de gracia. Vendedora de los mercados. Mamá comprando botellas de puerta en puerta. Mamá puta. Mamá que corre por las calles con los policías detrás. Mamá, ¿cómo estás? Mamá como todas las cosas cuando son del alma. Mamá come mierda. Mamá buscadora de tesoros en los cajones de basura. Mamá viajando en tren con grandes canastos de frutas maduras. Mamá estupenda. Mamá con la cara pintada. Mamá cortadora de café. Que recoge flores de los caminos para irlas a poner en los floreros de hojalata. Mamá cachimbona. Mamá enferma. Mamá virgen maría madre de dios. Nombre sagrado. Mamá encendedora de velas al santo niño de atocha y san antonito lindo. Mamá por esas calles oscuras. Vendedora de atol shuco y semita de piña. Mamá desfilando por las calles con gorritos de papel periódico para cubrirse del sol y una bolsa de frijoles fritos y tortillitas por si el desfile dura muchas horas. Mamá de la Unión de Pobladores de Tugurios. Mamá descalza. Mamá lista a salir corriendo por siay balazos. Mamá vergoña. Cortadora de algodón bajo el sol agrio de la costa. ¿En dónde estás? Un día primero dios has de quererme un poquito yo levantaré un ranchito donde vivamos los dos. Hola mamá. Mala madre. Arrurrú niño. Día tuyo, día muerto de hambre. Mamá suplicadora para que suelten a mi hijo, él no ha hecho nada, cállese vieja puta. Mamá voy a regresar tarde. Mamá en la morgue. Mamá mía. Mamá buscando entre los muertos. Mamá virgen, a secas. Mamá diciendo es el cuerpo que me tiembla y no el espíritu. Mamá devuelvan el cadáver de mi hijo. Mamá hombre, abuela, abuelo, mamá mamá. Tu madre. Buenos días, mamá.

«Puesiesque lo que pasa que la banda está borracha» — piensa en la francesita justificadora de todo. Estuvo jugando con las flores de los pantanos a orillas del camino. Un conejito acá, una taltuza por allá. Un gusanito por aquí; hormigas cargadoras de hojas verdes por el camino. Pajaritos del dulce encanto. Abriendo la rosa cerrando el clavel. Su cesta de colores multicolores. Azul el cielo pintado de azul, cancioncita cagona. A un gusanito de luz se le mira el bombillo en el culuflay. Quiere decir que se está haciendo tarde, el sol enredado en el pelo de Caperucita; el último sol colorado del crepúsculo. Cantando lunes martes y miércoles y el machete encachimbado. Veo la casa de la abuelita quién pudiera bajar las estrellas una por una. «Con lo enferma que está la pobre». El vestido rojo dejando hilillos en los chiribiscos. «Güenos días agüelita, aquí le traigo estas naranjas para que se las chupe.» «Ay mijita, para qué se anda sacrificando, con lo peligroso que es el bosque» — piensa que piensa la abuelita. Din-don, suena la campanita eléctrica cuando puya el botón de la puerta. «¿Quién es?» — una voz ronca, tempestad de pescador en Yoro. «Yo, agüelita, ábrame que tengo frío.» Y el lobo feroz se pone las pantuflas para darse aires de abuela, enfundado en una cobija de lana turner hecha en Guatemala. «Rico bocadito el que me voy a comer» piensa el lobo cara de bandido y tocando la pistola en la cintura por si las moscas. «Voy mijita» —el muy cabrón.

12.

(En la madrugada estábamos dormidos y oímos ladrar los perros enanos. Guau-guau, a lo lejos, cortando las naranjas agrias de la noche. Nosotros no sabíamos que la guardia iba a caer. Vi cuando alumbraron la ventana con el yip pero pensé que era una maniobra para dar vueltas sobre la calle.

Se bajaron los guardias, Grrr, le hacían. Me asomo por la ventana y que abriera porque si no iban a botar la puerta a patadas. Y yo, qué les pasa, qué quieren. Y de los primeros golpes la puerta en el suelo. Y guau-guau, los perros enanos ladrando. Los cipotes comenzaron a llorar. Entraron volando como supermanes por todos los cuartos. Chucús chucús, metiendo sus cuchillos en los colchones. Me quebraron los frascos de medicina de los cipotes y se fueron adentro donde Feliciano dormido. Apareció en calzoncillos. Modesto con los pulgares amarrados, déjenme ponerme los zapatos, descalzos y sin camisa. Má tus zapatos y vergazo tras vergazo. Y los cipotes prendidos en mis ropas que me daban ganas de llorar, mis pobrecitos háganse para acá, no me los vayan a golpear. Que dónde estaba Manuel quen la casa se reunían los enemigos del gobierno, queramos guerrilleros. Y tu marido quisizo. Estabas en actos deshonestos ron estos hijos de puta. Yo vivo en Cojute con mi abuelita pero me agarró la noche y por eso que me quedé a dormir en casa de estos compañeros. Y ellos, compañeros son los güevos, ni siquiera dándoles verga respetan la autoridá, fíjense, diciendo compañeros ante nosotros. No sé cómo me dejó el bus para Cojutepeque. Chas-chas le hacían sus dientes. Guau-guau, los perros enanos a lo lejos. Que quién nos pagaba la casa. Ya les dije que yo no vivo aquí. A estos dos cabrones amárrenlos bien y chas-chas el culatazo contra Modesto, chas-chas contra Feliciano. Con las manos hacia atrás, los pulgares amarrados. Cállense hijitos, mami-mami. Ellos estaban seguros que Manuel vivía aquí; que por favor no nos engañés que te va a costar caro pues a la autoridá no se le miente. Y yo tenía como dos meses de vivir donde la abuelita, de ahí no me sacaban, de casualidad me había quedado a dormir y estaba separada de Manuel, yo no sabía dónde estaba él porque cada quien hacía su vida. Y ellos hemos tenido mala suerte porque el pájaro mayor ha

volado. Y no tratés de engañarnos que vos siempre has vivido aquí en el Bosque y sin embargo estás chingando con eso de Cojute. Manuel es tu marido, lo que pasa que estos hijos de puta se cambian los nombres, Manuel es Charrier vos crees que no sabemos. «Si aquí no decís nada, allá lo vas a decir todo.» Nos llevaron en su carro; yo, si llevaba los niños y ellos si querés dejarlos, tal vez se los comen los ratones. Subimos todos. Antes de bajar nos pusieron las capuchas y yo que no soltaba los cipotes, qué les iba a pasar con estos energúmenos. Nos metieron en un mismo cuarto a los tres y que no me afligiera por los cipotes que ellos no tenían culpa de mi putería. Modesto y Feliciano estaban en el suelo, los habían empujado y los pobres con los pulgares amarrados se fueron de bruces, inconscientes o se hacían para no recibir más golpes. Los pateaban duro en el suelo sin que él les haga nada, y que hablaran dónde estaba Manuel y quiénes eran los del grupo. Hasta que llegaron dos tenientes, por el uniforme y jovencitos, sí mi teniente, que se fueran y nos dejaran solos y dándome consejos que cómo era posible con dos hijos pequeños sólo por un capricho, un fanatismo, que quizás me habían lavado el cerebro o a saber qué puta era, que cuánto me pagaban. Y el teniente que no me preocupara por los cipotes, él se hacía responsable, para que vean, nosotros no somos criminales, ni mala gente. Más tarde que comiera. Porque no comía nada, no me daba hambre. A veces me sacaban de la celda, siempre con la capucha, quizás para que no me conociera nadie, aunque a mí quién diablos me va a conocer, una capucha color verde, con hoyitos como mallas en la parte de los ojos para que uno no se caiga. El teniente que si me quería morir, porque no daba un bocado; y yo qué le importaba a este perro con dientes de cuchillo. Pero sin decir nada. Es fácil salir de acá, lo mismo tus hijos. Coma mierda hijueputa, pensando. Y dónde tienen a mis hijos.

Ustedes creen que somos criminales y ya se dan cuenta, tus hijos están bien, nosotros también somos padres. Decinos dónde está Manuel y hoy mismo vas para afuera. Yo no sabía porque estaba de casualidad en esa casa, de ahí no me sacaban. Manuel iba a regresar en la mañana, de suerte se salvó pero no les iba decir una palabra a estos cabrones, con el perdón de lo malhablada que me están volviendo estos chanchos comedores de caca, Y sólo bailaron un mimeógrafo, algunos volantes y sólo por eso argumentaban que era una casa de impresiones de material subversivo. Decían insistentemente no te vamos a golpear pero debes colaborar con la autoridad. Después supe que mi abuela había ido a preguntar por mí y yo no estaba que mejor se fuera a la mierda vieja puta, y así de cárcel en cárcel. Y preguntaban por Modesto y Feliciano. Y si mis niños no estaban muertos. Me llevaron donde ellos, estaban jugando y ellos mami. Y quisieran verme doblegada, apenas llorosos los ojos, no es nada, déjeme, el muy asesino, y con el dorso de la mano quitándome los males de la cara, las aguas podridas de adentro de los ojos. Vos sos la culpable, decinos todo y punto. No sé cuántos días estuve presa. Al fin me sacaron. Modesto y Feliciano desaparecieron).

13.

Chentino terminó un artículo del periódico y después se fue a comer pupusas a la cocina, las que Margó le había dejado envueltas en una manta. Chentino, se te van a enfriar las pupusas. Ya estoy terminando, estoy en lo mejor de parir. Chentino dice que de vez en cuando necesita escribir un artículo para el periódico pues no quiere convertirse en un tirador automático. A mí me gusta el tiraje pero no para tanto. El Meme: guárdenle pupusas a Chentino. Déjenme algo, grita Chentino desde su cuarto.

Apurate, pues. A la puta, primero trabajo y después el estómago —protesta. Minutos después se ha acercado a la mesa. Me salió algo bueno, creo se los voy a leer, si no están aburridos. Vos dale. Se lo pasa a Memo. Comienza a revisárselo rápidamente: «Se descubren, en el país restos de animales prehistóricos, todos bien conservados como si hubieran estado bajo una temperatura de cuarenta grados bajo cero. Investigadores establecen que esas raras bestias existieron a finales de la segunda mitad del siglo veinte. Todos se caracterizaban por su gran papada, señal inequívoca que se trataba de animales muy tragones, muy golosos. Vivían en los árboles como en el tiempo de los apóstoles que se subían a los árboles para comerse los pájaros. He aquí unos ejemplares con sus nombres científicos, que si bien es cierto no son muy reconocibles pero eso no importa, basta con la descripción: Rubenecus mondrigus, animal de grandes proporciones, chelote como indio con bienteveo, su cerebro es apenas una chibolita de cochinada, sin embargo para pescarlas al vuelo es un zope hambriento, le dicen el zancadillero pues para botar a sus congéneres no se anda tocando los huevos; Taponecus terrestris, al contrario del rubenecus, es de pequeñas dimensiones, complejo de intelectual primitivo, eslabón roto que si bien es cierto que no llegaba a bestia tenía ciertas características humanoides; hábil para quedarse con lo ajeno, precursor del arte taurino por eso de tener gran vocación de matador, gente que se ponga enfrente yo la mato —gritaba; Armadillus molotus, torpe y aguantador, necio como mulo hondureño, dicen que desde chiquito aguantaba palos en la cabeza y que por eso se le había reducido, a su papá y mamá les decían indios jíbaros por eso de aturrarle el tetunte a puros vergazos y lo más sorprendente es que en vez de hacerle ji... ji... ji... para reírse le hacía grrr, como el león de la metro; Gonzalutecus

mondrigus, pariente del rubenecus, bestia prieta que caminaba haciendo genuflexiones, por él se podía comprobar que el hombre descendía del mono pero porque lo habían empujado y al caer se le había roto la columna vertebral, creando esa especie sui generis de los agachados y rastreros que no llegan a ser reptiles; Herculon salvadoriense, como su nombre lo indica, tenía una hernia en el cútete, de pelo chele como los monos sabios, a dios gracias, no dejó descendencia porque si no la jungla salvadoriense se habría poblado de herculones y con lo machos que son los habitantes de la jungla susodicha, dios guarde con mencionar la sogá en casa del ahorcado; Sanchus religiosus, animal trepador, de confidente llegó a presidente y para donde vas vicente para donde va toda la gente, extinguido porque es de los que no podían sobrevivir siendo tan atrasados para valerse por sí mismo; Geramus racimus, patas prensiles, tonto hasta decir ya no, pese a creerse la gran maracandaca, nunca pasó de chinche a telepate, engréido eso sí, nadie le quitaba el puesto...»

¡Basta ya! Creo que esto no pasa la censura. Casi se te ha salido el lustre Chentino, estás ofendiendo a la élite política de nuestra nacionalidad comemierda, pero vos sabes que cada quien tiene su corazoncito; además no tiene altura académica. Andate a chapalear lo que vos sabés, Memo, ese artículo es lo mejor que he escrito y no voy a perderlo. Si el tribunal de redacción bota en contra tenés que tirarlo al cesto de la basura, le digo. Si no me lo sacan es porque ustedes creen en las academias de la lengua y demás pendejadas, se defiende Chentino.

Horas después hemos votado el artículo y no pasó: Charrier, Pichón y yo y Pepino el Breve, en contra; a favor; nada más el dueño de la pelota, Chentino; abstenciones: Margó, Viejo y Negrita Cuculumbé. Los niños estaban sentados a la mesa y se les ocurrió votar y nadie se opuso.

Quelo votal, leval mano. Y en fin, el artículo es una porquería, convencete Chentino. Ya no lo jodan. Revisionista culecos, se defiende Chentino y que el mejor no trabajaba este día y se iba de vacaciones hasta mañana, y tiren ustedes lo que les gusta, poemas de a peseta que no cuestionan ni mierda. Y así de bravo, como un perro callejero, hasta que rompe el silencio con una carcajada. Con todo, termina por irse de la casa y ¡hasta mañana! Al salir lo hace dando un golpe en la puerta, como en las novelas de pajaritos y florcitas. Entonces no tengo nada que hacer esta noche, se excusa el Viejo, hoy dan una de tarzán y mejor me pierdo. Estamos fritos con estos, dice Margó. Dejalos, es otra manera de gozar. Y qué vamos a hacer nosotros aquí tan solos. El Charrier había sido el primero en salir, vuelvo hasta mañana. Besitos de mujeres e hijos a papá.

14.

Hoy vial Viejito, tan güeno ques, si pareciün ángel de tan delicado. También vi a los otros. El viejito es distinto, lo trata a uno como si estuviera hablando de igual a igual. Me senté al lado dél. Jalate una silla y te sentás en el suelo, dice Al. Ganas de chingar la paciencia. No se les sale niuna gentileza. El Chentino, por ejemplo, comienza a joder y joder que lecha sal en la bolsa a uno, que sirve el vaso con el poco de espuma, que le toca las nalgas a la mesera. En fin, hasta quiuno se pone nervioso. Pues mire chero, me dice el Chentino, tómese luego su vaso de cerveza porque ya nos vamos y se tiene que quedar abandonado, si no se apura. Y yo sólo sonriéndole y haciendome loco. Ay, ustedes que les gusta hacer changüira. Yo, no lo puedo negar, tengo mis prejuicios proletarios, mi conciencia proletaria, otra cosa es que miaga el maje. «Si ustedes quieren tratar asuntos

serios, díganme y me voy.» No, dice Al, en verdad es el más educado de todos aunque a veces se le sale el chingaquedito y comienza con indirectas, o con directas solapadas, no vamos a hablar nada que vos no podás oír, dice; es de esas gentes que miran directo a los ojos, mirada de ¿no estarás mintiendo, cabroncito? Y a veces deja ir una pregunta difícil, no se sabe si en serio o en broma. Es un poco metiche, es decir juzgar la vida ajena.

Pero el Viejito es otra cosa, es el único que se opone a que yo pague una ronda mientras los otros se hacen los tontos. Por supuesto que el insistente en invitar soy yo. A mí me conviene al fin y al cabo. Aunque a veces es pependenciero el Viejito: lo cierto es que sos un cobarde, le dice a Alfonso cuando éste se jala para seguir chupando. Alfonso se ríe.

O sea, dice el Viejito, que te da miedo vivir, entregarte libremente a la vida —su estudiante de filosofía— siempre estás cutarreando un trago.

O sea, cuando nosotros vamos por la tercera cervatana, Al está escribiendo en una servilleta. Yo desconfío destas gentes. Trato de evitar los roces y les digo unos poemas: uno de Miguel Hernández y dejen de discutir que pareso son hermanos, compañeros; son los huevos, acota Chentino. Hago boca y ojos y de resentimiento. Siés broma dice Chentino y se tira una carcajada, dele poeta, dele —me insiste. Al sigue escribiendo y se entretiene con la camarera del Bentley.

Es lo que digo. Estos estudiantes son así, hijo de mamá y de la gran chingada; no están acostumbrados a echar el juego, a sudar la gota gorda. Y en eso estoy con los vientos del pueblo me llevan vientos del pueblo me traen. Te vamos a permitir uno solamente, dice Chentino, porque si no te digo otro yo, son babosadas, y de nuevo se tira su carcajada de tiburcio telenguez. Me vuelvo a hacer el loco. Mextraña

cómo tias aprendido estos poemas, dice Al. ¿Por qué? le pregunto lindamente. Porque en este país de mierda, creía que sólo nosotros podíamos conocer esos poemas. Ya ven —orgullosa— también los obreros somos preparados. Tengo mi bibliotequita. ¿Y cómo te diste cuenta que tenías que comprar esos libros? —pregunta el Viejo. Es que yo leo los suplementos literarios y de vez en cuando los mencionan, especialmente el de Toruño, en diario Latino. ¿También conoces a Toruño? Claro que sí —digo de nuevo orgullosa como cuando se dice el himno nacional— él también fue obrero, zapatero si ustedes no lo saben, y miren hasta dónde ha llegado.

Bien, nos vamos —insiste Alfonso. Se levanta la sesión y ya estamos caminando. Ustedes no saben de sufrimientos, imagínense estar frente al horno, porque a mí me toca la tarea más dura del panificador. ¡Ah! Siempre se nos olvida que sos panadero —dice Chentino. Panificador, ratifico. ¿Hay alguna diferencia? —pregunta Alfonso. Por supuesto, me defiendo, los sindicalistas somos panificadores y los faltos de conciencia son panaderos. Se hacen los majes y sonrisa de estijueputestaloco. Imagínense, cambio de tema, con este calor de verano y uno frente al horno; después de cinco años trabajando de hornero los ojos prácticamente están sancochados, picadillo de ojos, ojos en algauste, ojos de tamal pisque. ¡Pobrecito! —suspira el Viejo. Son cosas diombre, me jacto. Alfonso ha quedado mudo. Has de haber comenzado a trabajar desde muy pequeño. Diez años, respondo con una condecoración medalla al mérito en la voz. Has de tener ojos de gato —dice Chentino. Ojos de bueyorcado, dice en voz baja Alfonso pero se jode porque yo lioygo con mis oídos de tísico. Bueno, he trabajado mucho pero no siempre de hornero, nos turnamos de vez en cuando: amaso, distribuyo, horneo. Cuántos años tenés, pregunta el Viejo. Veinticuatro, respondo. Yo creía que

estabas por cumplir los cien años, dicel hijueputa de Chentino. Alfonso pide más servilletas a la chica del Bentley pintado en la solapa de su blusa. Se besan en el aire. Un perro asoma por la ventana. Estamos aburridos.

Bueno: ay nos vidrios, dice Alfonso dejándome con la palabra atragantada. Mestrechan la mano, uno por uno, al llegar a lesquina. Se van juntos. Yo cojo por otro lado. Chao, pues.

Esués todo.

15.

Chentino acaba de entregar el editorial para el periódico. Aquí está mi trabajo, señores de la censura; y lo tira sobre la mesa. No te enojés de gusto, lo que pasa que a vos se te sale el lustre. Coman mierda, culeros. ¡Este no es un editorial! —protesta el Viejo—. Es una postal, una carta. Es una postalita de caca —dice el Chentino y se va para el cuarto de tirajes. Vení, no seas pendejo —trato de armonizar. Ustedes son los que deciden —grita desde el cuarto. Leé, pues, Pichón.

«¿Cómo estás, Armando? Esta pregunta te la hago en compañía de varios amigos, que siempre preguntan por vos, armador de molotes; en nombre de nuestra prole, te preguntamos, recordamos, cuando estabas chiquito y te decíamos “Sheshenta Shetenta”, no porque te gustara contar sino porque en el mejor de los gustos y los eclipses te decíamos tiernamente sheshenta shetenta, que en una situación normal quería decir ¿se siente que te entra? Además te decían chucho culón y con pelos, Barrabás, en fin, mariconete. Editorial minuto uno. Informes: Sociales; De plácemes. En el cuarto 303 de la Policlínica Salvadoreña está alojada doña Lola Puñales, primera dama de la república, quien el día de ayer dio, para las estadísticas de

población un guarismo más. Eso de guarismo tomáelo como querrás, con limoncito o estray, ¡mal pensado! Editorial minuto dos.

Sociales. De pésame. - Anteayer (sábado 24) murió de un balazo en la cabeza don Miguelito Dueñas; hermano de Remberto, del mismo apellido; ayer (domingo 25) apareció una misma edición de la Prensa Gráfica Seria, con dos tirajes distintos para el mismo día: en uno se refería a la noticia como «de motivos o causas desconocidas»; en el otro tiraje no salió la noticia, sino la cartelera de fútbol; ¿cómo la ven desdiay? Editorial minuto tres.

Chambres. - Dicen que a mostachón molotera le cambiaron nombre. Hoy le llaman Sotero Guirola, por la transformación agraria, ya que los afectados por más calientes que estén no le pueden decir en público Cerote Gomila. Editorial minuto cuatro.

Política. - La quiquiriquí Silva, por falta de cojones, no aguantó la transformación agraria y se nombró como nuevo ministro al Cuervo Flores. Entre animales anda la cosa. ¿Quién será el nuevo? Editorial minuto cinco... Y así nos despedimos de ustedes, deseándoles el mejor de los días, que dios nos los tengan con bien y me los haga más bonitos, como decía Roque de don Salarrué. Ay nos vidrios y hasta la próxima. Firma responsable: «Melara Bray». Seudónimo, claro.

La volvió a cagar el Chentino —le digo al Pichón. Sí, afirma el poeta, lo que pasa es que la caga con esas chuladas. ¿Qué decís?— le pregunto. Censurado: si caemos en las garras de don Armando no nos perdona y ta-ta-ra-ta, desaparecidos indefinidamente dos promesas de las letras salvadoreñas; sus cadáveres no han sido encontrados. Pero eso sería falta de huevos. O mucha materia gris, ¿no te parece? Entonces, censurado.

16.

Margó abrió tres latas de sardinas; en esos instantes llegó el Pichón, revista bajo el brazo y paraguas porque en la Colonia Panamá estaba lloviendo. Te invito a comer. Vaya pues. Sentate. Ya me comí unas pupusas, me invitó Meme.

¿Lo viste? Sí, me había dado cita para que fuera a otro centro, están fallando los mimeógrafos.

Llegando siempre como si vinieran persiguiéndote, respirando fuerte, con ese lunar en la nariz, donde descansa el aro de los anteojos. Quitándotelos y apretándote la nariz. Gordito Ceteco, chiquitín pimpurria, gran corredor de larga distancia perseguido por los cuilios vestidos de azul y su cachiporra de hule para golpear la cabeza y no dejar señales de golpes. Poniéndote un delantal para no manchar la camisa pues si no te da verga la suegra, quien se despulmona lavando a puro mascón de alambre tus trapos shucos. Poeta echador de verga. Indito bajado de Izalco; nieto y biznieto de José Feliciano Ama y Chico Sánchez, los fusilados del 32, los ahorcados en la plaza pública.

Les voy a aceptar un café. El Viejo con ganas de joder, cosa rara. Estamos celebrando el cumpleaños a Negrita (sentada a la par de Pepino el Breve, tomándose una sopita de estrellas y caracolitos). ¿Cuántos años cumplís, Negrita? Tles —enseñando los deditos de muñeca chinta de palo. Seis, (dirige Pepino. Dos —aclara Margó. Usted está tiernita, tómese la sopa mi amor. ¿Tienen un trago? —pregunta el Pichón. Aquí está —dice el Charrier sacándose una botella de la manga de la camisa, estilo mandraque en el país de los jocotes tronadores. Y la botella de Espíritu comienza a hacer estragos. Echame una copa de veneno —pide Margó. Yo no lo paso sin limón, dice el poeta, es el antídoto. Tomátelo así nomás, no seas culispípan. El Viejo apartadito: Yo sólo puedo tomar cerveza. Ve qué culero, se trajo bebida

especial. ¿Querés un poquito? con espuma para que abunde. Son los orines de meza ayau, gracias, no me gustan las aguas negras. Quelo saldina —pide Negrita. No le des que tiene chile. ¿Entonces qué van a comer los cipotes? El Viejo siempre está sirviendo a los intereses de la burguesía. Entonces demen chelvecha, pué. ¡Niña! deje de joder tanto. ¿Cómo seguís de los ojos, Pichonnidaskaya? Pasame los frijolitos. Hecho mierda. No te preocupes, eso se te cura con gotas de limón. ¿Y qué ha pasado con el Chentino? Pepino quiere orinar. ¡Putá qué jodés! Mucho joden al Chentino, dice que no lo dejan desarrollarse. Dame aunque sea espumita, Viejo tacaño. ¡Comemierda! Decime un poema, Pichónidas. Una puechía pala mí. Y pala mí. Pero no va a ser de pajaritos y florcitas porque a vos sólo de esos te gustan. Decite uno revolucionario. Les voy a decir *La cinquera*. Pero dejen de joder. Que lo lea pues. Es que no lo he terminado. Vos dale. Bueno: «Me propongo dibujar esta forma, estas raíces de lo popular, del cine mexicano, de la corín tellado en su Cadillac celeste. De este tropezón surgen hechos astutos inventados por los amigos, la cherada del kiesi, los mara del faro, los lugares comunes de la cultura popular; alimentadores de esa categoría terrestre: la cinquera como una nébula vágula metafísica. Verla entonces cuando se traga la moneda y uno descubre que Flor de Azalea por Negrete es L7. Hay que verla golpeada, enrejada, enronquecida. Hacerle un poema en sus rincones, dibujarla con los sentidos abiertos, como cómplice, con nostalgia, con ternura de mueble del futuro, esta nave interplanetaria en la cual las putitas suelen viajar hasta la luna.» Ve qué deagüevo, con los que sale este pueta. Ustedes insistieron, si quieren les digo otro. Aplausos de Pepino y la Negrita. Si te atreves a decir otro, le leo uno mío. ¡No por favor!

Bueno, chero, los dejo. Besito de despedida a Margó. En casa quedan. Adiós papi. Adiós amor. Nos vemos Meme. En eso aparecés vos, Chentino. ¿Y no decías que no ibas a volver? De la que te has perdido. Cumpleaños de la Negrita. Si a las seis de la mañana no he regresado te podés ir a Cojute con los niños. ¿Y por qué tan temprano? Porque eso significa que me he quedado el día donde voy. Chao, pues. Nos vidrios. Con Chentino aquí, podemos trabajar un rato. ¡Jamás! Hay que respetar el cumpleaños de la Negrita.

Me voy con vos Charrier. ¿Pero para dónde vas? Voy a ir a dormir a otra parte. Puta, vos sólo sos misterios. No es nada, sólo quiero cambiar de casa, por esta noche nada más. Lástima que no te puedo llevar conmigo. No te preocupes, Vos está loco, Alfonso. De todas maneras esta noche no se trabaja. No lo rogués, Margó, porque entonces se vuelve peor, se le suben los humos. No jodás Pichón. Nos vemos pues. De puro choto vine a la casa, mejor hubiera cumplido con no venir. Hoy yestuvo, Chentino. Ustedes están a punto de verga. Déjenlo. Nos vemos mañana. Vamos, Charrier.

17.

—¡Ajá, decinos qué conseguiste!

—Yo veo que ustedes no comprenden los sentimientos.

—¡Má! Dejate de culeradas y sincerate con nosotros, y no lo pensés mucho porque te conviene.

—Conseguí algo... no sé si les puede servir... a lo mejor es algo escrito en clave.

—Danos lo que tenes y punto.

Sacando un papel, una servilleta y otra.

—Parece una obra de teatro.

—Cortala y sacate todos los papeles de la bolsa.

Las manos enredadas en los bolsillos.

—Ustedes lo ponen a uno en culío con ese modo de proceder.

—¡Putá! ¡Vas a venir a darnos lecciones!

Termina de sacarse las servilletas.

—Aquí lo tienen...

—¿De quién es esta letra?

—Lo escribió Alfonso cuando estábamos en la cervecería, si quieren lo leen.

—Dejámelo a mí —dice el cuilio vestido de azul y garrote de hule para golpear la cabeza sin dejar señales.

Sorprendido:

—¿Y esta babosada qué es?

—Mejor que lea él —dice el otro policía vestido de lobo con cuarenticinco en su cartuchera y sus cuatro cargadores.

—Sí, leé vos —en dúo, policía de azul y vestido de lobo.

Leyendo con voz aflautada, de niño recién salido del horno. Porque después de todo la responsabilidad es cabrona. Uno tiene su corazoncito y en qué lío me he metido. Desta no salgo.

—Apurate que no te hemos dicho que recés.

Leyendo:

«Escena en el “Copas” (bar y cervecería)».

Toño el cantinero (mirando hacia afuera): Esta es una calle sin salida.

Chica del Bentley: Por suerte...

Germán: La vida es una calle sin salida.

(La chica sonrío como siempre tras el Bentley).

Cantinero: Por eso se vive tranquilo aquí.

Chica del Bentley (triste) Si hubiera carros por aquí ya lo habrían muerto atropellado. (Mirando a «Eros», un foxterrier, con grandes rasgos de aguateris, asomado a la ventana).

Cliente con corbata (entrando): Un trago...

Cantinero: ¿Guaro era?

Cliente con corbata (a Germán): ¿Me permite el salero?

Germán: Aquí tiene, joven... y el chile.

Cliente con corbata: ¿Quién sabe cómo será el limón con chile?

Germán: Tal vez como el primer beso.

Chica del Bentley (sonriendo en el espejo retrovisor): Hay que probar para saber.

Cantinero (riendo): Como el negrito aquel el otro día, se tomó un vaso de cerveza con chile y huevo y se puso verde; después lo vi por el parque Barrios vestido de manera extraña y sin zapatos, siendo que el hombre tiene plata.

Cliente con corbata: Seguro que para que no lo asalten.

Eros (perro aguacateris): A mí qué me importa que diga la gente.

Cantinero: ¡Achís! Adonde llegó la gran cancana del barrio.

Chica del Bentley (mostrando el interior mullido del Bentley repleto de carnes, frutas y verduras; montada en una escoba y volando a nuestro alrededor): Perro que habla no muere, ¿verdad Javier Solís?

El radio prendido: «Lo único que me queda es blanquearlos con escopeta.»

El telón cae estrepitosamente. Aplausos y huevos duros.

—¡Putá! ¿Y esa mierda qué será? —dice el cuilio lobo feroz.

—Es una locura —responde el cuilio de garrote bondadoso.

—Lo que más me intrigó —dice el hermano de Meme— es eso de la escopeta, por eso me traje los papeles, en un disimulo cuando se descuidaron; Al los había tirado en el suelo.

—Algún mensaje, quizás, que alguien recogería después... ¿Es eso lo que querés insinuar?

—Bueno, ustedes son los gatos sabios.

—¡La vieja! Verga te vamos a dar por andar de baboso —
cuilio vestido de tul.

—Dejalo, llevémoslo a los superiores para que ellos lo analicen científicamente. Nunca se sabe dónde salta la liebre.

—¿Verdad que yo les dije?

—Calíate la boca si no querés que te la cierre diun vergazo.

—Dejalo, siél es un colaborador, un compa nuestro.

—Claro que sí, lo que sucede que ustedes son unos neurasténicos, ya no se puede hablar, pues; dar opiniones que di algo deben servir.

—Tenes razón, vos.

—Pero que no se vaya crer mucho, no te olvides que es un simple civil, como cualquiera.

—Bueno, llevemos estos papeles... Y vos andate a la mierda.

Y me voy.

18.

Adiós Felipe, adiós Modesto, questán haciendo tan calladitos, tan billetes diamil, sentados en una piedra dura. Zoilas puras mengambreas de San Salvador. Para siempre callados para siempre dormidos como dos hermanitos. Te salvaste del cáncer en la nariz, Modesto, hijuetumadre jodedor, gran candanga de la poesía joven cuzcatleca, gustavo adolfo vallejo, tirador de materiales subversivos, echador de verga, poemastro revolucionario, picoteador de la fruta podrida de la oligarquía salvadoreña, roedor de las pilastras tembeleques en que se asienta la democracia guanaca. Adiós, hermano. En andas te llevaron, almidonado y compuesto. A varios meses ya de desaparecido todavía oles a subversión. ¿A dónde está entonces su cadáver? Aquí

no lo tenemos. Niaquí. Jamás ni siquiera lo conocimos, dejen ya de joder. Aquí tampoco. Ganas hubiéramos querido de tenerlo en nuestras manos si es cierto que era un subvertidor del orden. Y su cadáver ay siguió muriendo. Por qué no lo van a buscar a la montaña. Todos esos muertos suyos, todos esos desaparecidos suben a la montaña y luego nos echan la culpa a nosotros, a los cuilios cerotes, como nos dicen. Vayan a la mierda estudiantes culeros. *Saludemos la patriorgullosos* —cantando el himno nacional. De hijos suyos hijosdeputa, podemos llamar. Y le pegaban duro los policías con un palo de hule. Adiós, adiós, para siempre adiós. *Y juremos la vida animosos.*

Llenos de animalosos gusanosos. Muchachos brutos que ya dicen quitadiay. Ellos se lo buscaron. ¿Y por qué serán tan idealistas estos muchachos dioy? Los viejitos no les entendemos. ¿Por qué se mueren de gusto? ¿Si las cosas son como son y nunca van a cambiar? *Sin descanso a su bien consagrar.* Al bien de los olilagartos. ¿Quién los tiene de tontos? *¡Oh! ligar tía, madrastra miya. ¡Oh! ligar fría, llenaeres de odio como el ave de cetrería.* Si están desaparecidos por qué no los van a buscar a sus escondites. Te salvaste de tanto joderte haciéndoles entender que sólo hay un camino. *¡Oh, lagartos de río, explotadores de la patria mía!* Adiós Felipe-Chentino. Adiós Modesto-Pichón. Se salvaron de tanto sacarle el ritmo de la charamusca cumbia al motorcito entintado, al rodillo negro dando vueltas, y del dale y dale toda la santa noche. «Abajo la dictadura». «Gobierno pura mierda». «No hagan olas cerotes, hagan la revolución». *¡Oh! picardía, hasta cuándo abusarás de nuestras cobardías.* Hijos suyos podernos llamar y ellos nos llaman hijos espurios, váyanse a la mierda, hijos sin patria, sin dios y sin ley y déjennos con nuestros capitalitos que tanto nos han costado, nuestras fabriquititas que hicimos con el sudor de los huevos ajenos, déjennos tranquilos ¡Basta

ya! Un sólo golpe al caite. Adiós muchachos compañeros de la vida. Los soldaditos marchando al compás del tambor, un sólo golpe al caite, rataplán-plan-plan. Y ustedes tan callados, en una piedra dura y calcárida. Fueron vistos en la cárcel de Zacatecoluca. ¡Están vivos! Entonces ¿dónde están? Búsquenlos en sus escondrijos y no nos echen la culpa a nosotros que estamos para salvaguardar los sagrados intereses de la patria. *¡Oh! garra fría, apurar cielos pretendes para imponer en este mundo y el otro tu santa tiranía.* Un solo golpe al caite. Hagan de caso que jamás existieron. Adiós pueta-Modesto, Felipe-Chentino, bebedores de atol shuco al final de la Avenida Independencia. Amigos de las putas y de los bolitos madrugadores. Para siempre callados, para siempre dormidos. Y mirádonos siempre como miran los muertos. Los que nunca existieron, los invisibles. Un sólo golpe al caite, los soldaditos campesinos sin tierra. Con el ojo en la mira del fusil y en el corazón del hijo ajeno. *Mis compañeros, mis hermanos.*

19.

—Mirá, Charrier.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué no nos habías contado que tenías un hermano?

—No tenía importancia.

—Claro que la tiene.

—No me interesa.

—A mí sí...

—Es cosa tuya.

—Dice que no te llevas con él porque es obrero; yo sé que eso es un infantilismo... te cuento para tu información.

—Mirá, Viejo, olvídate de él, somos hermanos pero somos distinta cosa, ¿es que no te das cuenta?

—No me parece tu manera de ignorarlo, ya estoy pensando que estás prejuiciado contra él.

—Oye, Viejo, es mejor que no mezclemos los asuntos familiares con nuestra actividad política.

—Yo no veo la contradicción.

—Ni yo tampoco, pero la presiento.

—Si querés que me olvide, me olvido.

—Olvídate.

III

CAPERUCITA

1.

Se necesita un poco más de los escasos recursos para poder sostener el pago de la casa, la luz, el agua, impuesto de pavimentación, aseo, derecho a ver unos pocos metros del volcán (con vista hacia el volcán, un recargo del 10%) cubierto de neblina en la noche, las estrellas cocinándose en el vapor neblinoso del volcán. Nos cobran caro por ver este animal echado, el Jabalí, a lo largo de la ciudad. Y por dentro la casa de ladrillos descubiertos.

—Imagínate si tuviéramos un hijo —me dice Caperucita—. Se moriría de frío, el pobre; sin una frazada digna de esta temperatura de noviembre —ella lo dice a solas, cantando, desde el fregadero mientras lava los platos. «Sí, es posible que se nos enfermaría y tendríamos que gastar en médico y medicinas y donde tela si no hay arañas» — respondo hablando conmigo mismo.

—Y eso no es nada, imagínate la comida, te has dado cuenta del valor de tres pelargón mensuales, la leche como del mismo seno de la mamá, y luego hay que cambiar a carnation; no digamos del llanto en la noche. «Con solo

pensar se me retuercen los intestinos» —respondo con grandes ganas de estar con ella.

Caperucita ha dejado de lavar los platos y se dirige con su caminar picado, a trote, caballo rojo que recorre nuestros campos, hacia el comedor con unos platos en la mano acariciadora.

—Y vos te quejas por la falta de un hijo —dice ganándome la delantera. Y he caído en la trampa, con los pies apretados, casi a punto de perder la pierna. Sufro tratando de escapar. «De verdad, Caperucita, ¿por qué no podemos tener un hijo?» Ahora es ella quien ha caído en la trampa, en el fondo de un pozo de agua que no tiene fin. «¿Por qué no podemos tener un hijo?» —repite— con una frase alargada por su caída dentro del pozo. Y el silencio se prolonga. Mis ojos dan vueltas alrededor de las letras que estoy leyendo. Espero su respuesta que vendrá desde el comedor, al otro lado de donde estoy ahora, leyendo un libro, en la sala, por una pared cancel de apenas dos metros de altura. Por las celosías entrando el viento. Caperucita guarda silencio, más o menos un siglo de silencio y de ausencia. Y ya no le oigo nada porque sus palabras salen volando en ráfagas por las rendijas de la ventana que da al volcán.

2.

Vieras qué linda cara tengo este día de lluvia parecido a nuestros días. Día verde. Pájaros escondidos en las ramas para oír una canción que sale de tu boca. Vieras que linda lluvia, los gusanos cayendo a borbotones, gargantizantes, con polvillo negro de humo. El parque a doscientos metros, los jardines del parque. Truenos corriendo sobre los tejados y tu cara detrás del vidrio de la ventana. Me lavo la cara, me veo detrás de la ventana. Vieras qué lindo pelo tengo.

Para vos soy linda, ya lo sé aunque me gustaría serlo para todo el mundo. Así te gustaría más, no hay duda. Estoy preñada, te fascinarías viéndome la piel del vientre temblando, como si Carmina quisiera salirse de su caja de caudales. La pobre, ya me la figuro, en su rincón de tinieblas, sin nadie quien la cubra, doblada, sin comer, apenas con su cordón umbilical pegando pataditas desesperadas, un pato en su cáscara, diciendo suavemente a través del tendido telefónico de la sangre, pa-pa ma-ma. Sólo me tiene a mí que le sirvo de vasija, o envase, y ella respirando por su cánula de oxígeno, haciendo un viaje por el espacio. Ahí queda quietecita mientras llega la hora. ¡Pobre! Y vos qué, te perdés; inexplicablemente desaparecés. Sólo dejás un adiós con buenas intenciones: «Buena suerte, algún día nos veremos». Una mancha de pintura en el espejo, pintura de mis labios, un buena suerte más filoso que cuchillo de cocina. Y me veo entre las letras rojas, espiándome a mí misma o quizás tus ojos detrás, pegados en el letrero del espejo. Ahora me doy cuenta: nunca estuve más solitaria que cuando vos sacabas los trapos al sol para que perdieran el tufo a humedad; y nunca estuve más acompañada que ahora con Carmina en mi estómago precioso, inflamado, globo de feria, de varios colores. Y vos que te la llevás de engreído, espantamuertos, espantapájaros. Yo, en esta habitación mirándome al espejo, esperando que aparecerás tocándome los hombros, acariciando mi panza, diciendo: ¿de quién es esta pancita chula, y estos saltitos de gato montés? Yo soy una tonta recién bajada del volcán vendiendo flores, esas muchachas analfabetas que ignoran lo que es estar detrás de un espejo mirando un letrero de despedida desde el anochecer hasta el alba. Buena suerte y otras cosas, dice la frase pintada con lápiz de labios. Brrr, hace frío. Siquiera estuvieras vos, Al, para que dijeras una canción hablada. Me conformo con

las máscaras del cielo raso, el ruido de los animales en la noche, la almohada con un murciélago adentro, según me contabas el cuento de horacio quiroga. Recordar a Juanita de Suchitoto, muy bien vestida, por las calles empedradas, con olor de flores, a las cinco por florida...

3.

Qué le has visto a esa mujer, con ojos, dientes, manos, pies; distinta a la mayoría de gentes, por sus gestos y el hecho de estar preguntando lo que no le importa; con defectos notorios, por supuesto, riéndose de alguien, comiéndose las uñas. Se cubre la cabeza con un gorrito verde, perico de la montaña. En cuanto al amor, claro, se comporta como una ola verdadera. Eso me lo contaron unos amigos que la conocieron de cerca... en la intimidad, pues, como se dice. Me pregunto que has visto de especial a Juanita de Suchitoto, camina como si fuera buey cansado y de repente va a salir disparada hacia adelante y sus nalgas falsas dicen que se ha metido dos pelotas de fútbol en los fondillos, eso es lo que te gusta, la parte de atrás, porque para eso sos bueno, no creés en la espiritualidad sólo en las cosas materiales, mientras haya donde tocar, decís riéndote, pelando tus grandes dientes de caballo joven. Y después te llevó a Guatemala —¡la muy puta!— y te tuvo encerrado en un cuarto del hotel «América». No pudiste hacer nada, eso es lo peor, gastaste gran cantidad de dinero y no hiciste nada; desde Chalchuapa hasta Guatemala, los dos abrazados en la *ticabus*, como dos palomitos recién salidos del nido, gastándose la piel de tanto tocarse —¡No se imagina! llevó la mano metida bajo la falda desde que salimos de Chalchuapa, es incansable.

Mientras estás tocando sos feliz, tu oficio debió haber sido el de cartero, tocar las puertas para que se abran con

grandes ganas de recibirlo todo. Siempre será irremediable tu oficio tocador de ocarina. Ella misma, me lo contó. No sé por qué, quizás porque con eso me hacía sufrir —ya estuvo, pues— o porque es una gran historiante. Sus ojos de pájaros enjaulados se hacían de aquí para acá. Todo lo demás me tiene sin cuidado, me dijo, lo importante es que lo hice con mi voluntad y nunca pensé estar haciendo daño a nadie, yo no sabía que otra mujer estaba de por medio —me insistió con su voz de cantante chabela vargas. Pues a mí eso me tiene sin cuidado —me defendí. Antes me había quedado callada, sólo oyéndola, monolito, maya del preclásico, sin la menor expresión, sin el mínimo movimiento, apenas parpadeando, y más de alguna vez me llevé la mano a la nariz para rascarme las hormigas de la nerviosidad. Usted debería escribir cuentos, es una gran narradora —le dije al final, casi dormida, de pie como las loras en su estaca. Y ella con la desfachatez más inmensa del mundo, sin ganas de parar. ¡Cortala ya! —pensando yo, pero a la vez con curiosidad de saber tus cosas de cuando sos infiel y luego vas llegando con tus arrumacos y caricias llenas de miel de abejas, que me dejás pagajosa, una mosca en papel cazamoscas, o araña pica-caballo prendida ¡la pobre! en la cera de chumelito y saliendo del agujero para morir destripada.

¡Y quién la detenía! Era una chinchintora: «Luego nos íbamos al hotel después de pasar dando vueltas alrededor del parque Centenario, confundiéndose con los vendedores de espejitos y peines». Porque tiene una lengua, esa Juanita, como la del pobrecito cocodrilo que decía el sapo en la competencia de quién tenía la boca más grande. En un descuido tuyo fue a amontonarse con el cura, llegó a buscarla con el pretexto de ir a conocer las iglesias coloniales. «Sí, hijitos míos, la Antigua Guatemala, tiene túneles que comunican los dormitorios de los conventos de

monjas con las casas de los sacerdotes, pero eso era antes, cuando no se respetaban las leyes de Dios; celdas donde se encerraban a los niños recién nacidos, hijos de sacerdotes impuros y de monjas para qué te cuento; en fin, todo eso que ahora pertenece a la historia nefasta de la iglesia.» Y a vos entrándote las moscas por la boca, te la creiste, dundeco, pasmado, loroilo, baboso. «Sí, padrecito, si quiere se la lleva, porque este día no podría salir con Juanita pues tengo unos compromisos.» Y ella misma me contó cómo había estado toda la noche metida en la sacristía; llena de pecados, quiso sacárselos de un viaje, y le dio la noche, sacando y metiendo pecados, patas para qué te quiero, gallinita frente al teatro, culo contento. Te llegó a tocar la puerta en la habitación del hotel cuando ya era de madrugada. Claro, a ella no le bastaba un solo leño rollizo para sus vacaciones.

Vos diciéndome:

En el cuarto vecino al nuestro había una pareja de alemanes que pasaron la noche entera pegando chillidos y forcejeando; yo pensaba en la responsabilidad que tenía con Juanita, era medianoche y no regresaba, por suerte andaba en manos sagradas.

Yo diciéndote:

Está bien que te haya pasado por andar de tonto.

Vos defendiéndote:

Son esos errores que uno comete sin darse cuenta; además, nunca me imaginé que ibas a llegar a saberlo un día, y menos por boca de la magdalena.

Yo:

Es que te la llevabas de abusado y no eras más que un niño bebiendo agua en el culiscunclis de una botella-biberón. La culpa fue mía, quizás, por haberme ido donde la abuela.

Él:

Me dejaste triste, solo, como una canción bolero; no me quedó más remedio que irme donde los Vindel, allí conocí a Juanita y ocurrieron todas esas cosas de canción mejicana.

Caperuza:

Recuerdo que antes de irme a casa de mamá casi te mato, el cuchillo te pasó zumbando sobre la cabeza; te llevaste tus libros predilectos y una máscara en madera de Chico Gavidia; más de cuatro meses viviendo a costillas de los Vindel. A los días ibas para Guatemala; has sido un gran loco; que si mamá tenía cara de naranjagria, cuando sabés que es todo lo contrario: cara de naranja dulce limón partido dame un besito que yo te pido.

Vos:

Su rostro de estatua empuurrada, cara de presidente de la república.

Yo:

Te fuiste a Guatemala cuando estaba muriéndome. Y me mandaba flores la muy puta: «Aquí le manda la niña Juanita quenevez de que se pierdan usted las ponga en una botella con agua y también le manda estos dulcitos de chilacayote». «Dígale que muchas gracias, es muy amable, que no se moleste tanto.» «Dice que nues molestia, al contrario, está para servirle.» Pero dios santo a qué venían tantas atenciones.

Más vale no te clavé el cuchillo, no estuviéramos contando el cuento ninguno de los dos. No obstante, hubo venganza: ella misma me lo cuenta todo; las cosas que hacían ¡chochichino! «Me esperó en el puente de palo, en el mismo lugar que te conocí. Le gusta verme en bata antes de acostarnos, una bata floreada con pétalos celestes, para ser más exactos.» Yo estaba furiosa ese día del cuchillo. Ahora me explicaba los telegramas firmados por una supuesta mamá. «Úrgeme verte. Punto. Tráeme libros de poemas. Punto. Punto. Es cosa de vida o muerte. Firma. Tu mami.»

4.

Era casada con un médico. Cuando oíste llegar el carro del marido: ¡cómo, no es posible, si anda en San Vicente! El pobre despepitándose en un hospital para que ella le estuviera quemando la canilla en su propia casa y cama. Con un sinvergüenza como vos. «Si quiere sesconde debajodela cama.» Y yo con la mano para atrás y otra hacia adelante, padre Adán chuloncito. «Póngase los calzoncillos y apague el tocadiscos porque yo le he dicho a mi marido que jamás oigo música cuando está ausente.» Haciendo musarañas de temor al marido. Y vos que debajo de la cama era imposible esconderte. Y a qué horas pensás salir tontito, mejor apurate si no querés que nos vaya a matar. Pongase los pantalones pues, y saltese el tapial, cuidadito se quiebra las de chapalear lodo. Ni que fuera momento para hacer bromas. ¡A quioras me metí en este enredo! Piii, piii, el carro llegando al garage. Plas, plas, sonando los pasos en la puerta. Esperate Facunda, no abrás todavía. Y la doméstica no halla dónde poner el nalgatorio porque ella también tiene derecho a emocionarse. De todas maneras no ando la llave, niña Juanita —dice la Facunda, sintiendo que le dan ganas de ir al sillón presidencial, pues del susto se le ha aflojado el chiquirín. Mejor, así nos da tiempo —responde Juanita, con arreglo de pelo y puesta de calzón. Y usted póngase los pantalones, no se haga el migueleño, nos va a matar el hombre, no es hora de hacer poemas, váyase descalzo, no sea bruto ¿acaso quiere darse su bañadita? Te tirás por el tapial... Tan-tan, tocan la puerta. Un momento, ya abro, que no encuentro la llave —dice la Facunda. ¿Está descansando la señora? —pregunta el doctor desde afuera es noche y llueve tanto. Al fin la llave. ¿Y este desorden como si hubiera pasado un huracán? Y la Facunda, canillas temblando y chiquirín con diarrea, obsesión por correr a la

silla presidencial. Es que nuetenido tiempo de arreglar nada, y la señora ha estado un poco enfermita. Esta Facunda, cada día más haragana —hace como que protesta Juanita. La doméstica, sirvergüenza. Comosté me mado a traer las tortiyas y estuve más de dos horas esperándolas. Facunda linda. Y plós-plós, caíste de arriba del tapial, garrobo panza arriba. ¿Oíste ese ruido, Juanita? Sí, ha de ser un tacuazín buscando huevos de gallina o comiéndose los marañones. Ya mice mierda la pata. Cojeando por la calle. Arreglen este cuarto, pues quiero dormir. Si querés te das un baño antes de acostarte —dice Juanita con sabor a miel en los labios. El doctor: Ya vas con tus indirectas, ¿no ves que vengo cansado de trabajar? —dicho esto con toda la pasión de cuando está abriendo los ijares al paciente.

Al llegar a la casa tenías los pantalones al revés. Yo te dije: andas cazando fantasmas. Vos: pero cómo es posible que haya salido desta manera. Ya ves, cada día más loco.

5.

Tan linda que me veo preñada y te perdés de verme. Por la ventana del muítifamiliar, mientras afuera llueve, allá en el parque y más allá de los edificios de la Universidad. Mañana vendrás a decirme que te abra la puerta, que te perdone, que sos un ángel de dios. Yo estaré en un lugar donde al fin permaneceremos separados, totalmente libres de pensar, el uno frente al otro pero separados. No escucharé que vienes de alguna parte, porque mi lugar secreto será una tumba con una sola llave, y esa será mi casa inexpugnable, mirando crecer la yerba por arriba y por abajo, dentro de esos túneles de una sola entrada para que no llegue la presión inalámbrica tuya de comunicarte a miles de kilómetros y decenas de años, con el bordoncito ya, desdentada y más del otro lado que de éste,

desaparecida para siempre y vos crees que es una broma porque nunca te lo han hecho y porque no conocés a esta Caperucita, comedora de frutas y con una sonrisa en la punta de los dedos, es decir la otra Caperucita que desaparece y se hace invisible para no mirarte, no tener que darte explicaciones y no soportar el tedio de tu memoria metiéndose en la cabeza, el huevo de la mosca en el fruto para poder comérselo desde adentro. Acordate de estas palabras.

He aprendido a estar frente a la ventana, pegada al vidrio, estar al otro lado del espejo viendo pasar abajo los cipotes chorreados regresando de la escuela, mirando los chuchos pegados después del coito; las mujeres del mercadito, la loquita denfrente y sus ojos cubiertos de madre selvas y otras clases de enredaderas luminosas, con un pañuelo verde, haciendo señales hacia mi ventana con su pañuelo verde, sin saber si la estoy viendo, impertérrita pegada al vidrio de la ventana, la divierta más hermosa, el mundo de la calle y las zonas verdes, el chichi chulón miándose y cagándose debajo de una mata de azucenas sembradas en el jardín comunal; los que regresan del trabajo con su mirada fiera, arrepentidos de servir a dos amos. Así estoy mirando por la ventana y las otras habitaciones me miran: en cada celosía un par de ojos, en cada cornisa pares de ojos disfrazados de pajaritas de papel y papelotes y piscuchas, el tanque abastecedor de agua en el cuarto piso, en la terraza está derramándose el líquido frente al sol. Y yo con mi timba, mi estómago en movimiento esperando que aparezcás de algún lado y quedés mirando para arriba, al tercer piso, buscando detrás de las ventanas y yo abriendo las celosías para mirarte mejor y no estar detrás de un espejo; y entra el aire puro; olor de pescado frito en la venta de abajo, las voces que antes eran una película muda y mirar cómo ha dejado de

llover antes de darme cuenta y escuchar tu grito: «Hola, ¿puedo subir?» Yo pidiéndote que des la vuelta, por las escaleras, ¿y por dónde más deberías subir? Y ya no me explico las cosas: «¡Da la vuelta y subís!» Llegas un rato a descansar, ahora, despejado el cielo, podemos ir a la terraza, al tanque de agua como antes lo habíamos hecho, a darnos un beso especial o a tener relaciones de pie, yo inclinadita como la torre de Pisa o la de San Vicente, sin apoyarme en nada, árbol maltratado por el viento, tus ciento cincuenta libras encima, sensación especial, sabor distinto de la fruta robada del cercado ajeno.

Pero no aparecés por ningún lado.

Es mejor, creo, después de todo; pronto va a dejar de hacer calor, así sucede una vez que se han despejado los nubarrones negros para dar paso al azul de luces estrobodélicas. De nuevo te habré olvidado. «¡Hola, amor mío!» «¡Da la vuelta y subís!» El sonido en los escalones, botas llenas de agua subiendo. «¡Pasádelante, muchachito!» Vos secándote con una toalla tu pelo colucho de Salvador del Mundo en actitud de entrega, pidiéndome te quite los zapatos llenos de agua y de barro; y morirnos de risa, andá metete al baño, vení te quito el pantalón y la camisa y te envolvés en la toalla, hijo de indira gandi. Cae la ducha a borbotones, el agua helada y te paso el jabón por arriba de la cortina. Mientras te bañas voy a poner agua caliente para el café Listo. «Apenas tuve tiempo para tomar el bus.» Llueve a canastadas. A vergazo limpio. «Tómese una aspirina, amor mío, con este cafecito caliente y un bollo de pan, no tengo otra cosa que ofrecerle.» Vos sentado en la silla de hierro y plástico, yo queriendo soltar unas lágrimas. De alegría. «Una que es tonta y no cree en la suerte: ¡fijate! te aparecés de pronto, sin avisar mientras estoy pensando en vos; telepatía, dicen.» Ya está el café. Secate bien la cabeza, ponete esta camisa sin aplachar: es que vos te

aparecés así de repente. Es el humo de la cocina, le respondo cuando se refiere a los goterones de mis lágrimas. Es la leña verde, dióndas leña verde. «¿Qué —se sorprende — no estás cocinando con electricidad?» Comonó —le respondo— lo que pasa es que así dice el poema: es la leña verde la que me hace llorar. Me limpio los mocos, los grandes mocos tristes y sentimentales, y toda esa agua salada del mar que me brota cuando estoy dramática y amorosa.

—Quién iba a pensar que te miraría por la ventana — dice.

—Ya ves —le respondo— así es la vida.

6.

Las habitaciones son más o menos amplias, separadas por paredes que no llegan al techo, especie de canceles de ladrillos rojos y cemento, sin pintar; ventiladas por cuatro ventanas vidrieras; una especie de secadero en la parte de atrás, prolongación de la sala-comedor. En el secadero viven tres perritos enanos; Caperucita los cuida como si fueran sus hijos, les da leche carnation en un biberón; les ha hecho colchoncitos de sábanas viejas. Los perros no dejan dormir, pues apenas sienten el ruido de las cucarachas, comienzan a gruñirles en la oscuridad. Yo le digo: regala esos perros, Caperucita. Ella: si no fuera por mis perritos la casa estaría llena de cucarachas. Y quién la convence. Yo: sería mejor un gato, ¿no creés? Ella: los gatos son cochinos, se cagan debajo de la cama y cómo te deshacés del tufo. Pienso, en verdad, si en uno de estos apartamientos pequeños podría aguantarse el hedor a caca de gato. Viéndolo desdiay, mejor los perros enanos; ella los saca a hacer sus necesidades a la zona verde, y si se le olvida ahí están ladrándole y rascándole las piernas. «Es hora de sacarlos a cagar» —le

digo. Caperucita me mira con ojos de no seas vulgar, respetá a los perritos.

Los perros han llegado a representar parte de la familia: se acuestan a la misma hora que nosotros, no les gusta dormir con la luz apagada, prefieren un concierto de marimba que los tambores y pitos, sus gustos los manifiestan mostrando cierta inquietud, dando vueltas alrededor de nosotros, queriendo hablar: «Apaguen la luz». «¿No podrían poner una música más bonita?» Caperucita tiene que satisfacerlos porque de otra manera no nos dejarían en paz. «Perdoná, a es hora de apagar la luz» —me dice. Yo tal vez estoy hojeando el periódico. Los perros le reclaman: «¿Van a apagar la luz por fin?» «Coman mierda» —digo sin dirigirme a nadie. Caperucita cree que la estoy incluyendo en el banquete; me dice que si estorban podrían salirse a la calle, a la zona verde —se incluye ella, por supuesto. Le digo que la invitación al festín escatológico es sólo para los perros. «Es lo mismo» —afirma con una presa llena de lágrimas a punto de inundar la habitación. Apago la luz y me duermo. A la seis de la mañana comienzan a ladrar; Cape se levanta a bañarlos. «Demasiado calor para ellos.» Y para nosotros no —pienso. Le digo que los perros están demasiado consentidos y que podrían traernos problemas.

Para demostrarle mis sentimientos a la Caperucita, he sacado a pasear los perros; a que hagan sus necesidades. Y me siento un hombre bueno, un hombre nuevo, comprensivo con los animales que no me dejan dormir, que me joden la paciencia. Soy bueno, pues, con mis enemigos. Quizás sea el hombre necesario.

(Muchachito no sé donde estás, pero igualmente te escribo; te había dicho que si no me contestabas mi primera carta no volvería a dirigirte una línea; después pensé que a lo mejor no te había llegado mi carta. ¿No te has enfermado? No voy a preguntarte si te hace falta verme o si te hago falta yo, porque sería un trabalenguas; sé que estás feliz en tus soledades; de haberte deshecho de mí de una manera tan bonita. De mi parte, no puedo decir lo mismo. No puedo vivir sola, vos lo sabes y un día de estos caigo en tus habitaciones o me cae alguien. En cualquier lugar que te encuentres.

Quisiera escribirte todos los días como lo hice algún tiempo; era cuando creía que me adorabas, ahora no quiero hacer el papel de tonta. Quiero conversar contigo, contarte lo bien que estoy. Me repongo admirablemente —como dicen las artistas de cine. Llevo una vida descansada porque mi abuela me visita y no te imaginé cómo me atiende. El calor no es sofocante en estos días, a veces se pone fresco y llueve como en la biblia, llueve hasta sentir ganas de construirse un arca de Noé. El vecindario ha cambiado; ahora tengo unos vecinos platicones, contadores de tragedias. Te voy a decir una cosa al oído: aún te quiero mucho, y con el daño que me hiciste. Quiero que me contestes las siguientes preguntas: ¿Es definitiva nuestra separación?

¿Debo olvidarme de vos? Decímelo con sinceridad, cualquiera que sea tu respuesta voy a cantar una canción como aquellas que te arrullaban antes de dormir.

Bueno, muchachito, cuídese y tome siempre sus medicinas cuando esté enfermo. Yo no tengo inconveniente en escribirte, por lo tanto no te perdonaré si venís con una carta de aviso clasificado. ¡Ah! Recuerda, cuando estés con otra seré yo, haciendo todo lo posible por agradar a otro

hombre. Recibe muchos besos de quien no te olvida. Caperucita.)

8.

Te quiero tanto, es cierto, pero no lo suficiente para seguir callada. Tu conducta me obliga a recibir con fastidio ese amor-mío-amor-mío de melocotones. Si le creés perdonable perdóname, yo de todas maneras diré lo necesario. En los últimos días no me has dado a conocer el rumbo que seguís, adonde te vas por las noches para regresar en horas de la madrugada. He aprendido a reclamarte y te hago la amenaza definitiva, no quiero estar sola y mucho menos que me provoqués dándole chupetes a tus apestosos cigarros *embajadores*. Si no me querés, yo tampoco te quiero. En estas cosas manda la reciprocidad. Me dejás confusa, te vas con desfachatez como si fueras un esclavo liberto. Decís que hiciste tanto esfuerzo en conquistarme, que ahora vale la pena disfrutar el esfuerzo, o reponer energías. ¿Y quién conquistó a quién? Cuando bajabas las escaleras a espiar por el agujero en la pared de pleygud, acaso no me mirabas que te veía detrás del espejo, sobre mis hombros en el espejo de otro espejo y así hasta el infinito. ¿De haberme sentido sola, creés que habría actuado como lo hice? Cuando estaba sola en el cuarto tú estabas acompañándome por el agujero en la pared. Me daba por verme vestida frente al espejo para exhibirme; me mirabas y te miraba; tus ojos dando vueltas en la oscuridad, tus ojos de gato encerrado, las quemadas de marzo en los volcanes eran tus ojos. Mirada de gato cazador de serpientes. Espejito espejito quién es la más bella de este reino de tinieblas de mi cuarto oscuro. Y daba pasos de danza. En cierta forma, me burlaba de vos. Para el vecino desconocido del cuarto contiguo, arriba del mío. Muriéndote

al otro lado del espejo, oculto en un lugar de la escalera, respirando con reticencias como si estuvieras harto de la vida.

9.

Olvidémoslo todo, te digo. Pregunto dónde dejaste los pañuelos nuevos, por qué traés los calzoncillos manchados. Decime de una vez si has decidido seguir con esta guerra de piedras, decime para así dar yo la vuelta y no volver a pensar que vamos a estar juntos, acostados en esa cama, todavía con la sombra tuya porque nunca te levantaste mientras te paso la mano sobre la cabeza, soplándote las orejas hasta decir ya no, y a reírnos se ha dicho. Decime si debo olvidarme de tu sombra, si la debo borrar de mi cama, si la debo desocupar para alguien más que tenga el valor de venir a acostarse conmigo. Vos sabes que eso ha sido mi vida, estar acompañada: desde que tengo memoria estuve con alguien, hasta que apareciste vos, sin avisarme, en tu cuarto oscuro de arriba. Comenzaste a tener sueños raros, sueños que coincidían con los míos.

Todo esto lo digo, desde el Tablón del Coco, mirando pasar las carretas sobre las lajas sonoras. De nuevo tendrás tu cuarto oscuro, sin nadie que te lave la ropa, sin nadie que te dé cucharaditas de jarabe cuando estás enfermo, sin nadie que te limpie los zapatos, sin nadie que te despierte cuando te amenazan las pesadillas. Es decir, sin esta esclava que te quiere tanto, con esta Cape, sierva, que un día creyó llevar en la frente las iniciales tuyas hechas con el fierro de los animales y que ahora me cuesta borrarlas. Aparento soledad cuando miro el mar desde el corredor alto de la casona. Estás cerca con tu olor desagradable de cigarrillos. Te toco a través de los barrotes de la ventana que va a dar a los pinares del Tablón. Vos mismo te meces

en la punta de los dedos cuando te señalo o en la palma de mi mano cuando te quiero borrar, estela de agua, neblina, imagen en alguna parte. Detrás de algún cancel oís cuando me tomo este vaso de agua con una aspirina.

10.

(Querido Al: He llegado al fin. Todavía no dejo de sentir la nostalgia que producen las cosas queridas. ¿Qué creés? He llegado a casa y me parece encontrarme con una carta tuya; me ha llenado de alegría, porque volvemos a hacer contacto y trataré de no romperlo. Mi casa del Tablón del Coco no me extraña, la han arreglado de lo más lindo, han puesto una candela gigante en la sala, cosas de la abuela.

Aparte: ¿No te parece que hoy han cambiado las cosas entre nosotros? A mí me parece; no es lo mismo que formes parte de mi mundo imaginario a que lo formes de mi mundo real. Lo digo porque ayer, no el día anterior a este, sino aquel ayer me sentí tu amiga, la sensación era diferente. Comprende que yo siempre he sido aficionada a jugar con fuego, tengo complejo de cocinera, y por eso me he quemado varias veces; hoy no quiero jugar, va me cansé de comportarme como una chiquilla, he crecido, voy a cumplir veinte años; vos me conocés bien.

Al: sinceramente ¿creés que haces bien en escribirme? Debes olvidarte de mí. Porque no creas que seguiré con la corriente, no, voy a salir rápido de este vértigo y ¡grrrracias por todo! (Así con voz temblorosa y las manos también). Te saluda. Caperu.)

11.

Sentado en la silla de hierro, con cordones plásticos, tomándote un vaso de miados marca pilsener, la pausa que

refresca, antes que nada, una pilsener helada. Haciendo que lees el periódico pero no lees nada. Me ves que estoy pensando en ti, con benignidad. *Me voy para siempre, allá tú si te quedas en casa.* Yo me di cuenta que debía salir, y me fui para el Tablón; el clima de los pinares le va a caer bien; además, mamá consiguió trabajo en una finca cercana. Yo no estaría segura si nacería el niño ni siquiera si llegaría a realizarse como persona que dijera mamá tengo hambre. Este niño no nacerá nunca. Siento dulcemente sus pataditas en la timba. Nadie me ha felicitado por el hijo futuro, ¿sabes? Porque nadie lo sabe, sólo yo y vos. *Un hijo es la sombra de uno, cuando ya no se está en ningún lugar y todo aparece cubierto por una vegetación fantasma.* Yo digo que se llamará Carmina; si accedes, accedo yo y podría llamarse Alfonso. *Te lo perdono todo, Cape, me doy cuenta de tu enfermedad eterna, deseando siempre una libertad extraña, especialmente al ser un poco víctima de estas aguas que se cuelan por las paredes de tierra, ahora no me escaparía ni por milagro, con esta oscuridad solitaria y de encierro.* Ya ves, soy condescendiente contigo, agradécelo y sigamos hablando. Te lo digo y repito, este día de pájaros en los pinos y el viento lejano del mar, en este pueblo del noroeste.

12.

«Chilaquila de dios en mi sendero» —te digo. Crees que me burlo. Te digo palabras bonitas, eso es todo. Pero te ponés hipopótamo —quiero decir hipotética— y viene la guerra. Otra vez las lágrimas y cae el telón. Te ponés a decir cosas tontas, desagradables, idioteces; me comparás con un bocadillo de cantina; mejor no digás nada, mejor quédate callado, no me ofendás, no seas ingrato, no me tomés el pelo, hombre de las cavernas.

Vos no sos cualquier chilaquila —digo— fijate bien en el sentido filosófico: Dios; y si se toma sendero como símbolo de vida no verás la razón para sentirse ofendida. No es ninguna burla, es otro concepto de amor difícil de comprender, lo entiendo, pero vos estás obligada a darle tu reconocimiento. Mi pensamiento sólo ve cosas grandiosas cuando te veo.

Te irás para siempre. Si me prometes amarme toda la vida, yo te prometo amarte toda la muerte. Bueno, ya no te diré cosas desagradables, aunque tengan sentido filosófico. ¿Por qué no decís nada cuando te digo clavichénvalo? Creías que se trataba de una flor de la familia de los claveles. ¿Y cuando te digo papaturro del camino real? Clavichénvalo suena tan armonioso. Amo los papaturros cortados del cerrado ajeno. Está bien, si no te gusta chilaquila, olvidémoslo. De acuerdo —con sus ojitos de ensueño, ojitos de Cuzcatlán, alias El Salvador. País mío, te digo, y te recorro. «Deberían dar premios de resistencia por ser salvadoreño.» Recordás el poema. Ya no volvés a recordarme cosas. Chilaquila, campanula de aldea, clavichénvalo. Papaturro de camino real.

13.

Desde hace meses que no me mandas ninguna carta donde me cuentes de tu situación, si estás libre de malos presagios, fuera de toda comedia pesimista. Te escribo con ciertos, rasgos de felicidad atribuibles al sueño. Al dormir me vuelvo distinta, sueños hermosos contigo, sueños de maravilla con todos los países del mundo, sus gentes más allá de la felicidad. Sueño que me miras bajo árbol de mangos en el patio polvoso lleno de libélulas traídas desde los pinares por el viento; escuchando el concierto de la compañía eléctrica a las seis de la tarde; me miras, sueño,

cuando me voy con los trabajadores del campo a contar bultos de sacos de café. No me olvido de nada. Cuando me dices «hoy por la tarde fui a retirar la carta certificada que desde hace mucho tiempo estuve esperando». Te contesto en los mismos términos, Cape, estoy en esta celda de tierra, en esta jaula de pájaros; bajo por unas escaleras estrechas, no te imaginás, soy un guazalo metiéndome a duras penas. A veces un rayo de sol. Me gustaría recordarte en aquella casa de ladrillos rojos y chorros de pintura y cal, pero me he vuelto haragán, panzón de muerte; prefiero verte entre los palos de pepeto, recogiendo granos ajenos de café, «para otros dieron lana las vicuñas», tomando agua fresca de tu tecomate, o comiendo conejo encurtido en vinagre de piña. ¿Y qué más da? Es un delirio nada más. Te veo en la vaciedad de nuestras nieblas especiales y madrugadoras. Estos sueños los he inventado para estar cerca de tu nariz, de tus cachetes inflados, culo quemado, adiós tía coyota. Una invención para no sentirme triste, como los tres tristes tigres que comieron trigo en un trigal.

Si no te había escrito, Alfonso, no era por falta de tiempo. En verdad, tengo muchas cosas que contarte. Si la hubieras visto con tus pantaloncitos blancos y con flores de papel hechas por mí misma. De Carmina mejor no hablar. Ya no voy en horas de la noche a esperar la llegada de los camiones cargadores de café. Uno de estos días tomaremos unas vacaciones, quince días tomando guaro con agua de coco. Antes todo se me iba en visita a médicos, después terminé en casa de los brujos: me rajaron la panza y me sacaron una masa informe de carne cuyo corazón hacía ruido de reloj de arena, algo así como una respiración. No te aflijás, ya estoy repuesta, mala hierba no muere, ya no me duele la cabeza, ya no se me ponen rojos los ojos. Vos me acariciabas pasando las manos sobre mi cabeza hasta llegar al fondo de mis venas. Despreocúpate, amor mío. Para todo

hay remedio, menos para la muerte. Pero esto ya es otra cosa.

14.

Cape ha estado vomitando toda la noche. Yo: por favor cesá de vomitar, vas a contagiarme. Ella: no puedo evitarlo, no es culpa mía. Yo ¿entonces de quién es? Ella: de tata Dios. Yo (iracundo dando vueltas alrededor del mundo): dejate de bromas. Tirada de bruces sobre la cama, echa la comida de la cena en un baldecito de plástico que sustituye a la bacinica. Yo: debe ser el hígado que comimos a mediodía. Ella: algo debe ser (tan linda con su lógica brillante). Yo: si tuviéramos un teléfono no habría problemas pero el próximo está a un kilómetro, y con esta noche cabrona.

Miro las manecillas del reloj, faltan diez minutos para las doce y cómo voy a salir a estas horas. Ella; no me vas a dejar morir sin atención. Yo: quizás si le tocamos la puerta al farmacéutico nos abra y nos recete alguna medicina. Ella: sólo vas a encontrar aspirinas y preservativos. ¿Abrirán a estas horas? A mí me abren porque me conocen pero no puedo ni moverme, vos creerían que sos un ladrón, Y yo jamás he ido a una farmacia, menos a ésta, y a ningún extraño le abrirían a las doce de la noche. Vivir aislado es una desgracia.

¿Por qué no habrán instalado teléfono en esta zona? Doctor, ¿podría atender a mi compañera? Tiene dos horas de estar vomitando, ¿podría recomendarme algo? Perdone, no doy consultas por teléfono, déme la dirección y voy inmediatamente. ¡Cabrón! No... nada. ¡Ah! La cuota es triple por ser en altas horas de la noche y a domicilio. Usted venga y después arreglamos lo de la plata. Primero deme seguridad. Mire, mi compañera está muriéndose. ¿Y quién

putas no se está muriendo en estos tiempos? lo cual además, es nuestra fuente de entradas; usted perdone la mala expresión; por ahí llego. Colgó. Ni siquiera me preguntó dónde vivía el hijueputa.

—¿Se te calmó el dolor, Cape?

—Te digo que no es dolor, son vómitos.

Es cierto, nadie ha hablado de dolor. Mejor estuvieras con tu naná, ya hubiera inventado algo para curarte. Creo que ya pasó todo. Dejame preparar a mí el desayuno. Vaya pues.

—Se me está calmando.

Cape pestañea, hace la cabeza a un lado; la luz de la —candela le da en plena cara. Bien, mañana será otro día. La empujo con las nalgas: hacete para allacito. Las tres —oigo el reloj de la iglesia de San Ramón.

—Duérmase mijita —con voz agonizante, adormilada.

Comienzan a ladrar los perros. Le ladran al nixtamalero. Todas las noches ladrando. De noviembre a diciembre brilla Venus, el nixtamalero, es un jocote de azúcarón en el cielo. Me levanto a orinar. Chuchos cabrones, dejen dormir. Veo si hay orines de Cape en el guacalito de salvaplastic. Se han salvado, chuchos enanos, porque les hubiera caído una ducha de agua caliente. Echo a un lado la cortina y veo a los perros recibiendo la luz de la luna por la ventana. Y la gran estrellota más abajo. En diciembre echa chispas de pólvora de colores. Los hilillos de nixtamalero y de luna entran por los intersticios que dejan los vidrios de las celosías y humedecen mis ojos, mis manos, la cabeza de los perros. Es una lluvia fina. Levanto el guacalito y comienzo a orinar con dificultad. Hormiga se despierta, qué es el escándalo. Nada, contesto. Estaba soñando que unos policías te daban garrotazos en la cabeza, me dice. Ve qué sueño el que tenés, le digo. Horm: no es nada cierto. Yo: se te sale el subconciente. El chorro de orines le hace competencia a las

estrellas iluminadas por la misma luz de las estrellas. Afuera, los otros apartamentos, docenas de edificios de apartamentos. Silencio. La noche color morada, color verde, color en tecnicolor. Y el nixtamalero en el oriente, bombardeado por algún proyectil espacial, brilla desde hace miles de años con la misma luz que me baña el rostro. Pongo la cortina del dormitorio de los perros. Horm vuelve a protestar. Saco el pedernal y enciendo la candela. Le veo los ojos llenos de lluvia. Yo: estás llorando. Cuatro campanadas. Los perros dejaron de ladrar. Yo: callate, bien sabés que los perros sólo existen en tu imaginación, mañana te llevo a consulta con el otorrinolaringólogo. Horm: no me quitéis la sábana questaciendo frío. Y cuando la oigo roncar dulcemente, me tiro de la cama, voy despacio al dormitorio de los perros enanos, los saco, y uno por uno los voy tirando desde el cuarto piso. No dicen ni cuío. Cierro la ventana. Hacete parallacito, le vuelvo a decir, porque siempre que me levanto se toma toda la cama. Me acuesto y me duermo.

15.

(Un empleado de Telecomunicaciones, alias Antel, es señalado autor de daños en un perro San Bernardo, propiedad de los esposos XX, que residen al final de la calle Los abetos, colonia San Francisco, de San Salvador. Los dueños del perro afirman que el 10, como a las 4 de la tarde, un empleado de alias Antel, llegó en una motocicleta a dejar el recibo del teléfono y el perro, al oír el ruido de la moto le ladró, el empleado entonces sacó una pistola 38 — tal como se pudo comprobar en la operación quirúrgica al perro— y le hizo blanco en la nariz. La bala le quedó alojada al animal a un lado de la garganta. Los esposos XX aseguran que en todas las casas de la colonia San Francisco hay perros, los cuales sirven para garantizar la vida de sus

mismos amos. Señalan que la presencia de canes, aleja a los ladrones. En cuanto al San Bernardo, que hoy está agonizando, sus dueños aseguran que es un perro importado de Estados Unidos y que tiene unos 17 meses de edad. Por su misma condición de perros han nacido para proteger a la humanidad, indican que esta clase de animales juegan con todos los humanos, excepto con los ladrones. Los esposos XX harán el redamo a alias Antel, ya sea que el perro muera o sobreviva), Moraleja: el que con perros anda, a morir aprende.

16.

(Me vas a perdonar que no te había escrito antes. Te aseguro que en meses anteriores, días anteriores, te había hecho una carta todos los días, carta diaria, por supuesto, y nunca pude ponerla al correo. Espero que sigas bien. Recibí tus noticias. Fue una gran sorpresa. Tengo que contarte muchas cosas: oigo bastante música. Los domingos ya no voy al cerro sino que me he dedicado a obras de caridad, un grupo de amigas me engancharon y estoy contenta. Vieras cuánta pobreza por estos lados. No queda más camino que hacer el bien a los congéneres. Llevo conmigo a Carmina. Lo cierto es que los domingos odio pasarlos en casa, me vuelvo loca, simplemente tengo que salir. Me estoy poniendo bastante bonita, de nuevo, me porto bien, aunque a veces me gusta darme escapadas a escondidas de la abuela. Mi recuperación ha ido bastante bien. En diciembre comencé otra vez a engordar, me fui poniendo como un globo, llegué incluso a esconderme de la gente, me avengonzaba que me vieran gorda. Excepto las reuniones de beneficencia no salía a ninguna parte. Después fui enflaqueciendo y aquí estoy, linda como siempre. Además que estoy haciéndome más culta: leo mucho. Especialmente novelas históricas, o de

grandes amores; recordate que soy una gran romántica. Como te iba contando, dejé de ayudarle a la abuela a contar sacos de café y esa vagabundería me fue poniendo gorda. De mi nuevo carácter, mejor te hablo después, he cambiado mucho, tal vez ya no te guste así; pero recordá que he caído dos veces, hecha parche, por no decir una mala palabra. Y aquí estoy llena de vida. Vieras qué divertido; en noviembre del año pasado he salido con un novio formal, es un viejo chelón, galanote el hijuepuerca, divorciado y con dos hijas grandes viviendo en San Francisco. Al principio me entusiasmé, de manera que terminó pidiéndome la mano, oficialmente, con reventazón de cuetes y buscaniguas. En enero fue a San Francisco a comunicarles que se casaba en Semana Santa y que nos iríamos de lunemiel no sé diablos dónde. Pasé dos noches enteras decidiéndome y recordándote; fue tal la pensadera y recordadera que me cogió que al regreso de mi ex-futuro ya estaba decidida a mandarlo todo a la miércoles. Abuelita, quién pudiera bajar las estrellas una por una, no obstante, siguió entusiasmada. Hizo fiestas con pupusas, tamales, guaro y chocolate. Lo dejé con los pasajes a no se sabe diablos dónde. Abuelita siguió con la guerra y a ella se unieron las viejas de beneficencia. Yo les grité: bueno, si me caso, al mes voy a estar dejándolo, me divorcio, tengo un hijo con él, lo abandono y me marcho con mi Carmina; y cosas por el estilo, ¡imagínate! Casi llegué a la putiada. Como te decía: sigo bien, me he hecho fuerte, he tenido un renacer; me he convertido en persona madura, práctica a veces, implacable, otras; aunque mi cara de pena sigue traicionándome. Aparentemente llevo una vida vacía; sin embargo, estoy enriqueciéndome; tendrías que escucharme para darte cuenta lo bonito que hablo: con colochos y metáforas. Querido, no te olvides escribir. Cuenta cualquier cosa, aparece de una vez por todas. No te hagás el invisible

y pregunta por mí para no perder la costumbre; recuerda que al fin y al cabo los compromisos se han borrado entre nosotros; más por eso te cuento lo del viejo chelote y galanón. Para negar el mito de tus desaparecimientos y posibles aparecimientos. Bien, querido amor invisible, justo juez de la noche, cipitío jodión. Abrazos de Hormiga. ¡Ah! se me olvidaba: nunca voy a perdonarte lo que hiciste con mis perros enanos).

IV

ZONA ROJA

1.

Lo malo es pelearse con el compañero jefe: disentir con el alma. Él disiente con los cojones. Las órdenes no se discuten —me grita. Y comienzo a darme cuenta que necesita ayuda. Manuel estuvo furioso toda la tarde, quisimos hacerle alguna broma y nos respondió con ojos matador de soldados enemigos. «Prepárense que vamos a correr» —dice. Y nosotros: «¿Sólo a correr?». Correr y arrastrarse por el campo. Cuando está de mal humor nos hace trotar con el fusil en posición de combate, agachados, siento que se me va a partir el corazón en dos, tres, cinco tajadas. Las piernas me flaquean; y no podemos dejar el ejercicio porque Manuel nos amenaza con meternos un par de balazos en la cabeza. Algunas veces corremos en zig zag, dando vueltas alrededor de los árboles de mango, hasta llegar al río; de ahí nos regresamos y así pasa la tarde en ese paseo de campo. Echo el bofe. «A arrastrarse» —le oigo decir cuando he comenzado a vomitar. Esta vez, mientras corríamos, he visto la preparación de alambres de púas; Rodrigo ha llevado unos rollos, siembra unas cuantas estacas y luego tiempla los alambres a ras de suelo. «A las

púas» —dice jugando con su 45, viéndonos correr desde un tronco de mata de café silvestre donde permanece sentado. Está de mal humor —le musito al compañero de al lado. Adivinamos que Manuel las trae contra nosotros este día. Pone sus botas sobre los alambres y los mueve como si estuviera tocando guitarra. «Están flojos —dice— deben vibrar al tocarlos.» «Esta gente no va a poder meter ni la cabeza» —responde Rodrigo. «Aquí quien manda soy yo, a templar esos alambres» —se impone el compañero jefe. A Manuel se le salen los ojos mientras a nosotros nos saltan los pulmones. Siento que voy a caer; veo a Jorge vomitando también, tirándose en el suelo. Yace hecho un ovillo. Jorge ha sido el mejor del grupo mientras no se había corrido agachado y en zig zag. Manuel le grita y dispara al aire. Jorge echa puteadas a la vez que solloza llevándose las manos al abdomen, en posición fetal. A mí me da fuerzas para seguir dando vueltas alrededor de unos cinco árboles que me faltan, espero que ahí termine la cosa; Manuel respeta mucho a Jorge y no lo va a dejar tirado así porque sí. Sucede lo que esperábamos. Ordena suspender. Deja su asiento de tronco de café y se dirige a los alambres, los vuelve a tocar con sus botas. «Qué pasa aquí —vuelve a gritar— estos alambres están más flojos que las piernas de ustedes.» Rodrigo protesta, sólo se le oye el murmullo. «No estoy tratando con maricones.» Rodrigo da la espalda: *No quiero que me vean, quizás estoy llorando; esas culeradas de uno.* «Eso es mejor, andate» —le dice Manuel. Y se dirige él mismo a templar los alambres; me llama y le ayudo. Rodrigo se pierde entre los árboles. «Bueno, andando, al suelo y bocarriba.» Con el cañón del fusil sobre el sobaco y apretando la culata contra el suelo. Comienzan a reptar las serpientes en dirección a las púas. «Sin desviarse, que se van a enredar, por la puta» —grita Manuel. Trato de poner ojos de cangrejo para ver hacia atrás y ver cómo me voy

acercando a los alambres. Van las culebras ganando espacio. Trato de no perder la dirección hacia los alambres orientándome por un árbol familiar. Y sigo, a mi lado pasa la bota sucia de un compañero. Estiro la mano hacia atrás para ver si toco los alambres. Nada. Miro las hojas azules de los árboles y a veces un agujerito de cielo. El fusil se me retrasa. Lo acomodo, la cincha debe ir tensa sobre el hombro. Al fin mi cabeza topa en algo puntiagudo. He llegado. Descanso unos segundos mirando otro agujerito entre el follaje. Comienzo a palpar las púas. ¡Qué sabrosas! Las acaricio suavemente. «Si se descuidan podrían vaciarse un ojo» —nos ha dicho Manuel. Las púas se mueven, alguien habrá comenzado a entrar, a poseer el túnel. Acerco despacio mi cabeza hasta topar con las espigas del alambre; llevo mis dos manos sobre la frente, aprieto el fusil y levanto la red de púas. «A quioras —grita Manuel— que no están tocando a una mujer.» Eso es lo bueno: tiene sentido del humor, especialmente si sólo nos está mirando desde su tronco de café y su 45 en la mano, juan charrasquedamente. Logro meter la cabeza, cubriéndome la cara con la misma mano que levanta los alambres. Con la otra, sujeto el fusil de manera que se mantenga pegado a mi cuerpo. «Si no llevara esta mierda, la cosa sería fácil» —pienso. Manuel es tan vergón que hasta adivina mi pensamiento: «Cuidado con enredar el fusil que pueden suicidarse.» Así sigue esta culebra masacuata, una mano en los ojos y la otra lidiando con el fusil que con el cañón hacia adelante, me va acariciando el cachete sudoroso. La panza que se libre solo —pienso cada vez que una púa me rasga la piel. Y voy penetrando en la mañana, todavía están por fuera mis patotas de futbolista juvenil. Hora y media después comienzo a sacar la cabeza. Parto normal, apenas unos rasguños en el pecho peludo y en mi panza llena eres de cerveza. «Rápido —grita Manuel— que cuando estén

ante el enemigo no los va a estar esperando con un ramo de flores.» *El enemigo nunca estuvo con un ramillete de rosas, sí; tampoco mis compañeros para que votaron para que pasara a la prisión. Huésped inconsolable.* Me he rayado la panza, sobre todo cuando las cintas de mis bototas se enredaban en las púas y he tenido que doblarme en U para lograr tocar mis pies y deshacer el nudo ciego, el vergaceo entre mis botas y el alambre. «Manuel tiene razón —explica Rodrigo, o sueño que lo dijo alguna vez— cualquier rasguño de esos, mierdas, puede significar la vida más adelante.» Eso lo sabíamos muy bien.

2.

(Estuve caminando toda la noche, con la mochila al hombro. «Mejor me hubiera quedado en México, haciendo poemas.» Cuarenta libras en la espalda es para retroceder, sin demagogia, sinceramente, cuarenta día y noche, corriendo, evitando tropezar, en las oscuridades y las claridades. Rodrigo fue el primero en darse cuenta que nos venían siguiendo, recién nos apartábamos del camino y nos metíamos al monte. Primero pasó un camión con hombres civiles armados. Nos tiramos a un lado y no pasó nada. Eran campesinos. Habíamos bajado al pueblo. Entramos a la tienda con Mario. Rodrigo se quedó en las afueras del pueblo. «Yo me quedo, no olviden este gran ceibón.» Después de hacer las compras nos reunimos a esperar la camioneta; por ahí estaba Rodrigo esperando detrás de unos matochos cerca de la ceiba. Unos kilómetros más adelante nos fuimos bajando uno por uno, con intervalos de cinco minutos. «Más o menos treinta postes del telégrafo y nos bajamos» —ordenó Rodrigo. Luego nos reuniríamos en la peña del cerro pelón. Ahí recogimos las armas y nos distribuimos la carga de comida. «Ahora debemos llegar al

Encanto.» De nosotros depende el grupo. Los tres lo sabemos. Al ver los cerros azules, parece difícil: entre más azules, las montañas están más lejos. «Nos siguen.» Como quien no quiere decir nada, igual a reconocer que llueve, ¿y qué más da? A lo mejor no es con nosotros. Sólo se trata de una esperanza ridícula. La carga es un estorbo pero no debemos dejar nada. Por ahora, no deshacerse de un grano de azúcar. *Cuando llegué a tu casa, Genoveva, yo estaba vencido, de alguna forma había dejado de vivir, desde antes estaba muerto, había dejado el otro mundo, el del origen; yo había nacido de una iguanita verde, cubierto de lianas, tirado bajo un río de estrellas y el rocío cayéndonos como una catarata, deslizándose los chorritos de agua sobre la brillante capa de plástico. Pienso en vos, es cierto, soy entre lianas lo mismo que cualquier animal humilde y anfibio, asomándose entre briznas de hierba mientras espera que suba el contingente perseguidor que viene con los dientes de fuera a caza del animal que se ha escapado de la jaula con dos sacos de comida y unas cuantas cafiaspirinas.* Jorge respira a mi lado, con su sofocada manía de hacer ruido como si fuera un tractor subiendo el monte. De nosotros depende la vida de los del Encanto. Rodrigo sigue adelante, lo hemos perdido de vista. Atrás vienen rastreando, despacio los hombres de caza. No hay duda que darán con nosotros, los sentís venir, respirar. *Todas estas cosas eran diferentes, llegaba de un lugar a otro para encontrarte y vos me veías cambiado, emergido de una iguanita verde, hijo de la iguana jiota y del garrobo de río Lempa.* Cuando Jorge se alejó con la bolsa de provisiones, yo me fui deshaciendo de la mía a medida que me alejaba, botando latas de leche, tirando sardinas, bolsas de azúcar, dejándolas escondidas para que los perseguidores no tuvieran pistas. Lo importante es avanzar hasta que caiga el sol. Me había propuesto para la retaguardia; nos dimos cuenta que nos

perseguían con celeridad, olfateando el camino. Jorge subió sobre el monte, a la cúspide, Rodrigo lo seguía más atrás, desapareciendo los dos. Una ráfaga de plomo pasó volando como una bandada de palomas, arriba de las hojas de los árboles. Tiraban a ciegas pero las balas iban en nuestra dirección; subí un poco más, impulsado por el ruido del fusil ametrallador allá abajo, el perro ametrallador aullando. Allí estuve acostado, con el *garand* sobre un tronco caído, hasta que los vi aparecer; moviéndose de un lado a otro, husmeando, ven para arriba, corren; y mi ojo está pegado al agujero de mira del *garand*; nueva ráfaga y otra bandada de palomas, ahora pasan volando más cerca de mi cabeza. *Lo importante es no disparar sin ton ni son, esperen hasta tener seguridad de no malgastar una bala, eso no deben olvidarlo nunca, ellos son diferentes, les sobran balas y siempre tienen miedo, disparar es ahuyentar ese miedo, aferrarse a la vida.* Detuve la respiración. Pasaron años y años desde que comencé a apretar el disparador y el momento que sonó el disparo hacia abajo; la guerra estaba declarada, la guerra de las hormigas, la hormiga sola. El grupo que aparecía a la vista desapareció. *Todos al suelo.* Allí estaban agazapados, esperando que salieran nuevos tiros, ubicando la dirección. Y quién los levanta. Me rodean pienso. Y me paso la vida acostado, esperando que se levanten. *En esas condiciones llegué a tu casa y no me conociste; subí al cuarto, al cuarto de madera y luego a la terraza donde tendés la ropa, tus vestidos floreados. Yo apenas asomo los ojos por la puerta y vos creés que estás soñando y yo te digo que es posible, uno no sabe nunca nada...* hiriendo a un hombre que cae de bruces, según me doy cuenta cuando veo por una hondonada a dos hombres cargando a otro. Es mi primer herido —sueño con melancolía. Imagino el gran poco de luz que le ha salido del pecho, su sangre como la ventana de una iglesia iluminada

por dentro, El agujero de mis ojos se posa en el aire, en la rama seca de un árbol, y luego baja volando sobre el grupo de personas allá abajo, sobre la primera que se levante. La idea era conseguir víveres para un mes, para el grupo del Encanto que nos espera. *Vos, Rodrigo y Jorge deben bajar.* A mediodía estábamos cerca de las casas, semanas que teníamos de no ver tejas, los techos rojos, el musgo húmedo creciendo sobre el barro crudo de las paredes. Ocultamos los fusiles en un recodo del río, en el hueco dejado por las ramas de un sauce llorón. Nos bañamos unos minutos antes de cruzarlo. Al anochecer estábamos a las puertas del pueblo, durmiendo en un campo sembrado de zacate conejo bajo la sombra de unos tihuilotes. Otro día estaba quitándome las garrapatas que tenía prendidas en el cuerpo, encendí un cigarrillo, según instrucciones, para acercarlo a las bolsitas de sangre sobre la piel, las garrapatas ni siquiera se movieron, no obstante que casi las achicharraba, cosa que no es recomendable, según instrucciones. Me decidía a arrancarlas por la fuerza, como si yo mismo estuviera arrancándome la vida, estorbándole que siguiera chupando mi sangre a la que tenía derecho (yo y las garrapatas). Mi piel cubierta por diez chibolitas negras de sangre. Una por una las fui arrancando, ante el fracaso del cigarrillo y las fui aplastando contra la corteza del tihuilote que me servía de techo. Jorge y Rodrigo ocuparon otra media hora arrancándose los bichos. La claridad se acercaba dando vueltas de gato. Jorge dice que debemos caminar. Hurgué en los bolsillos. Nos repartimos el dinero por partes iguales. Luego nos iríamos por la carretera. Rodrigo nos esperaría en las afueras del pueblo. Alguien nos delató... Vi a Jorge y a Rodrigo por última vez. Los campesinos cazadores no se levantaban, esperando la noche para tender el cerco. «Debes ser valiente» —así me decía mamá cuando me sacaba las espinas del pie con una

aguja calentada al rojo. Es algo más que valentía, por supuesto. *Primero que salga Jorge y luego te vas vos, Rodrigo.* A saber de dónde me salió la valentía. Y con el miedo que me da la oscuridad; y peor la del monte, subiendo por mis espaldas con sus patas de escalofrío. *Se necesita la decisión de un solo hombre que se levante para que los demás lo sigan.* A ellos les falta ese hombre. Siguen acostados en la tierra. Mejor para mí. El disparo los había dormido. Fue entonces cuando envejecí, cien años tendido boca abajo, cubierto por un tronco. De repente alguien gritó «arriba». Y les vi la respiración zigzagueante entre los árboles. Sostuve por varios segundos el aliento y halé el disparador, suave, suavemente hacia atrás con la primera falange del dedo índice —nunca pude hacerlo de otra manera, es decir con la segunda falange, para no fallar. El centro de mira encerraba una sombra en movimiento; yo siguiéndola, al gato y el ratón; sentí el cerebro volando como un sombrero echado al aire por el viento. Un ruido de pájaros nocturnos trazó una raya dorada en la oscuridad. La bala pegó en una piedra; tres tiros más y me preparé para levantarme. Jorge iría lejos, y Rodrigo detrás. Si alcanzo la cima no me encuentran. Otra ráfaga y ahí se deja venir una andanada de perros iluminados por las sombras. Perros que no ladran sino que hacen pum entre los árboles. Por ser campesinos ellos confían más en sus machetes, deben estar cercándome; espero que mi cabeza no vaya a ser reacia en desprenderse de mi cuerpo. Algo así ocurrió; entonces había transcurrido más de una semana en constante persecución. Y llegó el cansancio y el hambre...)

3.

El mal humor de Manuel era explicable, correr hasta el vómito, jugar a la serpiente en las púas, de carrera en

carrera, hasta dejar los pedazos de rodilla en la grama. Algo de suerte ocurrió, o sucedieron esas cosas inexplicables al principio. No nos perseguían a nosotros tres, sino al grupo. De eso nos percatamos mucho después, ahora que estamos con Manuel; luego que salimos con vida los tres que deberíamos haber muerto desde antes, los perseguidos, perdiéndonos en las cuevas y encontrándonos, cuarenta días al gato y el ratón; ellos tenían paciencia y nosotros capacidad de resistir. Por eso era explicable el mal humor de Manuel, correr hasta el vómito, jugar a la serpiente con el alambre de púas. *Ellos eran más que campesinos, Manuel, por eso no nos quisieron matar, porque era mejor seguirnos y nosotros pensando en reagruparnos para desquitárnoslas, dejándolos estar.* Manuel quiso aprovecharse de nuestro complejo de derrota. Es que ustedes son una mierda. ¿Y nosotros qué íbamos a decir, con qué cara responder? Y luego: Ustedes están obligados a ser los más vergones. Y nosotros diciendo sí a todo, permitiendo que Manuel nos amenazara hasta por un mal estornudo. Con su pistola en la mano. Ese era el pacto: destrozarnos las manos y las rodillas, arrastrarnos hasta el vómito. Manuel lo sabía. Y además era el jefe... *también mi cabeza saltó en pedacitos, picadillo de sesos, porque la bala que toca a un hombre me toca a mí. Ese fue mi primer hombre —digo a manera de canción querida— y quizás el único. Otra ráfaga del bando contrario y las pelotitas de plomo dando vueltas, jugando a la lotería en la urna verde y amarilla de los árboles. Y la luz del sol, la tarde muriente, rascándome el lomo. La tarde lo suficientemente clara para que los hombres se atrevan a levantarse. Una hora más y Rodrigo y Jorge estarán lejos, los recibirán con alegrías, les felicitarán la proeza y recordarán a Alfonso detrás de un tronco caído, la mira de su fusil hacia abajo, esperando que caiga la noche para terminar rodeado o romper con el cerco.*

4.

Los viajes espaciales, proyectiles guiados por televisión, contrainsurgencia, doce años después, la cosa ha cambiado, no somos ocho, ni diez los que estamos frente al enemigo. Es necesario el pueblo todo, he ahí el problema. Y el mío en particular. Manuel sostiene que la revolución debe hacerse con los cojones; yo digo que debe ponerse un poco —para ser modesto, un poco— de cerebro, entrar en otra onda; es también su problema. Diez años después, esa es la divergencia. Más claro no canta un gallo. Discutimos sobre eso. Se nos van las horas. Manuel las pierde y yo creo estarlas ganando.

5.

Una barbaridad, no deberías ponerte borracho en tu cumpleaños porque no la querés parar; además, te da por tomar decisiones peligrosas. ¿Y qué, pues? La sangre es sólo un puchito de agua, si te la tomás de un trago te quedás sin nada. Vale verga. Así, se debe dar el primer paso antes que andar desperdiciando el tiempo yendo de tu cuarto a la U y de la U a tu cuarto; en la noche ir a escuchar a Nelson Pinedo al Margo, pedir al cuto que te toque aquella canción maricona que tanto te llega, especialmente si estás cumpliendo años. Sí, mis poemas deben ser auténticos, debo vivir esa vida que aparece en ellos, debo padecerlos, sufrir, porque cuando escribo soy un masoquista alucinado. O quizás sea algo más, no importa, lo importante es «norma», la marca de camisa que desviste a los guanacos, según dice la publicidad cochina. Cualquiera día de estos te vas a meter en la organización, al otro mundo, y te vas a dar cuenta de la vida y vas a abandonar tus poemas llorones, ni que fueras Pablo metiéndote en honderos

pesimistas, los poemas que te gustan un pijo; un día de estos vas a saber lo que es canela fina, armar la tremolina; se te viene la canción a la memoria, a los diez años, cipote calzón corto, cipote malcriado y para más mocoso, cipote hijueputía, nariz de pinocho por portarse mal con mamá; travesuras, irse al río, espiar a la prima que se arrima cuando está en el baño. Meterse a la organización encaja perfectamente con la poesía: primero ser militante de base: pegar afiches en las paredes, mitines en los buses, retar a los policías, sentado en primera fila, en la calle, para que no pasen los carros, bajo el sol, mientras los policías te miran con ojos de buey ahorcado y sapo inflado. ¡Cuilios hijos de puta! Decirlo con la gran bocota. Máscaras de marcianos, gases para hacer llorar y vomitar y cagar, enemigos nuestros dánoslo hoy y perdona nuestros pesados fardos; máscaras escandalosas que los hace sentirse importantes *yentleman*; máscaras *mei in di ytinai estey*. Cuilios culeros. Doscientas máscaras antigases por cien libras de café. Cien bombas para hacer miar y cagar, por doscientos sacos de café de altura, calidad «otros suaves». Era cuando me iba a tomar cerveza al Margo, antes de enemistarme con los policías ya los puteaba; cuilios ojos de sapo nariz de gato. Definir las cosas. Genoveva me exige que la vaya a ver todos los días. Hasta que me rebelo. Perdoná pero creo que será imposible que nos sigamos viendo. Me voy. ¿Me vas a escribir? Es posible. A lo mejor es una buena forma de desprenderme de ella. No se lo digo porque ¡pobrecita! ¡Pero si yo lo sé todo, amor mío! —me dice con sus ojos de china con pestañas largas—. ¡Vaya pues! Y me voy con Jorge. Luz en sus reflectores de tren que me miran. Contentos de poder hacer algo. Lo importante es ser honesto —dice Jorge; y yo: que la vida es hermosa como una puesta de sol, entonces no desperdiciarla. Además, mis poemas sobre gobernantes y crímenes contra el pueblo. La

primera reunión fue en el cuarto piso de los multifamiliares de la 5 de Noviembre, edificio F, apartamento de un ferrocarrilero, incluyéndolo, un panificador con el mayor record de silencio frente a cachimbo de horas en los potros de la tortura; dos estudiantes. Jorge y yo ponemos las manos sobre la bandera, es el momento de la juramentación; la bandera rojo y blanco; rojo la guerra, blanco la paz; poniendo la mano derecha sobre el trapo simbólico que el ferrocarrilero ha sacado de una bolsa Lintorrey —de papel kraf *mei in di mercado cuartel*. Con Jorge nos hemos estado persiguiendo desde el sexto grado. El juramento dice, más o menos: para seguir viviendo es necesario combatir a quienes no quisieran que siguiéramos viviendo, nos perdonan la vida porque de lo contrario no tendrían quien les cortara el café; duras batallas hasta derrocar al gobernante-amo, arrebatarle el látigo o rebelarse hasta morir. Es la sensibilidad, es la poesía. Hasta que no se está jineteando el caballo no nos damos cuenta de lo serio que son estas cosas. Sólo será por unos meses. Genoveva. Vos serás fiel mientras yo viva. Ella que sí. Se me hace un nudo en la garganta. De mesón en mesón, de bus en bus, en la calle, te pegan un balazo y punto; sale tu foto en el periódico, un muerto más, adiós poemas queridos, vida cotidiana. Los muertos en las páginas de los periódicos, un cementerio tipográfico.

6.

Quince años después, la culpa fue mía por pensar más de la cuenta. Todo pueblo es una mierda si no tiene un fusil en la mano —dice Manuel; a quien se le nota el rostro cansado de tanta jefatura, tanta heroicidad, tantos compañeros y discípulos muertos o desaparecidos. Los ojos apagados. Le refuto haciéndole ver que tiene concepciones

ridículas, que se quedó en los años 65. ¡Progresá, cabrón! El fusil no es todo. Que se desatara el cerebro; ¡pensá, cerote! En palabras más poéticas, por supuesto. Y al fin se lo digo de un solo: que es un héroe de superchería; en un momento que las cosas se están convirtiendo en demasiado tarde. Su única defensa: que sigo siendo un poeta mierdero. Me río en su cara. Pobre Manuel.

7.

Los muertos queridos, sumarse a ellos, encontrar la soledad como una farsa. No puede existir poesía válida si antes no recuerdo a mis hermanos, imitarlos, no con la muerte sino con las acciones. Salir vivo para continuar hasta que nos alcancen o hasta donde lleguen los años. Recobrar el tiempo perdido. Hacerse bandolero de la liberación. Una pistola en la cabeza y la sangre tuya, es la salvación de otros. Alguien se aferra a algo, sube el monte, respira con dificultad, tractor de respiración, dos bolsas en la espalda y el fusil de tercera pierna, sudando a lágrimas, una ruta en la noche que es el cordón umbilical por donde penetra el oxígeno. Miro las serranías azules y grisáceas, cuando no hay vestigio de sol porque la noche ha caído vencida. *Llueve a pijazo limpio, lo sé porque la tierra húmeda comienza a ponerse más húmeda, a llenarse de frío, olor a cuando uno corría en el campo el día de la Cruz, con guineos y mangos y pepetos y paternas, y nances verdes, morados, amarillos y rojos. Una manera de meterse la tristeza en los chorritos de agua que poco a poco van enfangando mi habitación de cuatro paredes con un bombillo de 25 wat. Pienso que la reclusión es rebeldía vestida de luto y que no quedaba otro camino.*

8.

(... pues los guardias nacionales al no encontrar a los bandidos se desquitan con nosotros, nos queman la siembra, nos sacan de la tierra y nos llevan a otra región y dejamos todo lo que no podemos llevar, los chunches en la espalda, los hijos detrás, nos sacan a culatazo limpio. Y nos llevan a terrenos alambrados de púas, cerca de la costa con zancudos culos azules, donde no hay bandidos. Ellos dicen es para protegernos del mal. Nosotros no queremos esa protección; y si no nos dejamos proteger nos matan a los hijos más jóvenes porque dicen que en ellos está la semilla del mal. Por eso aceptamos tranquilamente. ¡Y qué podemos hacer! ¡Si nadie nos protege! ¡Nadie da un mendrugo de pan por nosotros! Dejamos abandonados nuestros cementerios, nuestros pozos de agua, el terreno listo para la yuca y los frijolares y el maíz; ayer hubo una explosión en el cuartel que se oyó como el ruido de un trueno de rayo caído cerca, como temblor de tierra que los ranchos se hamaqueaban de aquí para allá. Y nosotros sordos de los oídos; fue cuando llegaron, debíamos irnos, por el bien de todos, y nos daban culatazos por lerdos. Vamos muévanse desgraciados. Recogiendo nuestras cositas a la carrera y después incendiaron los ranchos hasta quedar cenizas y nosotros llorando por la humazón en los ojos o por los ranchos que nos habían costado tanto y ellos decían que nos iban a dar otros en la costa, donde se siembra algodón y se necesitan brazos y se gana mucha plata y se puede sembrar maicito y los frijolitos en mayo, el humo nos hace salir las lágrimas, maricones de mierda, nos dicen, ni porque van a estar mejor en la costa y nos hacen subir a los camiones y haber si alcanza lugar para todos, apretados en la tarima del camión de la guardia nacional; que se lleven sólo lo necesario porque no hay tiempo ni espacio; que amarren sus cosas con las cobijas...)

9.

No sé si llueve igual allá arriba que aquí abajo, los chorritos de agua negra, sonido especial, ruido más hermoso del mundo. Algo de frío. Los compañeros me trajeron una frazada. Tomá poeta de mierda. Y ellos qué saben cuánto los quiero. Bien, después de todo, esto no es un campo de feria. Para los que alguna vez caímos en actitudes desesperadas, la reclusión es una rebeldía; jamás alguien ha dejado de ser libre por un encierro más. Y también salvo las apariencias. Me dejaron un libro que puedo leer a la luz de los 25 *guat*. Si no hiciera tanto frío en esta tumba, en esta cueva. ¿Cómo se escribe un poema bajo la tierra? Estoy en una congeladora. Me sacan una vez al día para hacer mis necesidades, porque también un muerto hace sus necesidades. Hago flexiones dentro del excusado, me raspo las nalgas pero no importa. Lo positivo es estar en forma. Un cadáver hace gimnasia. Dos meses de estar en una celda que en principio era destinada para nuestros enemigos. Ahora yo soy el enemigo. A las tres de la tarde me llevan pan con café. Me permitieron conservar el reloj. Sin despegar la vista de la taza; encerrado soy una lombriz de tierra, la única experiencia que me faltaba, con un bizcocho en la mano, un bizcocho en la nano que no se acaba nunca y un resentimiento en el estómago. Las gotas negras de lluvia entre los intersticios de los ladrillos de obra, chorritos de lodo. *Tus teorías sobre el pueblo son una traición, dice el compañero-jefe poniendo su 45 sobre la mesa. Y a sé que soy un estorbo para la tesis de los cojones, puedes apretar el gatillo y nada más; soy un soldado de base que hizo poemas toda la vida y que realizó algo por la vida. «Mientras que vos sos un hijo-de-la-gran-puta.» No me quedaba otra alternativa ante sus amenazas y sus gestos de héroe de la patraña.* Una vez a la semana recibo el sol, es

una casa de campo en cualquier lugar del país. No tengo nada que temer. En vigilia mirando el agua, con los ojos inflamados. Hago gimnasia bajo el sol hermoso. Sol mío. Sol solitario. Sol que amanece. Sol que duermes. Las pequeñas cosas llenas de importancia. Adiós, Manuel. Vos sos otra cosa, Jorge pero también sos una mierda. Ver mi bosque de pinos, mis cabañas cerca del río donde tanto nos morimos. *¿Cuándo estaremos otra vez juntos, Genoveva?* Me dan ganas de orinar. Debo acostumbrarme a hacerlo cada veinticuatro horas, porque no hay otra alternativa. O me orino en la pared, a la orillita de mi cama. Ellos me sacan al excusado, a la luz. Una oportunidad para ver el sol, si es que la lluvia no está jodiendo, un cuadro en la pared hasta que llego a la taza blanca que debo ensuciar a plenitud; mi derecho cotidiano. Y luego regresar a la celda húmeda, al sótano de mierda. Por algún agujerito que me invento veo apagarse las últimas estrellas, buena señal, pues significa que de alguna manera vienes, ¡día feliz! con tus ojos de claridad, día envuelto en papel celofán. Mejor me voy a dar vueltas por los cafetales. *Montado en un caballo más hermoso que la luz, una montaña parecía piafando mi caballo, una ola de sangre. Son cosas secretas, Genoveva, no puedo decirte cuándo voy a regresar, ni yo mismo lo sé.* Permanecemos en una mudez cadavérica incomprensible. ¿Me entenderán cuando les hablo? No parecía que esto iba a terminar mal. Una manera de no existir en esta desacostumbrada vivencia, uno mira las cosas y no las cree: los ojos, el tacto, un abismo que va a dar al mar que es el morir. Los grandes señores de la destrucción, eso somos. *Una manera de estar olvidados, en una casa de familia, buhardillas donde sólo caben los ratones, toi et moi, los ratones listos a comerte los ojos; respiro el aire de los pinos cuando te veo, Genoveva.* ¿Vale la pena estar en este agujero incomprensible? Me gustaría tirarme a la calle y

vivir. Yo escogí este camino que va a dar debajo de la tierra. *Tú y yo, Genoveva, somos producto de la imaginación. Aquí lo tengo todo, ni siquiera debo dar las gracias. Regla obligada: no parecer un mendigo, comer la comida en alto, igual a las paradas en el fondo de la montaña. Moraleja: la comida es más valiosa que la libertad. (¿Puedo llegar a visitarte?). Mejor no vengas, Genoveva, me hartas sentirme desnudo y no tengo para cubrirme sino mis manos, mis uñas extrañamente sucias.* Estoy más abajo del nivel del mar pero tengo sentimientos elevados, ellos pueden manifestarse a su manera. Espero quedarme encerrado hasta el último día de mi vida, mejor que una vida en libertad es una hora de confabulación. *Me llamo Alfonso, pero vos seguí llamándome Al, Genoveva.* Él cree que estoy dormido cuando abre el cuarto-celda. Su infalible 45. Para su satisfacción, mantengo los ojos cerrados. Él también tiene los ojos cerrados, todos tenemos los ojos apagados en esta oscuridad. Solamente los ojos de la 45. Y mi cerebro sale volando.

10.

Tenía días de no escribirte. Los nervios, vos sabés; cualquiera dirá que no estoy sana. Imposible escribirte cuando vino Jorge, porque tenía que hacer unos trabajos ex-aula (hoy si es cierto que nos tienen bien socados en clases, profesores yucas los encontrarás en cualquier materia). Por cierto que mañana vamos a ir a Acajutla, un trabajo de campo; aunque vamos con temor que la guardia nos baje de los buses y nos dé riata, pues el viaje lo hacemos en el bus de la universidad, y lo peligroso que es eso, vos lo sabés, especialmente en las carreteras. Supongo que te diste cuenta de la masacre del 30. Pensaba enviarte recortes o algo por el estilo, noticias de periódicos, pues,

sobre estas cosas que están sucediendo pero me arrepentí, a lo mejor se pierden fue lo primero que pensé. En una de esas fotos me verás, con una pancarta. Te voy a ser sincera, todos llevábamos temor ese día, en los diarios amenazaban con reprimir la manifestación y desde que la estábamos organizando en el parqueo de Ciencias y Humanidades comenzaron a volar aviones sobre nosotros, daban vueltas y tiraban volantes. Pero aún así, todo marchaba en orden. Al principio, yo iba delante con un compañero que se llamaba Carlos Fonseca. Cuando íbamos por el hospital de niños, comenzaron a temblarme las piernas, vos sabes, y los aviones hijos de puta esos (perdoná la metáfora) y los periódicos con tanta amenaza; bien comencé a rezagarme hasta quedar en medio, ahí por lo menos me sentía protegida, no sé de quién, ni de qué, pues hasta esos momentos sólo era mi nerviosismo de los aviones sobre la avenida universitaria. Al llegar a la altura de la Policlínica, vi que Carlos Fonseca también se había retrasado, o mejor dicho venía entre la gente, buscándome hasta que chocamos y me dijo es mejor que te salgás, allá adelante está la policía; luego lo perdí de vista porque se fue adelante, al grupo de las banderas; lo que hice fue tirarme a un lado, por la acera, y seguí caminando con un fuerte grupo. Cuando llegamos al Seguro Social vi un montón de cabezas corriendo, y más atrás en el paso a dos niveles, avanzaban los tanques con las luces encendidas, ya te podés imaginar, a las cuatro de la tarde, con el sol inmenso como una torta de huevos; las luces amarillas de los tanques eran estrellas lejanas que venían hacia nosotros. Yo me quedé parada un ratito y me devolví; cuando pasaba por la Policlínica, una señora que tiene una pupusería me jaló y me metió cerca del fogón, juntamente con otras cipotas, así es que por eso no pude darme cuenta de lo que estaba pasando adelante; al rato decidimos salir porque no

aguantábamos el humo del fogón y además porque la señora nos había metido debajo de la mesa, casi nos jaló del pelo, y los disparos sonaban cada vez más abundantes; no nos íbamos a quedar allí paralizadas por la cobardía. Vi a varios compañeros que se los llevaban presos delante de mis ojos. Algunos guardias se habían metido en la manifestación, cantando y gritando, confundidos con los estudiantes. De eso nos dimos cuenta cuando del mismo grupo salían hombres que sacaban pistolas. A algunos los amarraban de los dedos gordos y los metían en los camiones militares que venían atrás o que aparecían por la boca-calle. Esto lo vi yo misma. Mataron a los compañeros que iban adelante con los micrófonos y las banderas, fueron los primeros en caer. A Carlos lo mataron. A esta fecha no aparece su cadáver, es decir que no lo entregan ni de los demás compañeros muertos. Figuran como desaparecidos, es la nueva táctica. ¡Desaparecidos y punto! Sólo hay unos heridos en el Seguro Social, los recogieron las enfermeras y los médicos en medio del tiroteo, fueron los únicos que se salvaron de ser recogidos por los camiones militares y que luego los desaparecieran. A Carlos lo vieron caer con la cabeza destrozada, lo trataban de recoger cuando apareció por una esquina una patrulla de guardias disparando, alguien gritó al suelo y nos tiramos. Murieron quince estudiantes, entre ellos algunas mujeres, pero lo que más me tiene enferma es la muerte de Carlos. Quizás no sentí igual cuando murió mi padre y yo tenía doce años, te lo digo en serio, es distinto el dolor, lo sé, pero me estoy refiriendo a lo que a mí me afectó. Quizás ya había comenzado a quererlo; bueno, yo no te lo había dicho que él llegaba a la casa, abuela lo apreciaba mucho. Y ahora, después, no te puedes imaginar, matan a Flavio, ¡mataron a Flavio, el hermano de Carlos! Dicen que fue una casualidad, pero lo cierto es que lo mató una patrulla militar cuando iba a

saliendo del cine Regis, apenas tenía quince años. No esperaron un mes para rematar una familia. Dicen que la patrulla le pidió los documentos de identidad y cuando él se los estaba mostrando lo acribillaron. Le gritaron: mejor andate hijueputa, al momento que un hombre gordo, vestido de civil, con el pelo echado en la cara, le descargó la metralleta. ¿Y qué podemos hacer? Una manifestación de luto ha sido lo más impresionante, una manifestación de mujeres vestidas de negro; no te podés imaginar: estudiantes, señores de los mercados, profesores de andes, obreras, habitantes de los tugurios. La manifestación terminó en la catedral en donde se realizó un mitin; antes habíamos pasado por el Seguro: íbamos cantando. ¿Qué otra cosa podríamos hacer? Todas llevábamos un clavel rojo, al llegar a la verja del Seguro fuimos tirando los claveles. Era una muralla roja de claveles. En lo que estábamos colocando las flores, aparece una enfermera desde el hospital del Seguro y nos grita que en esos momentos acaba de morir uno de los heridos. Entonces dejamos de cantar, porque ya no nos pasaban las palabras por la garganta. Al rato se nos vino una tormenta, esas terribles de agosto. No nos movimos, sin embargo. Es que no hallábamos qué hacer ¿entendés? Fuimos quedando chupaditos por el agua. La manifestación dio vuelta por la calle Arce con rumbo a Catedral. Íbamos chupaditos por el agua. No nos abrieron las puertas de la Catedral; en eso, en medio de la gente salió alguien: era un cura, se subió a los barandales y desde ahí comenzó a dar la misa por los muertos. Y seguía lloviendo. Como no había micrófono, decía las cosas a gritos; no le oíamos nada. Ayer hubo otra manifestación; decime ¿no creés que es algo? Salió del parque Cuzcatlán. Comenzaron a volar los aviones encima de nosotros. A mí, sinceramente me dieron ganas de llorar y lloré, todos lloramos, por lo menos las compañeras que

estábamos juntas, y no te lo voy a negar: también sentí miedo, ahora sí, miedo de verdad. Era sobre la calle Rubén Darío, unas veinte cuadras de gentes, con coronas de flores y canciones. Quizás le dio miedo a ellos porque no se atrevieron a detener la manifestación. ¿No creés que esa gente siente miedo de nosotros? Para nosotros el ataque era inminente, porque siempre sucede así: si hay aviones sobre la cabeza de uno es señal de masacre. Son como el ave de mal agüero, los aviones *espitfair* o no sé cómo diablos se llaman. Llegamos al Parque Libertad como a las seis de la tarde; comenzó a oscurecer y se encendieron las luces en los cerros de los Planes de Renderos. Cuando comenzó el mitin, quitaron la luz inexplicablemente y fuimos quedando a oscuras a medida que avanzaba la noche. La gente no dejaba de hablar desde la estatua, arriba del pedestal. Comenzamos a oír disparos en las cercanías. Decime ¿qué otra cosa podemos hacer? Se me olvidaba relatarte cómo estaré de nerviosa que cuando cierro los ojos y los abro, uno de ellos se me queda trabado, se niega a despertar. El médico de la U. dice que es sicótico. Yo no sé qué es. Otra vez te escribo con más detalles. Un beso de tu Hormiga.

11.

Con esa valentía inexplicable a primera vista. Van con los trapos al sol. Telas de algodón, de un palo a otro palo y en cada extremo una mano y una muchacha y un compañero. Yo soy esa que se va tocando la frente. Porque vos sabés, una está dispuesta a todo. Esa es la explicación. Eran las tres de la tarde. Como una fiesta debajo del sol morado que rueda del volcán hecho bolas de fútbol. Con trapos que llevan escrito «abajo la tiranía»; pero vos sabés que todos dicen eso; «gobierno hijo de puta»; y los niños viéndonos las frases prohibidas para menores. Salimos de la Plaza 2 de

Abril, luego nos dirigimos al Francisco Menéndez, al instituto, para que se nos incorporara la secundaria. Y esa soy yo, con pañuelo en la cabeza, caminando rápido; ¿no ves ese airecito que me va siguiendo? ¡Ustedes, no! —les gritamos a unos bichitos encaramados en el puente de la Policlínica. Ellos que sí, que para eso están esperando desde hace una hora y que nadie les impediría marchar. ¡Este no es desfile de infantes! ¡Coman mierda, viejitos! ¡Bueno, pues vengan, ceroilos, después no digan que los enganchamos! ¡Mejor quédense, pues no sabemos lo que pueda pasar! (silbidos de ¡la vieja!) Nosotros tenemos derecho, protestan. Cansados de querer detenerlos. Ellos alegan lo justo. ¡Vamos, que se adelanta la cabeza de la manifestación! Carlos Fonseca con un megáfono prendido en el cuello, un collar de la buena suerte. Gritando: «¡Adelántense, corran!» Y todos corriendo por la Avenida Universitaria, pasando el hospital Bloom. Corro. Esa de vestido amarillo, minifalda, soy yo. Pelo amarrado con un pañuelo color de mamá me quiere mucho. Alegres todos, cantando cosas que sabemos de tanto salir a protestar y a pelear con la policía. Ellos nos tiran gases y nosotros se los devolvemos multiplicados por cinco. Y ellos con sus caras de marcianos de televisión; uno tomando la bomba con el pañuelo y todos con los trapos mojados en la fuente luminosa frente a la embajada, la del retocijón, como le dicen, a la fuente, por su escultura espinas de cemento y enredijos abstractos. Ahí mojamos los pañuelos. El viento nos tira el agua de la fuente. La embajada americana en un costado viéndonos con sus ojos electrónicos. El viento morado de tanto sol a las tres de la tarde. El agua de los chorritos que se hacían grandes y se hacían chiquitos. Hacer cuatro filas —grita Carlos; pero nadie le hace caso porque no le oímos; de repente sale con un megáfono en el cuello. Entonces sí, todos en cuatro filas. ¡Nada de compactarse! —

vuelve a gritar. Y los bichitos, los culos cagados del Instituto que habían insistido en sumarse a la manifestación, hicieron un solo bloque, sus uniformes color crema y lonilla que dura toda la vida. Y los bichos en bloque hasta que el megáfono les grita que si quieren sumarse que respeten las reglas del juego y que hagan cuatro filas. Excepto los grupos que encabezan cada facultad, donde van más de cuatro porque son los que sostienen las pancartas de extremo a extremo de la avenida. Los del Instituto van entre Química y Humanidades. ¡Hay que cuidarlos! ¡Coman mierda, viejitos feyos!). Se nos adelanta la cabeza —advierte un jefe de sección y vigilancia. Vamos bajando la avenida, la embajada y el Pete's queda atrás. Nada de provocaciones había gritado el megáfono. Pues todos con ganas, por lo menos de tirarle un pedo a la embajada. La fuente echando choritos de todos colores, agua para arriba, confeti de pringas de agua sobre los carros. Trapos mojados, banderas mojadas contra-gases. Repartidos en varias filas, culebras masacuatas alrededor de la fuente y ¡qué de a verguita caen las gotas sobre el sudor! Entonces apareció la maldita avioneta. La misma que había estado volando por la mañana sobre la ciudad universitaria. Tirando hojas de papel con amenazas a muerte y otras cobardías. Y por eso nos daba universidad, contra los estudiantes culeros. Desde abajo les tirra verla pasar, sus cochinas hojas contra el cáncer de la veíamos sus uniformes verdes pintarrajeados como tigres de la malasia, y sus boinas de soldaditos valientes matando japoneses en las selvas asiáticas, yon guaynes asesinos. Nosotros levantando los puños y gritando; ahí voy con mi mano levantada y más atrás van jodiendo los bichitos del Chico Menéndez. Esta vez la avioneta no tiró hojas sueltas, veíamos a los tigres de la malasia dentro del avión, dando volteretas en el aire, tirándose sobre la avenida universitaria. Nos iba

controlando, la muy puta, ubicando la posición, «en estos momentos van por la fuente luminosa», la cabeza de la manifestación. Yo logro verla, desde el hospital de niños, cinco cuadras más adelante. Recién hemos pasado por el Bulevar de los Héroes de corcholata, a la derecha y hacia el volcán, pijo de fuentecitas luminositas escalan hacia los barrios residenciales. Corro. A la altura de la Policlínica alcanzamos algunos compañeros de megáfonos, que anduvieran quedo porque la cola de la culebra venenosa venía muy atrás. No desperdigarse. En el Seguro Social vimos los primeros tanques, bajando la cuesta del hospital Rosales, o mejor dicho echados a un lado y desviando el tráfico por el paso de nivel. Cambiando el rumbo porque no querían comprometer a la gente inocente. No querían testigos, pues. Al principio sólo vimos unos veinte guardias y cinco tanquetas, esperando para darnos la bienvenida y precisamente en la zona de los hospitales. Los megáfonos diciendo que debíamos conservar las cuatro filas, nada de dispersarse ni agruparse; en caso necesario lo mejor era desviarse a la derecha, rumbo a la autopista hacia la Miramonte. Los del centro de la culebra tenían que retroceder y los de la cola dispersarse por los arenales de Tutunichapa. Que nadie corra, todos en calma, obedezcan a los megáfonos, atentos a los jefes de vigilancia. Porque por primera vez enfrentábamos los tanques. Ya no se trataba sólo de policías y guardias disfrazados de marcianos lanzagases. De repente nos dimos cuenta que más allá, cerca del Parque Cuscatlán, se acercaban pelotones de guardias acompañados de sus respectivas unidades blindadas. Y nosotros con nuestras pancartas al sol, con abajos la tiranía, gobierno asesino. Los pelotones de guardias detrás de los carros, sus uniformes de película yon guayne y algunos tigres de la malasia. De nuevo vi a Carlos con su megáfono, ordenando dispersarse. Las filas bajaron hacia la autopista a

la derecha y por la izquierda, los del centro de la masacuata. Yo venía en el centro y comenzaba a subir la cuesta del paso a nivel. La mayoría no oyó la orden de tomar las calles laterales y empujaron hacia la cuesta. De pronto estábamos compactados en el puente. Entonces no quedaba otra que seguir hacia adelante. «Rápido, a tomar la Tercera» —dijo el megáfono. Todos corriendo sobre el paso a nivel. Allí sonaron los primeros disparos. Tiraban al grupo compactado que necesariamente debía seguir adelante. Los tigres de la malasia disparaban sobre nosotros. «Yo salí corriendo hacia la autopista pero me fue imposible avanzar, los de atrás me empujaban en bloque. Apenas podía ver por los gases y la confusión y los disparos. Los bichitos del Instituto fueron los primeros en atreverse a tirarse desde el puente, caían cinco metros abajo, unos encima de otros. Era la trampa. Porque estábamos encajonados. Vacilé en tirarme cuando veía abajo, a mis compañeros, quejándose. La del vestido floreado y pañuelo mojado en la boca soy yo. Los esbirros cada vez más cerca, los que avanzaban desde el Parque Cuzcatlán. Esas fueron las tanquetas que encendieron los faroles. Bajo el sol de las cuatro de la tarde avanzaban con sus luces amarillas. Tanquetas anti-cáncer, anti-estudiantes. Ya no pude aguantar y me tiré. Con un fuerte dolor de estómago; comencé a vomitar, a vomitar sobre mis compañeros caídos en el pavimento y yo tocándome las piernas porque sentía un ardor de heridas, de pedazos de la piel cayéndose. Seguía vomitando sobre unos bichos de uniforme caqui, con cstrellitas negras en las mangas de la camisa, los del Instituto Chico —andá bañate — Menéndez. Con mi bolso de pitas en el hombro, a saber cómo no lo había perdido. Saqué mi bolsita de bicarbonato, se me vino a la mente algo que había olvidado, una bolsita que había mojado allá en la fuente donde había un chorrito que se hacía grande y se hacía chiquito, y me la llevé a la

nariz. De nuevo me llegó el aire fresco de julio y el viento morado del volcán Jabalí jugando pelota con el sol. Todavía no estamos al alcance de los tigres de la malasia y les digo que se levanten, antes que nos descubran, vamos. Algunos nos vamos hacia Tutunichapa, a las zonas marginales; en el calor de la batalla, tigres versus bandidos, me les fui por debajo del puente; otros corrieron también, renqueando pero vivitos y coleando. Los pobladores marginales nos recibieron con baldadas de agua y luego nos prestaban unos trapos sucios para que nos secáramos; y las señoras llorando; ellas no por los gases sino porque no se les ocurre otra cosa que llorar ¡las pobres! y que entráramos. Nosotros que no, que deberíamos alcanzar el Bulevar de los Héroes de corcholata. Por ahí nos fuimos bordeando el arenal. Un grupo de pobladores guiándonos por veredas, detrás del Externado de San José. Nosotros si no será peligroso que nos vean juntos, es decir por ustedes. Y ellos: ¡vale verga! (con el perdón, señorita). Antes nos tenían en un cuarto, nos dieron cafecito, estábamos como ocho estudiantes. Uno de nosotros tenía el pie fracturado, le habían lanzado una tanqueta contra la verja del Seguro Social, por poco muere destripado. Nos dijimos que ya nos íbamos. Ellos que fuéramos saliendo en parejas, primero las mujeres. Yo iba adelante, una viejita con el pelo de abuelita pobre sin bizcochó ni cesta de frutas, dijo que nos iba a guiar. Otras gentes del barrio marginal llorando, hasta que salimos por el Metrocentro; la ropa ya seca, del agua que nos habían lanzado los habitantes marginales, contra el calor, contra los gases, contra las lágrimas. Todos pensando en lo mismo...» «yo venía en el segundo bloque de la manifestación; salimos corriendo hacia el oriente pero fuimos detenidos a balazos. Vi cuando el megáfono gritó “tírense al suelo y” nos lanzamos todos; claro no oíamos sino que veíamos las señales “tírense al suelo” y nos

lanzamos todos. Otros compañeros no hicieron caso y quisieron escalar las verjas del Seguro, algunos lo lograron pero cuando los hombres vestidos de tigres se dieron cuenta de la válvula de escape hacía allí fueron, lanzaban las tanquetas contra el muro, llevándose de encuentro a los que subían, unos pocos lograban tirarse a otro lado. Algunos murieron aplastados. Vi al compañero del megáfono caer con la cabeza destrozada por un balazo. Lo vi tirado sobre la cuneta, todavía con el megáfono prendido al cuello. Nos dijo que nos tiráramos al suelo pero él no se tiró. Por las cunetas comenzaron a correr hilitos de sangre, luego más gruesos, un ovillo rojo desmadejándose, huyendo de algo. Cuando levanté la cabeza, vi que los cebras pintados de tigres de la malasia estaban petrificados, recién salían de las tanquetas, y de pronto inmóviles; un compañero sacó un grito diciéndoles que levantaran los heridos ¡ve que de ahuevo! Ellos sin moverse. Uno de los cebras estaba temblando, bañado en sudor, con una mirada llena de agua chirle, es decir agua con mierda, y nos gritó que nos fuéramos, que nos levantáramos, como si hubiéramos estado durmiendo la siesta. Nos dimos cuenta que él también estaba muerto pero que no se percataba. En eso llegó un oficial y le pegó un manotazo en la cara; y nos amenazó a nosotros con su machete, diciendo nos iba a quitar la cabeza; entonces al tigre-cebra de la malasia volvió a salirse el *lustre crim* y comenzó a gritarnos también. Llegaron donde una compañera, les gritó desde el suelo, uno de los tigres le dio un culatazo en la cabeza. Ahí me vinieron los vómitos y vi que era un líquido rojo saliendo por la nariz y la boca y que el cebra pintado se venía contra mi cabeza, el fusil ametrallador sobre el vómito de sangre, y era yo quien le gritaba, que levantara a los heridos»... «a mi me agarraron en la cola de la manifestación; ahí todo era confuso, porque además de los disparos y los lacrimógenos vimos cómo de

las filas de espectadores en la calle salían agentes vestidos de civil desenfundando sus pistolas, disparando. También nos atacaban una gran cantidad de orejas que venían atrás de la manifestación en camiones cubiertos por toldos de lona, escondidos. Los gases me dieron en la cara y me sentí desmayar y aunque intentaba levantarme no podía hacerlo. De pronto sentí que dos orejas me tomaban de los brazos y me golpeaban la cabeza tomá pendejo para que aprendas a pensar mejor, y más golpes en la cabeza que me desmayé y nos tiraron en los mismos camiones cubiertos; nos llevaron rumbo a la guardia; en el camino comencé a despertar; ya en la guardia fuimos separados en grupos de cinco y encerrados en bartolinas. Luego nos hicieron grandes interrogatorios acompañados de grandes pijeadas en la espalda y la cabeza hasta que se cansaban y nosotros comenzábamos a gritar, bajando el cielo y las estrellas; querían que acusáramos a nuestros compañeros de haber iniciado la batalla, como decían ellos. Llegaban a decirnos a la celda mañana les vamos a dar chicharrón; nosotros callados, porque parecía que andaban borrachos y nunca les faltaba la metralleta lista para jalar el gatillo. Esa noche no dormimos nada. Un compañero que milagrosamente había conservado el reloj nos decía la hora. A las seis comenzaron a redoblar los tambores, había llegado la hora de darnos chicharrón; sentimos el ruido de las botas sacando lucecitas de los ladrillos de cemento. Fuimos sacados de la bartolina y nos dijeron que se había llegado la hora. Nos hicieron formar cerca de la piscina y detrás de un muro; uno de los guardias llegó a ponernos vendas en los ojos, acompañado todo de puteadas y gritos. Estos estudiantes cerotes hasta que los matemos a todos vamos a tener paz en el país pero son tantos que no alcanzarían las balas. Y cosas por el estilo. Alguien dio la orden de disparar y sonaron las balas, que eran de salva quizás o a lo mejor dispararon al aire,

sepaputas qué hacían pues nos mantenían vendados los ojos. Y se echaban a reír a carcajadas que parecían pedos de reina bien comida. Algunos compañeros hablaron, especialmente los bichitos que no iban a aguantar tanto y que preferían firmar denunciando a los dirigentes de la manifestación»... «... Yo soy enfermera y trabajo en el Seguro Social. Esa tarde supimos que venían los estudiantes pero nunca nos imaginábamos lo que podría ocurrir; nos dimos cuenta de la situación al ver volar las avionetas rasando el hospital... Como a las cuatro y media escuchamos el gran alboroto, muchas voces y pasos de gente corriendo y disparos, sonando ametralladoras, alguien “gritó están matando estudiantes”. Sí, porque ya uno se acostumbró a que maten estudiantes pero ahora nunca me imaginé que iban a ser tantos muertos y heridos. Salimos del hospital sin pensar que podía caer una bala y el espectáculo era horroroso, una humareda por la calle y la sangre caminando en las cunetas, cuerpos tirados en el pavimento y todavía los guardias disparando y algunos niños y muchachos cayendo heridos y gritos que ya no dispararan, pero la disparazón era terrible. Vi a varios muchachitos que asomaban la cabeza por el muro y luego se dejaban caer a la zona verde del hospital; otros no lograban escalar y caían de nuevo en la calle. Alguien gritó que fuéramos a recoger heridos y salimos a la calle entre el humo y los gases pero entonces se nos dejaron venir con culatazos y disparos al aire; nos golpearon brutalmente. Logramos recoger algunos muchachos; entre ellos venía una cipotía completamente destrozada, fue de las que cayeron del muro cuando la tanqueta comenzó a rozarlo. Estuvimos dándole fuerzas mientras la teníamos en los brazos, ya adentro del hospital, que se iba a curar, quizás ni nos oía, pero por las dudas le hablábamos aunque supiésemos que iba a morir pues había perdido mucha sangre y estaba

demolida. Digo yo que nos escuchaba porque abría sus ojos y era como estar mirándonos desde hacía mucho tiempo y que no se preocupara que si quería que le cantáramos, y como, además, era un bichita quise cantarle una canción pero todo hubiera parecido una irrealidad en aquella humazón que se metía en las salas del hospital. Mejor le dije algo al oído: que ya iba a llegar su mamá y que pronto pasaría a la sala de operaciones, duérmase mijita. Y ella dijo no se aflijan por mí, de algún lugar le salió la voz. Y nos pusimos a llorar todas las que la acompañábamos. No había otro camino. Además, los gases malditos nos jodían los ojos. Nuestras lágrimas eran otras, por supuesto, caían hacia dentro y nos llenaba de piedras la garganta.»

11.

Ese día te pasaron al servicio con esparadrappo en los ojos. ¿Pero qué pasa? Te sentaron en la taza. El tanque de agua comenzó a rebalsar y a mojarte. Atadas las manos atrás. Quisiste moverte para buscar la puerta y te diste cuenta que estabas maniatado de los pies. Te fuiste de boca. El agua te mojaba el cuerpo. Así llegaron las horas y fuiste quedando dormido debajo del agua, recordás el charco sobre el cual caíste. Quizás me voy a ahogar. Mi compañero Manuel era un cabrón desde un principio, pensaste.

12.

Querido Al: felicidades por tu cumpleaños y ojalá sean muchos los que te falten, así como a abuela y nuestra tía. Aquí pasan juntas consolándose unas veces y otras peleando por cualquier nimiedad. Todos estamos bien, menos la tía que está muy mal de salud, a ella «la pide la

tierra»; a la abuela se le ocurre decir que está grave y se pelea conmigo porque le señalo que no tiene nada. «No jodás, pendeja, sólo vos tenes derecho a estar enferma, yo no.» La última enfermedad que dice tener es «que me palpita el corazón», o «sólo tengo un año de vida». ¿Y quién se lo dijo? ¿Y quién me lo iba a decir? el doctor, pues. «Pues decile a ese doctor que dice tu nieta de 100 años que coma mierda, que usted no tiene nada.» Y esas son las conversaciones de la abuela con la tía y conmigo. Al, este año se sacaron las aguas a la calle (se hizo albañal) porque en invierno sólo en cayuco se puede pasar por el patio; se forma la gran laguna en el patio y otro día está bien seco. La tía dice: «A la puta, yo sólo oigo uuu el ruido del agua que se va a saber dónde, estos cuartos hijos de puta se van a hundir y me van a caer en la cabeza.» Ahora ya no es el miedo a que le caigan los cuartos sino que teme le caiga encima el palo de mango del vecino; cada vez que llueve se queja: «Cómo truena ese palo cerote, me va a aplastar una noche de estas.» A abuela lo que le molesta es que un día de estos le aprieten el buche porque la demás gente que vive en casa nunca cierra el zaguán, así es que para evitarse problemas el próximo año hará un trascorral que independice la casa y así que vean si cierran el zaguán o no lo cierran. Y así la vida. Chao. Horm.

V

OTRA VEZ EL BOSQUE

1.

No sé por qué al entrar en esta casa somos dos seres invisibles. Es un decir. Cuando te miro, estoy espiando por un agujero hacia cualquier lugar, ahí estás, pese a tus formas desvanecidas. Cuando me miras, pasas a través de mi cuerpo y vas a chocar con los estantes de fotografías en el corredor. Y cuando mi cuerpo te atraviesa haces como si espantaras las ráfagas de viento que se forman cuando alguien pasa corriendo al lado y deja esa sensación de moscos merodeadores. O te enojas simplemente. De cualquier manera es cosa de ponerse a meditar si conviene esto de ser dos seres invisibles, tratando de salvar responsabilidades, eludiendo problemas. Esto es morir, compréndelo, Hormiga.

Atravesamos los objetos, no chocamos contra ningún obstáculo. Somos asimiladores del radar, Al, como los murciélagos, es lo más sencillo de comprender. Jamás hemos tropezado con una silla, no hacemos ruido al comer, no necesitamos que se nos abran las puertas. Digámoslo con claridad, como si no existiéramos. Dos seres invisibles, inaudibles, indescriptibles, increíbles.

—Te descuidás, ni que fueras monedita de cobre.

Desdichado mueble viejo, la canción que en estos momentos está vomitando el radio.

—Siento una especie de mareo, a veces me pregunto si no será el desvelo, me cuesta dormir últimamente, ¿lo has notado?

—De eso no me digás nada, te oigo cuando te movés en la cama, el traqueteo de la cama abajo de mi cuarto.

—No me vas a decir que desde tu cuarto...

—Claro que te oigo, en el silencio de la noche esa cama ruidosa.

—Ya lo había pensado. Es entonces Cuando yo también te oigo, te levantas, vienes a meterte a mi habitación, a tocar la puerta. Sufro cuando pienso que podrían escucharte. No me gustaría que te vieran entrando.

2.

Se me ocurrió el cuarto más apartado de la casa, bueno, yo no lo escogí, el más oscuro, quizás haya sido desván viejo, insalubre; jamás pensé estar encima tuyo, es decir arriba de tu cuarto. Estas incomodidades, claro. Desvelo mutuo y nadie tiene la culpa de nada.

—Imaginaciones las tuyas, Hormiga, no permitiría que fueran a pensar mal.

—No es por eso.

—Sería irrespetarte, romper este silencio que nos une. Esta separación tiene sus ventajas precisamente por eso: une cuando menos se espera. Estamos fritos.

—Soñás, eso es todo.

—¿Sueño?

—Sí, soñás que yo estoy pensando y diciendo que vienes a tocar a mi puerta; la verdad que no pasa nada, cada quien

en lo suyo.

—A veces me levanto cuando comienzo a sentir mareos y la cabeza gira y gira. Todo se desmorona. Como una rueda de caballitos de arena, da vueltas y vueltas hasta acabar conmigo.

—Deberías consultar con un médico.

—Sí, debería.

—No lo tomés a broma.

—Mi cabeza traquetea como aquellas carretas brujas perseguidas por el aullido de los perros, quizás porque sólo estos podían ver los huesos contoneándose en la cama de la carreta. Con una campana negra en el mástil. Repicando a las doce de la noche. Haciendo volar las flores pálidas de los amates. Mi pensamiento traquetea echando chispas. A veces digo: el hecho de pensar en estas cosas se debe a que no tenemos enemigos. Nuestros enemigos están enterrados y nos dejan en esta tranquilidad deprimente; nosotros mismos somos estas fieras con caras de fantasmas, seres invisibles, carretas brujas, etcétera.

3.

—Tengo que levantarme a respirar el aire fresco, cuando me ahogo de estar en este cuarto oscuro y estrecho, cuando no me dejan dormir los ratones que andan arriba del techo y metiéndose debajo de la cama. Yo te aconsejaría que le dijeras a tía Desgracia... perdón...

—Siempre le digo...

—¿Qué le decís?

(—Mande cerrar las ventanas, abuela.

—Nos vamos a quedar a oscuras.

—Para que no se metan los gatos ni los ratones.)

Me gustaría verte cuando te levantas a pensar, dejar mi buhardilla y seguirte al patio en estas noches de calor, recibir un poco el sereno de la noche, un poco de aire. O sería mejor que subieras las escaleras a invitarme para ir juntos a mirar el cielo, siempre con las mismas estrellas, los mismos dibujos en la noche. Estoy sentado en los salientes del malecón, las luces en un mar lleno de barcos. Un mar distinto al nuestro. Por una ventanilla espío las luces de las casas. Me miro veinte años más joven, sentado en el muelle del malecón. Las aguas negras del golfo.

4.

Le digo que cualquier persona tiene que ser feliz, necesariamente. Ella responde que está muy bien. Pues fíjate, trato de hilvanar y no me llega claridad para expresarme. Todo parece hundirse, es un inmenso tembladeral. Me refiero a la felicidad, tontita. ¿La felicidad tontita? Me refiero a ti. Estás ofendiéndome. Te digo tontita como si dijera florecita, mariposilla, pues.

—Cuando llegaste a casa me parecías una persona rara, los días domingos pasabas encerrado en tu cuarto feo. A saber qué le habías visto a la buhardilla donde los gatos y los ratones no dejan dormir y no digamos el hedor. Se les daba veneno e iban a morir a sus cuevas en el techo.

—Salía algunas veces, no te dabas cuenta, iba a la biblioteca.

—Te dabas unas grandes perdidas sin decir adónde ibas.

Cuando yo regresaba del Instituto ya estabas metido en tu cuarto, haciendo a saber qué cosas, leyendo, no sé y no aparecías sino a la hora de la comida.

—Son costumbres disciplinarias.

—Dormido en tu cuarto oscuro.

- Concentrado en el ruido de los ratones.
- La primera vez que llevé ratonil te enojaste.
- Era por el tufo de los ratones muertos.
- Después colaborabas conmigo.
- A poner veneno a los ratones. Era divertido.
- ¿Sabés que vinieron a buscarte?

Me lo preguntás cambiando de conversación. Me lo preguntás con esa palabra afónica, débil, a punto de cumplir sesenta y cuatro años.

—No sé.

—Me dio la impresión que se trataba de personas que hablan poco, preguntan y se quedan calladas; miran con curiosidad.

(—¿Quieren esperarlo?

—No.

—Siéntense.)

—No dijeron nada más.

—Dieron la vuelta y se fueron.

—¿Y tú pensabas en mí?

—No pensaba nada, miraba a los desconocidos y punto.

Y me va entrando un gran miedo. Alguien llega a buscarte y no sé quién es. Un problema, Hormiga. Cuando un desconocido llega a tu casa, algo malo pasa, algo está ocurriendo en la vida de uno. De repente he llegado a cumplir alguna edad importante. Eso pasa, uno cumple veinte años y llegan desconocidos a buscarlo.

(—Bueno, si no quieren esperarlo no se queden en la puerta).

—Era una manera de decir, ¿verdad?

—¿Quiénes son tus compañeros de estudios?

—No sabría decirte.

—Me parece raro que vengan a buscarte, pregunten por tu nombre y todas tus referencias y tú no sepas nada.

—No le demos importancia.

—Por supuesto que debemos darle.

—Está Alfonso —dijeron. —Yo: que quizás estabas en la biblioteca.

(—Si gustan le dejan un recado.

—No; es algo personal.)

—Daban la impresión que regresarían luego.

(—Si no le encuentran ahí, lo buscan en el parque, llevaba unos libros debajo del brazo. ¿Desean saber algo más?

—No, muchas gracias.

—Él es mi compañero —me da risa.

—Todas son unas putas —suavecito lo dijeron y entonces me entró terror, vos sabes.)

—¿Te insultaron?

—¿Pero qué podes esperar de los desconocidos, Al?

—Te pregunto porque me suena raro.

—No dije compañero, es la verdad; dije que eras mi novio, y lo tomaron como si estuviera escupiéndoles la cara, pues de inmediato cambiaron su primera actitud. «Todas son unas putas» —les alcancé a oír—. Fue hace dos días, se me había olvidado contarte.

—¿No estarás inventando?

—La próxima vez no los dejo ir para que vos te des cuenta por tus propios ojos.

Se me ha quedado viendo como si todo fuese verdad. Ha ido hasta el lavadero y ha estado cuchicheando con tía Gracia.

—Hormiga no ha venido a almorzar, tiene exámenes —habla tía Gracia— dijo que no vendría a comer.

Hormiga es mentirosa, uno de estos días, cuando esté aplanchando a solas, el día sábado, la interrogaré con seriedad. Se trata de un presentimiento.

—Es cierto, si no creés es cosa tuya —mientras le miro el pelo alborotado por el viento de la calle; recién ha llegado —

de exámenes. Es verdad, afirmo con unción, estampa de las Ánimas en el purgatorio. Ahora me ve los pies, los zapatos sucios, tienen un mes de no conocer limpieza.

—El domingo no tengo mucho qué hacer, si querés podría limpiártelos —de nuevo desviando la conversación.

Por primera vez me doy cuenta que todo lo dicho por Hormiga es cierto. Deberías olvidarme. Quizás se trata de mi amistad con Rodrigo. Sos un desgraciado, otra vez no te cuento nada para que no te quedés dudando.

—¿Tenían caras de policía?

—Tenían cara de odio.

5.

Así como los gatos persiguen a los ratones, así me siento en estas noches y todas noches que sueño y pego un grito que se desliza por la escalera del altillo hacia el corredor. La rata pasa sobre mi cabeza y el gato entierra sus garras sobre mi cabeza sucia que le sirve de apoyo para dar un salto mortal en la sombra. Enciendo la luz y aparece el felino con un animal en la boca, un animal que patalea entre los dientes, se eriza y tiemblan sus patas, sus pelos. «¿Qué pasa?» — gritan desde el cuarto vecino. Quizás tía Gracia. «Nada» — digo desde el pasillo y desde el otro lado del sueño sin despegar la vista de los ojos colorados del gato que se retira a la carrera por la ventana donde ha entrado. La ventana que da al cielo negro en la noche y al sol en el día. La ventana es un hoyo abierto en la madera, con barrotes para evitar el acceso al techo de la casa donde duermen al estilo de las cucarachas las criadas imaginarias de tía Gracia. Debajo de la escalera y detrás de la puerta que da entrada al cuarto de Hormiga, siento el jadeo especial de todas las noches (apenas se ha apagado la luz) y ya no puedo pegar

los ojos por ese maldito gato; Hormiga sigue jadeando, quejándose, respirando fuerte, como si en los momentos de haber entrado el gato hubiera suspendido ese extraño cansancio nocturno; y luego, tal como las bandas musicales cuando el palillo de dientes del director sube y baja, se hace el silencio para dar paso a la segunda parte, ese silencio que significa esperar algo más. Así sucede cuando apago la luz; de la garganta de Hormiga sale una queja, no de dolor sino de autodestrucción, el puñal suicida que penetra por la herida, sigue adelante, acompañado de lamentos, un puñal rompiendo sus huevecillos con la punta filosa, un puñal en una herida previa, que lo único que hace es meterse, pues ya está hecho todo, bajo el abdomen, sobre el abdomen, sobre ella, en su boca; metido en sus ojos cerrados, en esta noche y todas las noches de insomnio; primero he abierto la puerta, pega un chirrido que me hace vibrar los nervios. Sonando mis molares con música de sacabuche; luego bajo las escaleras, uno a uno midiendo los escalones, la distancia en leguas-horas, hasta llegar a la mitad de la escalera, es decir, al nivel del techo de su cuarto; entre el techo y la puerta queda un espacio abierto. Subo a horcajadas; los segundos se desvanecen, veo las luces apagadas (las veo con mis ojos encendidos); la puerta rechina bajo el peso de mi cuerpo. Hormiga trasmite una queja, diciendo aquí estoy completamente dormida. Y soy un hombre a quien le asaltan el corazón mientras pone un pie sobre el saliente de la puerta y se descuelga como el mismo gato que me despierta en las noches. Ella vuelve a suspirar con su jadeo asmático. Estoy solo, acompañado por su respiración de mujer despierta pero que simula soñar con hombres que al dar las dos de la madrugada bajan las escaleras y transponen la puerta que da al cuarto de una mujer sola. Un hombre solo desde su cuarto colgado en el techo, a manera de nido de chiltota que baja al suelo no por el hilo invisible

que crea el vuelo sino por el camino de madera chirriante que simula ser una escalera. ¿Y si ella pegara un grito?

te siento venir como si te pararas en mi cuerpo, desde que chilla la puerta te siento venir, al ruido de tu respiración, el ruido de tormento de tu respiración, el pie descalzo en el rellano como si fuera una flauta de sonidos, el ruido de tu cuerpo en el aire, una campana

te siento venir agitado, siéntate querido; estás de pie en la oscuridad, frente a la cama donde duermo despierta y desnuda, con las piernas cerraditas y el pelo sobre la cara me vengo despacio midiendo los latidos de la sangre hasta tocar la cama y voy tomando asiento, truena el alma y la cama, moviéndome hacia arriba, volando, entrando al nido, y luego me acuesto con lentitud ritual, primero mis nalgas, después apoyo las manos sobre el espacio libre de la cama

me echo a un lado para darle oportunidad de acostarse, una suave respiración mía, un leve movimiento, su mano hierve

si abrazarla o irme directamente a sus calzoncitos y bajárselos como quien no quiere, y tocar y a lo mejor está desnuda y toco cerca del ombligo y ella pega un salto que transmite a través de mis nervios rectos, parados igual a la torre de don Rúa

vuelvo a quedar estatua sin apartar la mano del estómago, describo un arco iris con mis brazos, sin rozar su piel, mi mano es un animalito, una araña de cinco patas, bajando hasta llegar al miedo, una caricia incapaz de despertar a alguien

¿quién es?

le he tirado los brazos sobre sus pechos desnudos y no le digo nada, quién soy, se avergonzaría; le digo al fin, soy yo

¿quién es yo?

este que baja desnudo hacia una mujer desnuda o el que se queda dormido en su cuarto sin pegar sus ojos mientras

el gato pasa persiguiendo a la rata por sobre mi cabeza sucia y sale por la ventana y Hormiga duerme en el cuarto de abajo, jadeando misteriosamente, sola, llamándola alguien que se levantará e irá hacia ella y se acostará con ella y en la mañana se saludarán como si no hubiese existido la noche

¿sintió ese ruido anoche?

sí; era un gato persiguiendo a una rata.

7.

La que anda siempre con vestido floreado y mira los geranios del jardín —a toda la gente le gustan los geranios, sobre todo si no tienen cadenas que perder— como si estuviera regándolos, sus ojos acuosos y brillantes, nadadores en una pecera cubierta siempre por un velo que no deja ver más allá la forma de mirar. Retírate por favor, Hormiga si no quieres que una tragedia embargue nuestras miserias —o algo por el estilo— andate de mi cuarto, estás cometiendo una imprudencia, sería capaz de tirarme encima de ella y ahogarla; ya no me muestres tus dientes de juguete. Para qué naciste con esos labios en gesto de abrirse y mostrar rectitud eterna de reír, ¿no tenes otra cosa qué hacer? ya te salieron hoyos en la risa, ahí se recogen tus benignidades las fotografías clavadas con alfileres en la pared de tu cuarto. Cierro los ojos para ver si te has ido y para imaginarte más allá de la imaginación y sos la misma que llega a servir la mesa, moviéndote bajo reacciones nerviosas, con tus pies de gata, tirándolos a un lado para no hacer ruido o quizás para ir más rápido; da la impresión que vas a caer en trance de muerte o que después de cada hora de vivir en actividad te van a llevar al hospital. Sos más nerviosa que la última hoja del verano prendida en la punta

de la rama más alta de un árbol que no se sabe si va a volar o conquistar para siempre la inmovilidad; pero si lo deseas, podés quedarte un rato, lo suficiente para que siga pulsando mi corazón, ni tanto para no herirte con fiebres verdaderas, producto de haber ido bajo la lluvia y no haber llevado paraguas y no haber tenido una capa, para qué, si todo esto ha sido como la música.

8.

fue cuando estuve enfermo

siempre has sido bien portado, el niño más bueno del mundo, el menor de todos

te cuido porque me manda mi tía, si no, no subiría a tu cuarto, de todas maneras lo hago con el mayor gusto; es que sos distinto, además te cuido la enfermedad

no vayas a creer que me voy a ir sin antes no verte que te has tomado este cafecito, esta tortillita de maíz tierno, muy sabrosa, comela despacio si querés que todavía esté caliente, yo puedo esperar

cométela, te vas a morir de hambre, no has comido en todo el día y eso es malo para los pulmones, no querrás verte escupiendo sangre ¿verdad? No me digás que te querés morir, nadie te creería, además, ¡quién se va a morir en estos tiempos con tantas cosas buenas!

si todo esto es un paraíso, lo que falta es imaginación, sólo falta deseárselo y ser feliz cada segundo de la vida; no sé porqué se me ocurre que somos personas imaginativas; ¿sabes una cosa? algo en común debemos tener para que yo crea que somos personas distintas a los demás, ¿no crees?

9.

te miro que te vas deshaciendo al calor de mi fiebre; sos una figura de plastilina; tus dedos recorren mi enfermedad y cada vez sos más blanda, creo que tenés la textura de la miel o cosas derretibles. O será que Hormiga se parece a las figuras en el aire, sensación de inexistencia, de algo vago; yo sé que así como te veo así soy yo; como te miro soy; cuando te derrites, cuando me hablas con voces saliendo desde adentro de un cajón de frutas, esa es mi voz; la manera de verte es mi forma de ser. Lo que miran mis ojos en otros es mi sombra; siempre te da por estar frente a un espejo, al otro lado de mi conciencia

no estás solo, si me tenés a mí y a tía Gracia que no te cobra nada por las medicinas, así es que pórtate bien y comete esta rigua doradita de maíz tierno; cuando te dije púchica no quise tratarte mal, estaba aburrida nada más, de tanto lidiar contigo, como si fueras un cipote. Tomate el café y no sigás molestando; quiero llevarme los trastos vacíos

no bajés mientras no te hayas comido todo; si no querés probar bocado, con eso no me hacés daño; quitate los caprichos o te morís de hambre; morirse de hambre es una manera de ser, esa es la pregunta. ¡Chí! ¡portate bien! Aquí tienes azúcar y una cucharita

ahí estás sentado a la orilla de la cama, ni que fueras esclava, esos tus ojos negros de remate, si pudiera sacártelos y comérmelos

es mejor que te vayas porque no me gusta que me hables con voz de zenzontle

bajate Hormiga linda antes que mis manos te toquen, bajate esclava o te tiro por las escaleras, bajate amorcito de alfajor, paloma de castilla, bombillo de colores

y te llevás los panes descompuestos, nada de gestos sentimentales; aquí yace Al con algo de tristeza, jamás tuvo

la culpa de nada, muerto en el altillo de una casa en la zona roja de san salvador, forma pálida de la piel indicando el camino al sueño definitivo

mejor andate a la kaga Hormiga, si no querés que te dé un pellizco en las partes innobles; porque es mi manera de cercarte; nos quedaríamos hasta aburrirnos, lo cual significaría un adiós próximo que siempre causa malestar en el estómago, sobre todo si se lleva el amor a sus extremos; y como yo te quiero desde que vas con tu delantal floreado, algún día nos diremos adiós hasta finiquitar nuestras deudas, con algo de llanto-llanto, mejor manera de hacerle un juego teatral a la vida

creo que es cosa de pocos días para que andes más sano que los gatos, haciendo ruidos extraños en la cocina y contando esos chistes sobre el órgano y la flauta; pero debes ser obediente, sos una persona mayor, ya te está creciendo la barba, mirate los bigotes, quizás fuiste un niño mimado, te llevaban la comida a la cama

entonces por qué sos tan necio y desagradecido; te digo que no me toques; es una broma; estáte quieto si no querés que te amarre la mano; yo no soy tu terroncito de miel, soy tu compañera Hormiga, y me caés simpático, nada más

tené cuidado no te quemés con el café; bueno, soy todo lo que vos querás pero corné despacio, comete la rigua, comete las tortillitas

10.

Desde la puerta de la cocina, Hormiga:

—Querés tomarte una taza de café con leche.

Salgo a la puerta y le digo espera un minuto; mi intención es no aceptar, me siento mal del todo, en verdad es una enfermedad producida por este cuarto, por estas

cuatro paredes que se acercan y se alejan cantando, corriendo y aprisionando.

Los pasos de Hormiga por la escalera:

—Ya voy.

—No te molestes.

Ahí me quedo esperando tomarle el platillo con panes y la taza humeante. Hace gesto de negativa y pasa adelante haciéndome a un lado; se pega a mí como si quisiera derribarme y acostarme a la fuerza porque me encuentro enfermo y debo estar acostado, tal como dice cinco segundos después. «Ya me pasará» —le digo sin convicción haciéndome el valiente. El que no trabaja no debe comer pero el que no come se muere de hambre y debo aceptarle a Hormiga la forma de hacerme el obsequio. Por mí, se quedaría en la calle.

—Es un regalo para ti. ¿Cómo podés estar en la oscuridad?

Pensando, le digo. Ella no entiende como si estuviera al pie de una estatua; observa con delectación, escudriñando, queriendo hacerme saltar del pedestal. En la bandeja descansa un bote de café soluble; un jarrito de café con leche te caería bien. Lo pone sobre la zapatera-mesa-de-noche. No dejo de mirarla y estoy agradeciéndole la deferencia. Porque te has quitado el pan de la boca para dármelo a mí que no me debes nada, que jamás te he hecho nada, ni un mal ni un bien, mejor te lo comieras vos, te veo un poco pálida, y te reís de mentira. La bandeja tiembla cuando la pone a la par del jarrito sobre la zapatera-mesa-de-noche. Un movimiento y todo se viene al suelo, Hormiga pega un salto; mientras ella levanta el pan, yo le ayudo a recoger los trastos que han rodado debajo de la cama.

—¡Desgracia!

Confusa. A punto de hundirse la tierra. Yo tuve la culpa. Perdé cuidado, lo que vale es la intención, esa taza de café

con leche me la he tomado desde antes, cuando gritaste desde abajo. Dejame el pan, le digo al verla ponerlo sobre la bandeja.

—Me asusté; vas a creer que soy una tullida.

—No; sos un personaje de otro mundo.

—Ya no podré reponerte la leche.

Y se va corriendo, escalera abajo. Lo veo bajar en la oscuridad. Yo miro el pan. Yo miro el pan y me lo como.

11.

Resulta que tenés complejo de madre. Así nadie te va a querer, con esa tu desaprensiva forma de expresarte, mezcla de ansiedad y desesperación por alguien que quizás sea la causa de un juego azaroso

quitate tus arrumacos, tus poses de confitería, dejame libre, Hormiga, dejame morir de hambre que no quiero comer, al contrario cuánto me interesa estar famélico, desnutrido para que me consideren un poco y digan pobrecito, está que se preocupa por todos y sin tener esperanza de respuesta a esa preocupación. Pobrecito, después de todo es un ser que apenas oye más de las cosas que están pasando; apenas oye la otra voz nocturna, inaudible, que nadie ve la boca de donde sale, la palabra que expresa más de un agradecimiento, aparecida de alguna parte que se llama interioridad por partida doble, recovecos de la conciencia, ala subterránea que se guía por el sonido de los animales nocturnos

dejame, pues, con mis enfermedades, que es una manera de estar retirado de las cosas mundanas, y no lo digo polvos sino por los que piensan que hay otra vida mejor que los encierros. Así será mejor. Ni que fueras tú el lobo y yo el caperuzo rojo; no me tratés como esperpento;

esto, lejos de remediar agrava, compréndelo hormiga si en verdad alguna estimación me tienes, dejame ya, no me traigas café, el mejor café del mundo con patitas de cucarachas

te pareces a la palabra coloquio sobre todo cuando te me quedás viendo y deseando; te pareces a todas las voces extrañas como pipiripao, cachivache, regodeo, etcétera, metempsicosis; te ahogaría si te siguiera mencionando nombres; no subo un escalón más, no es gracia esto de estar subiendo y bajando gradas; subo porque me caés simpático, compañero querido, tu manera de comportarte, y nada más; yo bien podría dejar de subir, dejar de ensuciarme el vestido en estas paredes sucias, evitar las ratas, pero no agradeces, te comportás como si viniera a estorbarte; en este cuarto no se puede ni pensar

ahora, si te venís a meter para huir de a saber qué cosas, eso es harina de otro costal

tus manos largas y tus dedos igual, tus uñas de jabón de castilla, Hormiga loca, devoradora de jardines, ahora venís a querer devorarme, a quitarme los ojos, a dejarme ciego, a silbar una canción mientras mis oídos estallan, mejor es que ya no subás, mejor que estés viéndote en el espejo como en otros días, porque de todas maneras cuando te ves en el espejo es como si estuvieras espiándome por la ventana, tu presencia es entonces más llevadera, te veo sin que te des cuenta, ríes de otra manera, hablas contigo misma y esta es la mejor forma de conocerte. Así, es preferible que te vayas y me dejés, preferible a vivir es dejar de morir un poco menos.

En la tarde, mientras dormía la siesta, Hormiga subió de nuevo al cuarto. Oí sus pasos en la escalera. Ya venís Hormiga, quise decirle pero sólo se me ocurrió entre el sueño. Desperté con los ojos lacrimosos porque estaba soñando con mi muerte, tendido sobre una mesa larga de pino cubierta toda, y mi cuerpo también, de flores amarillas, apenas podía distinguir mi rostro: una máscara de miel de abejas; y a mi alrededor el único que lloraba era yo. Hormiga me habló de mis ojos irritados. Estás llorando. Estaba soñando. Además he dormido desde las doce y media. Hormiga ve el reloj: las cuatro. Tienes razón, me dice al oído. He venido para que me invites a cualquier lugar,

ha salido, Yo le digo no, no puedo, tu tía es enojada, es un oro (por decir un ogro) y si se da cuenta... Ella me mira sorprendida por eso del oro. Estás disvariando, oro y enojada no tiene nada que ver. Un ogro, pienso, pero se lo digo; olvidate del oro, de tu mamá no, eso es otra cosa, olvídate que te dije eso, tu mamá es un oro, fue un simple decir. No hubiera querido que Hormiga entrase a mi cuarto Siempre me critica por el desorden en que vivo, la oscuridad, la estrechez, el ruido de los ratones, la hedentina; yo no tengo la culpa. Además, tía Gracia podría llegar de un momento a otro. No tengo nada contra tía Gracia pero no quiero provocarle malos entendidos, ella parece adivinar mis sueños lúbricos, cuando me levanto a poseer a Hormiga. Preferiría que no subieras —dicho con el pensamiento. «Me gusta subir a tu cuarto para hablar de estas cosas.» No aclara cuáles. «Estas que nos entretienen.» Desde antes estaba deseando que entrase a mi cuarto, ahora no reacciono. Para mí, Hormiga está ausente. Para tocarla. Quizás podríamos estar solos. El cuarto casi llega al cielo raso, camuflado en una esquina de la casa. Preferible quedarse con los deseos no satisfechos, tía Gracia podría echarme de su casa. «¿Eres bueno?» —

esboza un extraño gesto, levanta las manos a nivel de los ojos, con los dedos abiertos y viéndome a través de los barrotes, me fijo en sus ojos metidos adentro de sus cuencas y abriéndose desmesuradamente. Sus ojos queriendo salir de su encierro. Baja las manos y de nuevo es Hormiga con sus pupilas inatractivas. Sos guapa —se me sale con estulticia. «Es cosa de la naturaleza» — expresándose siempre con ingenuidad, esa modestia que lleva a ninguna parte. La modestia es esclavitud. Lleva a algo, pues. La esclavitud es nada. Los esclavizadores, esa es otra cosa. Insiste en la misma pregunta. «¿Eres bueno?» — apretándome las manos. No contesto. Se ha quitado las manos de la cara para cambiarlas a mis manos, las aprieta como si estuviera liberándose de algo. Yo no tengo la culpa. ¿Qué tal si tocaras aquí? —Hormiga se hace la desentendida pero no disimula una sonrisa de leonardo da vinci: no me ha escuchado, eso es, porque me habría dado un manotazo o habría salido corriendo por las escaleras; no se inquieta, al contrario, ha tomado asiento en la cama, ella es la reina. Sigue apretando. Mis manos son su cetro. Bueno, vos sos la reina pero yo no tengo la obligación de soportar tus caricias y quedarme sin hacer nada. Ella pasa de mis manos a mis brazos. Un viento a ras de mar, la piel y un viento debajo de los pantalones. Un rayo anda en cualquier lugar con intenciones de caerle a alguien en la cabeza. Una vez perdida la serenidad, comienzas a ver estrellitas en un lugar de los ojos, luces de mercurio en la calle. «Esta cama es chillona» —acomodando sus nalgas en el centro del colchón. ¡Oh!

Creo que mejor nos vemos mañana. Siento que ella acaricia otra cosa, brazos, mis manos. «Inexplicablemente son suaves y hermosos» —repite. ¿Por qué tienen que ser suaves y hermosos? O es un simple decir como cuando uno dice «estás bella» y está igual que siempre, tristes los ojos,

famélica el alma. Este día te necesito, o te has puesto el vestido rojo que siempre me llama la atención, con un gorrito del mismo color. ¡Pero se te han agrandado los ojos! ¿Qué te pasa en la mirada? Una sombra oscura cruza amenazante. Inexplicablemente está acostada a mi lado. Reposo mis brazos sobre su cadera, aprieto su cintura (con displicencia). Ausculto el latido de su pecho, con lentitud he ido subiendo la mano hasta llegar al lado del corazón. Aparta sin querer mi mano. Sólo quería saber de su sonido golpeante a mis orejas de lobo. Cierta calor debajo de su vestido. Segundos después, ninguno de los dos está en el cuarto, sino en cualquier lugar parecido al río, o bosques de pinos jóvenes. Una garza cruza el cielo y baja de picado. Ese es un aeroplano —me dice. La garza desaparece más allá de la copa de los árboles. Se suicidó —le digo quedamente. Estás loco. De pronto me he quedado soñando. Veo el cielo azul, la misma nubecilla suspendida a unos pocos metros de los árboles o de mis pestañas. La garza baja en picada transmitiendo su ruido hasta el lugar donde estamos. De ahí vino la idea del avión (para ella) y la mía de que se había suicidado. Pobre garza, debería haber un cielo especial para las aves y el nuestro sería ese que ya me cansé de mirar; la nubecilla ha llegado al extremo de colgarse en las ramas. «Sabés una cosa-sabés una cosa-sabés una...» —como si fuera disco rayado. No quiero saber —le digo. «¿Estamos juntos?». Y la garza emergió de nuevo entre los árboles. Mi respuesta es una sonrisa lánguida. «Estoy pensando que este momento se parece mucho al sueño de anoche.»

—Mejor sería que platicáramos de otras cosas —le digo sin ocultar mi malicia; de repente aparece doña Gracia.

—Está bien —asiente y retira sus manos que han estado tan cerca de las mías, topando sus uñas con mis dedos.

—Tienen más de media hora de estar sentados en la mesa —reclama.

—Hacemos la digestión, tía.

—Hablábamos.

—La mesa es para comer —aire condescendiente. Se va de paso a la cocina.

—Nos quedamos.

13.

Y le cuento la fábula del gato y el ratón...

Tú eres como el gato, animal sedoso, tus largas orejas, antenas de televisión en el volcán Jabalí tu nariz tus ojos morados a la luz de la luz de mercurio tus mimos todo eso que hace hermoso a los animales tenes unas garras terribles sos un animal doméstico belleza oscurecida por sus dientes y garras puedes ver los ojos azules de los gatos sos mi gatita y yo soy el ratón el que aparece en las noches arriba de mi cuarto mi amigo en el sufrimiento sus enfermedades malignas propagador de enfermedades incurables asaltador de despensas robador de cereales irrespetuoso de las casas respetables no sometido afán de estar a la expectativa afilando las uñas afinando colmillos no se concibe un gato sin garras y sin dientes y sin espíritu perseguidor que generalmente lo concentra en otro animal el ratón

inspirando reservas causando daño a la propiedad privada sin someterse a los amos

por supuesto que el ratón no es animal dispuesto a la piedad o la misericordia la ciencia moderna le ha destinado un lugar en el espacio abanderado de los ensayos para descubrir la verdad años más de vida cura contra el cáncer vida en otros planetas

se podría justificar en los roedores el espíritu de temor en cierta forma por supuesto que cuando se decidan a colgar el

cascabel al gato los felinos se volverán poderosos y su belleza será una máscara sedosa los ratones serán los animales más valientes en provecho de todos
moraleja hay que ponerle el cascabel al ratón.

14.

Un día de estos cumplo años. Avísame. Te voy a regalar un espejo, he visto que te gustan los espejos, cuando no me mirás es porque estás viéndote en el espejo. Me espías de seguro. No puedo decirte mis secretos. Me gusta hacer lo que yo quiero. Me río, danzo, hago poses, etcétera. No hago nada malo, de eso estoy segura. Yo no digo que hagás algo malo. Tenés que decirme cómo hacés para verme, no puedo estar confiada entonces, además no me gusta si en verdad lo hacés, decímelo, por favor. Me escondo detrás del espejo. ¡Es imposible porque está pegado a la pared! Precisamente ahí está el secreto. Lo comp... No soy loco. No me interrumpás, quise decir que ya comprendo. De nuevo el cielo azul. Esa garza es un avión, ¿oís el ruido que hace? Una garza es una garza, loquita. No soy loquita. Vos también me interrumpís, iba a decir lo quitaré. ¿Qué vas a quitar? No sé. ¿Estabas llorando? ¿Cuándo? Cuando entré. Ya te dije. ¿Aburrido? —pregunta. Algo.

15.

A las catorce aparecerá Hormiga, con su paso picado, pies planos, pies hacia afuera, vestido amarillo, complejo de canario en flor o san andrés en plena florescencia. Bonito, para decírselo pero ella no comprende, siempre se siente vejada, especialmente cuando le digo loquita, tontita,

hormiga de jardín. Hormiga hace girar sus ojotes de caramelo. Piernas de palillo de fósforo. ¿Es cierto? Ramitas de hierbabuena. Se sienta sobre la zapatera-mesa-de-noche. Hablamos como si los dos estuviéramos ausentes pero nos entendemos bien. ¿No me querés, Hormiga? Como compañera, sí; ¿acaso estaría metida en este cuarto? Estamos perdidos en la montaña. ¿Qué decís? Nada. Alumbras el camino con las rajitas de ocate de tus ojos amarillos-miel-de-abeja. Se tira de la zapatera; casi cae sobre la cama. ¿Me acuesto? Acuéstate. Nos acostamos como si fuéramos dos árboles. Pesás en pila. ¿Qué decís? Nada. Huelele el culo a la venada. Estate quieto, estoy cansada. ¿Vas a ir a ayudarme a la cocina? ¿Me das permiso de dormir en tu cama? Levanto la cabeza para mirarle los ojos. Las ventanas venecianas de sus ojos cerradas. ¿Te dormiste? Sí —dicho quedamente.

—Me despertás faltando un cuarto para las dos.

—Y pensás irte así.

—¿Cómo?

—Así como estás, dormida.

—¿Te preocupa?

—Da igual, creo que nadie lo notaría.

Callás porque sabés que estoy por cercarte. Todo es producto de la imaginación. Tenerte esta noche después de los ratones y el gato en los tejados. Te levantás de la mesa y mi piel sigue husmeándote, perra linda, te delataste por última vez. Seguime, dijiste. Y ahí fui detrás, subí las escaleras. Dos seres invisibles.

—¿Me quieres dejar dormir?

—No podría.

—Sólo tengo una hora para descansar.

—¿Por qué no te vas entonces?

—Creía que te gustaba.

—Si me gustas...

- Que viniera a tu cuarto.
- Ponerte el brazo sobre tus caderas y sentir.
- Deja...
- Alguien tiene la culpa.
- ¿De qué?
- De esto.
- ¿Y si viniera tía?
- Tía des-Gracia no viene...
- Siempre estás poniéndole una sílaba demás.
- Es que se me traba la lengua.
- ¿No la querés?
- La adoro, lo que ocurre es que tartamudeo.
- ¿Y tus padres, y tus hermanos?

Algo mío anda entre lo tuyo. Mucho tiempo después me doy cuenta que algo te pasa en la barriga. Voy a tener un hijo. Me lo decís en sueños.

—Te invito a que vayas conmigo.

—¿Adónde?

—Al Instituto,

—¿Y yo que voy a hacer al Instituto? Nunca me habías invitado.

—Ahora te invito. Es un premio, me dejaste dormir.

Ella va al Instituto Francisco (Chico Andá Bañate) Menéndez.

—No puedo.

—Es cosa tuya.

—Para mí es una tortura dejarte dormir, prefiero que platiqués conmigo. Dormida vives en el otro mundo.

—¿Aceptas?

—A veces vos te enchibolás entre sueños y viglias.

Ese hijo soy yo, me encuentro en brazos de mamá, mamá en los muslos de la abuela, ésta en el vientre de mi bisabuela; en fin, una cadena interminable atadora de los animales en la tierra. No decís nada. Continúas comiendo

atrozmente. No he comido en muchos años. Hormiga se hace la desentendida. Ignora cualquier acuerdo entre los dos, me reclama mi falta de solidaridad, mis planes todos son hechos a espaldas de ella. Me hago el tonto para variar. Digo «tenés razón», como quien reparte caramelos. Miro saltar los frijoles sobre la sopa caliente. Mamá haceme el favor de pasarme las calcetas y los zapatos también. Mejor no sigo comiendo. Tengo dormidas las piernas. Mamá en el vientre de abuela. Traigan a la comadrona pero que no venga fumando tabacones, le podría caer cenizas en los ojos a la niña. Vos sabías, abuela, que mamá sería una niña. Sabia.

Te reís intermitentemente, muñeco de cuerda. Apagá por favor esos faroles que me hacen recordar el ferrocarril; ella cierra los ojos, sigue riéndose.

—Tus sueños me causan risa.

—Aclárame si es una burla.

—Te comportás como si estuvieras lleno de dolores, me haces recordar a la directora del Chico Andá Bañate Menéndez. ¿Es que no tenes sentido del humor?

—Yo respiro por ti.

Ella teme quedar embarazada. Tiene el vientre hinchado, a punto de saltar el techo de la casa. Algo me está naciendo. No me habla de un hijo, no me habla de nada parecido a la maternidad. Le beso el ombligo agrandado, su bajo vientre. Beso algo más que una piel, beso lo que fue un día vientre lleno de oscuridad.

—No entiendo.

—Tú eres mis pulmones, mis risas y todo lo que se refiere a la respiración.

—Siempre tenés que salir con algo extraño.

—¿Y el sentido del humor?

—Salís con galimatías, ¿por qué no aprendés a decir las cosas directamente?

—Bueno, tú te ríes por mí, tú gozas yo gozo, tú hablas yo hablo, tú duermes conmigo yo duermo contigo, yo sueño tú vives.

—No tenés remedio.

—Además, mencionás la palabra galimatías a sabiendas que ese señor de sombrero bombín no existe.

De nuevo está recordando cualquier cosa. Recorre con sus reflectores el mínimo detalle de mi expresión, lo noto por su insistencia en mirarme y debo cubrirme los ojos con las manos. Me deslumbrás. Me dejás trasluzado.

—Yo estoy al otro lado tuyo.

—¿Ya serán las dos de la tarde?

Falta un cuarto; sos un reloj despertador.

Es la costumbre. Le doy un beso. Tía Gracia pega un grito. Hormiga dónde te has ido a meter. Ya voy, estaba subiendo la ropa. Casi nos pilla. Arreglate el vestido. Nos agarró la tarde. Nos vemos. Otro beso.

VI

OTRA VEZ LA ZONA ROJA

1.

Guardás el recorte amarillo por los años. Eras flacucho; ahora has cambiado mucho; se te ven los cachetes gordos, estás bien alimentado; una beca interno en el San Juan Bosco; leche los tres tiempos. ¿Cuándo en tu puta y católica vida habías tomado leche los tres tiempos? Luego pasaron otras cosas, tu deseo de seguir con la panadería. Un préstamo para independizarte. Luego te fueron a destruir el negocio que tanto te había costado. Alguien fue a delatarte que tenías escondido a un sindicalista. No te pasó nada porque te reconocieron. La cosa no llegó a más hasta que apareció Noel.

—¿Vas a aceptar sí o sí?

—Vos sabes que mi hermano...

—¿El poeta?

—No; él no es poeta, anda con poetas, que es otra cosa; el poeta soy yo.

—No digo que sos bruto, metiéndote a culeradas, mejor trabajá que así te va a ir mejor.

—Vos no tenés que meterte en mi vida —y metió sus manos de gorilita en sus bolsillos. Con los ojos cocinados

por el horno apenas podía distinguir la imagen borrosa de Noel. Ciego a los veinticinco años, es una desgracia. Nosotros los proletarios. Y te acordás de Charrier —así le decías a tuermano después de ver una película francesa. Él sí tuvo suerte en la vida, se casó con una muchacha bonita, anda metido en babosadas pero vive bien, eso es lo importante, siempre vivió bien. Ahora ha desaparecido, no sé. ¿Qué dirá Charrier?

—Esta es una fotografía, sólo tenés que ir a Pavos Carlota o al Vernier y nos contás las cosas que hablan; las cosas de poesía nada más. No se te exige mucho y salís desta miseria mundanal y sacas una carrera en la U., lo que siempre ha sido tu sueño, no lo vas a negar; mira cuántos abogados hemos sacado a pura colaboración, si tenemos hasta un ministro; y no digamos vos que sos inteligente. O es que te conformás con el negocio de panadería y todo lo que ganás se te va en guaro, sin una meta. Tenés questudiar, ser alguien. Quedate con la foto.

—Perdona, Noel, pero no puedo, es por miermano. ¿Entendés? Y son poetas, es pior; además son compañeros de miermano. ¿Me creés acaso un Caín?

—No seas baboso, si con decirnos lo que hablan de poesía no estás cometiendo ningún pecado; además no les vamos a hacer nada malo. Es por el bien de todos.

Y saca sus manos de gorilita de los bolsillos, animándose ya. Si es así esta güeno. Podés estudiar y competir con tuermano mayor, quien se da el lujo hasta de ser camariche. Vos le has visto qué lee, no lo vas a negar, todos tienen pasta roja y no digamos el contenido. Yo no es que esté haciéndole una acusación, sólo es como un ejemplo. Ni siquiera te deja entrar a su cuarto, claro él es intelectualoide y vos sos proletario. Venía a ver si prestas un libro de poesía —sin pasarte a su cuarto; es que vos sos un desordenado y no devolvés la cosas. Quedándote en la

puerta hasta que le ronca el culo y te dice «entra y sentate». Burguesitos de mierda. Leete éste para que te culturicés, es de Nazin Himet. A ver si así dejás el vicio, educate, sensibilízate, no te quedes estancado. Te lo traigo dentro de diez días. Ponele un forro, no lo vayas a ensuciar. Apunta en una libreta el préstamo hecho. Se cree la gran verga de toro.

—¿Y para qué quieren saber lo que hablan de poesía?

—Cosas de la jura, vos sabés, uno nunca sabe más de la cuenta, y además no se debe preguntar, yo te lo admito porque sos mi chero.

—Supongo que quieren saber lo que lee de poesía miernano Charrier, ¿no es verdad?

—No seas tonto, si con tuermano jamás te vamos a pedir nada, ni que fuéramos babosos.

—¿Y por qué no te buscás otro?

—Porque te quiero hacer un favor, me das lástima cómo tenés abandonados a tus hijitos, me da lástima que se pierda tu talento, tu vocación por la lectura y la poesía misma (esués, el que es bruto es bruto). Además ya sacaste la secundaria, gracias a mi ayuda, ¿qué mal te hizo eso? Ahora de vos depende que salgás con tu título de la universidad. ¿Vos crés que si no te tuviera algún aprecio estuviera ofreciendo esta ganga?

Y tuijita y tuijito, tu toronjita, tu venadito. Dejame pensarlo, pues.

—Nos vemos otro día y pensalo bien.

Noel cochino, hijo de cien mil putas, traidor, crés que soy pendejo, que con tu vestidito de casimir me vasimpresionar. Má, hacete así.

En el recorte amarillo aparece tuermano en un periódico, fotografiado con un grupo de compañeros al pasar el sexto grado. También estás vos. Famélico.

2.

La imagino sentada en la mesa de la ventana, mirando con sus ojos cerrados las cortinas vaporosas del Gran Hotel enfrente. Podrías ir a esperarme en ese hotel pero cobran en dólares. ¡Cómo esa es una barbaridad! Cobrando en moneda extranjera ¡púchica! Esto no tiene nombre. Calma pueblo, le digo con voz de culero ronco presidente de la república. Ella enciende sus estrellas detrás de sus párpados venecianos. En el café.

Un día de estos me voy a ir a tomar una cerveza al Gran Hotel; me oyes, le digo; pero ella no me oye porque no estás conmigo —recuerdo un poema canción de la vida profunda. Detrás de las cortinas del Gran Hotel se sienten los asientos mullidos, las nalgas sentándose suavemente; los pasos silenciosos en las alfombras persas —según la propaganda— hechas en San Sebastián de San Vicente; el chocar de mis ojos en los espejos inmensos que estiran el salón principal —alias *jol*. Un día de estos te voy a invitar al bar Don Quijote. De repente hemos convertido al Quijote en personaje borracho; eso era el señor, es verdad, sólo que no tomaba pilsener (orines familia ayau). El bar Don Quijote le servirá un bufet frío para ejecutivos. Y me van entrando unas ganas de traspasar esas cortinas de enfrente. Esa sería la última cosa que visitaría en caso de anunciarme una muerte prematura. Iría a cometer desaguisados (y comérmelos, pues con ese nombre no hay diotra); darte besos de despedida, dando vueltas de gato en las alfombras persas pelos de gato de San Sebastián, Departamento de San Vicente. Escribiría la palabra Caperucita en los vidrios convexos de los espejos anti-ladrones hasta convertir las paredes en una hoja de periódico prensa-seria. Pero vos estás en el café Latino, ventana a la calle. Ella no llegará. Me pongo a pensar tonteras. Pensar es un acto fisiológico

sólo que no hay residuales, es encontrarse en esta ventana viendo pasar el entierro de los estudiantes muertos por la policía. Y me doy cuenta que es terrible (no el entierro) pensar.

Requisitos para convivir en el país:

1. No pensar
2. No pensar
3. No pensar

Entonces ¿qué quieren ustedes que hagamos con nuestra materia gris? ¿Qué putas hacemos con el cerebro? Bonito sería sentarse sobre él, ¿no les parece?

Hace cinco años estaba sentado en esta misma ventana cuando pasar el entierro de Rivas Salguero; pero también iba en el cortejo; con una actitud combativa, ese soy yo, como quien se quita una paja del hombro; pero cómo es posible si estoy sentado detrás de la ventana tomándome una taza de café o quizás ni siquiera eso pues de repente he caído en una celda de cemento, cerrada por una puerta de acero que tiene cinco bonitos (que van a dar al mar que es el morir) del tamaño de mis ojos para que no muera asfixiado en la ciudad de Guatemala, haciendo un frío cabrón; envolviéndome en mis propios pellejos, antes que vaya a mordearme, estirar las patas de frío. Me froto las manos hasta sacar chispas. Son babosadas, me digo, jamás ha habido estudiantes muertos por la policía. Es una manera de permanecer en el café e irme a casa para olvidar que alguna vez tuve participación en actividades anárquicas y contrarias a la democracia y otros pedos. Mejor me voy a un cafetín de putas, recuerdo mis versos favoritos de Mayacosqui. Un poco más de respeto, señor. Conque me dice señor, eh, pues sepa que más señora es usted, le digo, mientras mis veinticinco años están llegando a la gordura. Me doy cuenta que algo pasa, como estar regresando de un

viaje extraterrestre, nunca he hecho un viaje extraterrestre, pero me imagino que así han de ser; uno cierra los ojos y deja de respirar y de repente estás convertido en una hormiguita loca que se está comiendo un gusano en el jardín, un gusano parado de esos que tienen ramitas en el lomo y se retuercen queriéndose librar de las picaduras inmisericordes. Después de cerrar los ojos estás convertido en un gusano cagón, a la gran púfira que yede a péfiro quien hijuepúfiras se lo tirófero. Las cosas que suceden por estar pensando con profundidad. Guatemala de la eterna primavera, y van pasando los cadáveres envueltos en papel celofán o bolsas de polietileno, *meid in iusa*. Si me ponen a empujar el suelo voy a perder hombría, digo con el gran cínico que soy, empujar el suelo el suelo es estar desnudo en cuatro patas y luego te introducen una picana eléctrica en el ano. Esa es la mejor droga de la verdad. Casi empujas la tierra, de la fuerza que tienes que hacer, casi la sacás de su órbita —así te explica el nicaragüense cuando nos llevan en dirección al «hospitalito». Si nos llevan al «hospitalito» nos salvamos, me dice, no te aflijás; pero a mi me llevan al vagón de ferrocarril, puertas de acero y cinco hoyitos. Al nicaragüense no lo vuelvo a ver. Sobre él escribí un poema.

¿Por qué será que los nicaragüenses son tan viejitos? Porque los jóvenes han muerto, vos sabés. Han ido deshaciéndose de ellos. A la explosión demográfica oponen la alternativa de la explosión calibre 30.

Este es un carro frigorífico, pienso cuando veo brillar el cemento de la celda, mis ojos quedan trabados en los hoyitos esos como libélulas que llevan y traen oxígeno.

—¿Y vos de dónde sos? —me dice el nica.

—Yo soy de Cuzcatlán, alias El Salvador —respondo.

—Chistoso —dice el nica— un chocho y un guanaco en una cárcel que no es la de ellos, protesto porque esta es una cárcel distinta a nuestras nacionalidades; ¡fíjate! Un

salvadoreño, un nica y una cárcel guatemalteca, algo así como tres divinas personas y un solo Dios verdadero.

Para qué la invité a esta cafetería; me registro los bolsillos, apenas alcanza para mí, habiendo otros cafetines más baratos, quizás estoy entrando en descomposición social. Es cuando uno decide que mejor es tener el bolsillo roto para darle a la pobreza el tono de tragicomedia. Pues sí, fíjate, se me salió el pisto del bolsillo. Una moneda diacincuenta y no sentí a qué horas desapareció. Es demás Caperucita, no te puedo invitar, mejor te acompaño al Instituto y de ahí me regreso, parte sin novedad. Pero que te voy a platicar Dios mío si apenas me sé unos cuantos versos de Neruda y punto...

—¿De quién es esta naricita tan grande?

—Tuya y es para olerte mejor.

—¿Y estas orejas inmensas?

—Son para oírte mejor.

Y te vas con la cestita al hombro, entre los lirios del campo (¡miradlos!). Con paso de qué lindo bocadito.

3.

«Todo esto lo hemos visto, lo hemos constatado, lo hemos palpado, en una interminable cadena de abusos e injusticias, con la lamentable y desalentadora complicidad de una prensa lastimosamente atada ante la amenaza económica, y la presión impuesta por una oficina que se ha burlado y ha jugado con la ética periodística. La historia inexorable, recogerá la narración de esta terrible pesadilla y sentará en el banquillo de los acusados, señalado por los siglos venideros, a los autores de este drama que vive la patria...

»La iglesia no puede, no debe, no quiere ser cómplice y a lo mejor en estas líneas, quiere dejar constancia, de que no

fue engañada, mucho menos partícipe, y que, a pesar del lodo que se le quiso lanzar, se mantuvo digna, aunque sacudida pero no derribada de su pedestal, porque su cimiento es divino y su política es la del padre nuestro perdónanos así como nosotros perdonamos...

»Hermanos queridísimos en el sacerdocio. Amadísimos hijos; son momentos heroicos para nosotros, nos toca hacer el papel del buen samaritano: consolar a los pobres y afligidos y reprender a los que a la orilla del camino dejaron al prójimo herido y desolado; nos toca distribuir amor y caridad...

»Continuamos con nuestros pobres, son nuestra herencia sagrada. No importa que nos persigan por ellos, no importa que nos calumnien, no importa que por eso nos llamen nuevaoleros. Son veinte siglos que la palabra de cristo está en el evangelio y mucho más que el profeta isaías grita incansable, contra los eternos opulentos, fariseos y escribas. Estos pasajes de la escritura, golpean fuertemente en las duras conciencias y por eso, se soslaya al leerlas, meditarlas y predicarlas. Tergiversan las enseñanzas evagélicas y hacen énfasis en una caridad construida a su manera. Es cierto, ciertísimo, que como entre los apóstoles hubo un judas, en todas las edades y latitudes lo ha habido, y aparecen defendiendo las injusticias y sirviendo de viles instrumentos aún contra los principios evangélicos y canónicos y contra las disposiciones de sus prelados, para granjearse miserablemente una dádiva pordiosera y las fatídicas treinta monedas terminando con ahorcar su fe, su dignidad y su mismo sacerdocio... pero hay una muerte, hay un juez, y una cuenta. Hijos queridísimos roguemos por ellos... son sacerdotes...

»Desgraciadamente tenemos que lamentar que nuestra alma mater, apartándose de su misión forjadora de investigadores, del hombre de ciencia que necesita la patria

y de profesionales íntegros que sepan dedicarse al saber, al bien y provecho de la comunidad y a enaltecer al espíritu cívico, se haya dedicado a una politiquería barata que en nada enaltece. Elementos salidos de las aulas forman todo un poder del Estado; en sus manos está la justicia de la nación, y con pena y tristeza constatamos que son elementos de este noble gremio, los que ya en el ejercicio de su profesión, ya como miembros del poder judicial, ilegalizando injusticias, atropellos y fatídicos cuartelazos... Firma monseñor Aparicio.»

4.

Mejor pienso en Caperucita con sus ojos de las cinco de la tarde, cuando haya pasado diez minutos sentado en una silla del café Latino, esperándola. Doña Gracia fue buena conmigo, no anduvo preguntándome cómo me llamaba, ni cómo le iba a pagar, «sólo tenemos un cuarto en el altillo». Que estaba muy sucio pero que lo iba a mandar a limpiar, ella sabía que no cargaba ni un cinco en los bolsillos. Decidí quedarme. Voy subiendo las gradas mientras la negra Eduviges me mira tristemente desde la cocina, mirada de chucho apaleado, cantando «mamá yo quiero, mamá yo quiero una chupeta». En ese momento no le sé el nombre, fue después que nos hicimos amigos. Eduviges, sos bella negra como la noche bocabajo, cubierta de flores blancas de amate. Alguien me preparó una cita con Caperucita; desde antes. Veo a tía Gracia. Se ve tan buena, la pobre y debo quedarme callado para que no descubra mis terrores. Bueno, yo no tenía dónde llegar y me dijeron que aquí podría quedarme; y con tartamudeos us-ted sa-be sa-be, ganas de trabáseme la lengua, que a mí no me gusta la comodidad —terminé diciéndole rápido, sin pensar. Eso me pasa: cuando pienso tartamudeo. Luego le hablo con

serenidad, como se dicen las cosas cuando son del alma (esa manía de hablar en poema).

En la calle miro el cielo de las cinco y media, cuando los árboles comienzan a florecer y a llenarse de pájaros; de repente el esquinsuche, la flor nocturna donde nacen los murciélagos, árbol que florece en la esquina de la Octava. La luz del sol comienza a enrojecer las hojas de los árboles en los arriates de la calle. Crecen los árboles mientras camino entre ellos. Fue mi primer día distinto en la ciudad, recién venido, recordando vagamente de cuando estuve perdido en la selva y me dieron un balazo en la cabeza, que de milagro estoy vivo. Además, yo era el poeta más importante de mi país y los poetas nunca mueren. Era cuando mamá nos recitaba sobre la puerta del sagrario y la luz del quinqué mientras se nos salían las grandes lágrimas de cipotes chulones y chucos. Digo adiós a los árboles, a los pájaros, los veo desde una última vez, consciente que será la última vez. Jamás me atrajo el hecho de que unos cientos de pájaros llegaran a posarse frente a la casa y a hacer un bullicio metidos en las ramas de los esquinsuches.

Está bien, le digo con voz temblorosa a Caperucita. El día que nos reencontramos. Recién me bajaba de la 4 hacia el centro, para cruzar el Parque Cuzcatlán. Ahí estaba sentada en el banco dándole de comer a los clarineros. Tuve la idea de que estaba esperando a alguien y ese alguien era yo. ¡Hola! —dice. Puse mis maletas sobre el banco de enfrente y me senté. ¡Hola! Los clarineros casi llegaban a sus pies mientras les tiraba migas de pan o algo parecido. Miro el último piso del Hospital Militar, asomándose entre las ramas floreadas de los maquilishuat y siento miedo. Estoy tirado en una cama y un hombre me busca en la cabeza el pedazo de plomo. Lo siento mucho, no tenemos anestésico. La hoja de acero raspa el hueso y oigo el sonido de tambor dentro de los oídos. Y voces de gente desesperadas cruzando el río.

—Aunque no lo creás, sabía que aparecerías por este lado del parque.

—Vengo de Guatemala —le digo aunque no me lo pregunta.

Termina el contenido de la bolsa y la sacude sobre la cabeza de los clarineros. Los pajaritos le hacen así con sus alas y echan agua al sacudirse las plumas. Rocío de siete colores del sol más cachimbón de la tierra.

—Se terminó el pan —risa de payaso que no quiebra un cántaro.

Hora después vamos en el bus. Me llamo Caperucita, vos podés decirme Hormiga. La ciudad, sus mismos totopostes dorados vendidos por mujeres en las calles, la misma yuca con chicharrones y comedores al atardecer, tasajos de carne asada. Los rótulos comerciales. Te ayudo a dar de comer a los pájaros. Meto las manos en la bolsa, al mismo tiempo que vos y siento tu piel calentita a pan dulce, olorosa a pan dulce, pues. Dar de comer a los pájaros. Una fotografía en movimiento. Tiro la mano hacia adelante y revolotea el clarinero detrás de la miga de pan. Caperuza con su aire de muchachita bajada de las piedras, ojos de chigüiste, pedacitos de vidrio de botella, lindos.

—Mi tía tiene una casa de familia, podrías quedarte con nosotros.

Yo: que muchas gracias, que quizás sea imposible, que si no es muy caro. Y ella que no, tía no te va a cobrar nada, porque no te olvides que también sos de la familia, además donde comen siete pueden comer ocho y así por el estilo. Que trabaja en una fábrica de camisas y por la tarde va al Instituto Chico Andá Bañate Menéndez, sacando la secundaria.

Dos días después la invité a tomar café. Podríamos tomarlo en casa y no nos cuesta nada. Yo: me da pena. Además hablar a solas, aunque sea por hablar. Vaya pues.

Me registro los bolsillos con la punta de la memoria y con las uñas. La araña-picacaballo de mis dedos tocan la tela solitaria, ni una moneda kaka. Nos vemos en el café Latino. Le confieso que no tengo un centavo. Mejor no le digo nada. Sólo ha permitido que la acompañe un rato cuando me susurra nos vemos a las cinco de la tarde. La he acompañado hasta una cuadra antes de llegar a la fábrica situada detrás de la iglesia San Esteban. Le supliqué por favor no me pongás en aprietos de tener que invitarte. Aún tengo esperanzas de tomarme tranquilamente un café en el país de cafetaleros. Estoy enfermo, y le muestro la cicatriz en la cabeza. Te espero entonces. Si vos querés podemos vernos este día a las cinco —le había dicho a Caperucita.

—Tía Gracia podría descubrir que voy de vagancia.

—Así es, pero me gustaría conocer de nuevo las calles, respirar el mismo humo de la ciudad; el de antes que sigue siendo igual.

Está bien, me dice, porque extrañamente ha tomado confianza a sabiendas que yo podría ser otra persona. Después de un balazo en la cabeza uno ya no sigue siendo el mismo. Miro subir la grama verde, subir hasta el pico de una pequeña colina. Tirado en el suelo se ven más altos los cipreses. Tiene un balazo en la cabeza y pierde mucha sangre. Sus respiraciones sofocadas, estallándoles los pulmones, agachos sobre mi cuerpo.

Caperuza me ha puesto en un apuro, busco la última moneda que debo llevar en el bolsillo. Estoy pobre.

5.

«Todos pertenecientes a la carrera militar desde el año 1932. Jamás nos vamos a dejar enganchar de quienes quisieran nos tiráramos encima de los que mandan, de los que le dan riqueza al país, han creado una nación, me

refiero a los cafetaleros y algodoneros y a los dueños de las industrias; sin ellos no puede haber prosperidad y también sin nosotros, que estamos para defender lo conquistado en varios siglos de historia. Somos el brazo armado del pueblo, defendemos los principios democráticos y con ello, casualmente, defendemos también a esos hombres que nos dan la riqueza...

»Y aquellos que nos acusan de contubernio con los ricos les decimos que se acuerden, antes de 1932, cómo teníamos que ir a lavar nuestros uniformes al río, todos los sábados íbamos los soldaditos en fila india, nos bañábamos una vez a la semana, nos enfermábamos de la piel, el pueblo, es decir la chusma nos decía chichuichosos, es decir sarnosos, porque en verdad, la mayoría padecíamos de sarna; y si es cierto que en ese año de 1932 matamos a miles de gente; sin esos muertos no se hubiera salvado la república ni nos hubiéramos salvado nosotros que vigilamos porque la república se mantenga incólume. Nos trataban como perros, como a cualquier animal y apenas ganábamos para el sustento de la familia. Y ahora quisieran que nos dejáramos quitar esas conquistas, ese progreso. El que nació pobre que siga pobre y el que nació rico que siga rico, qué le vamos a hacer. Nosotros no estamos para cambiar las cosas, el que quiera vivir bien que trabaje. Cuidamos de la propiedad privada porque es la única manera de que haya orden y prosperidad. ¿Qué pasaría si a los pobres se les diera leche? Nadie podría quitarles ya esa costumbre; entonces los veríamos robando o quitándoles a los que tienen como ocurre en los países comunistas que unos trabajan para que otros coman. Además, desde que el hombre es hombre ha habido ricos y pobres...

»Todos nos hemos creado comiendo tortilla con sal, entonces ¿por qué tanta alharaca con los pobres? Estamos para que las cosas no se sobrepasen para cuidar a uno del

otro, porque es verdad lo que dijo ese gran filósofo, Jobes creo que es, de que el hombre es el lobo del hombre. Así, que nadie toque lo que es del otro, que el derecho respetado a los otros es la paz, como dijo el gran estadista mejicano; que nuestra benignidad no se preste a confusiones, que nuestra paciencia no sea el pretexto para que unos cuantos lidercillos, sólo porque han pasado por la universidad, estén insolentando a los pobres. Déjenlos así, no hay otro remedio pues entonces tendría que correr mucha más sangre que en el 32. Por otro lado, yo no creo en esos universitarios que una vez obtenido el título van a engrosar las filas de los ricos. ¿Les gustaría a ellos que les quitaran lo que ganan con el sudor de su frente, con sus desvelos de estudiantes? ¿Verdad que no? ¿Creen acaso, también que para ser militar sólo es de soplar y hacer botellas? Somos los guardianes de la riqueza nacional y ese papel no lo vamos a dejar así nomás, están equivocados. Nos acusan de que hemos matado millares de campesinos; esto no es cierto; pero supongámonos que es así: los campesinos querían robarle a los ricos lo que a estos les había costado años y años de duro trabajo...

»A esos que pregonan ideas exóticas les voy a decir, con todo el pundonor que cabe en un militar de carrera: no puede haber trabajadores si no hay capital que les dé trabajo. Que los pobres se pongan a trabajar y verán cómo se les llenan las arcas, que se pongan a ahorrar, que no se embriaguen y gasten sus centavos en bebidas alcohólicas. Centavo ahorrado es centavo ganado. Por otro lado, cuidamos al país de cualquier agresión extra continental, y quienes nos quieren distanciar del gran pueblo de los Estados Unidos están muy equivocados, ellos nos compran el café a buenos precios, el algodón; ellos nos ayudan a ser grandes, ellos nos prestan dinero para líneas férreas y carreteras. ¿Creen acaso que habría tantas fábricas sin el

valioso concurso de aquel gran país? Sólo para citar un ejemplo, antes no teníamos café soluble, ahora tenemos el mejor café soluble que se produce en Centroamérica; también tenemos fábricas para ensamblar bicicletas, fábricas de cerillos, embotellamos coca cola, hacemos medicinas —aunque se nos calumnia que sólo ponemos el agua y el aire— pero las hacemos, eso es lo importante. Pronto vamos a tener una fábrica de refrigeradoras y las vamos a exportar (aunque sea sólo para exportar, pues duele decirlo, nuestro pueblo no está acostumbrado a usar estas cosas tan modernas). Tenemos fábricas de camisas de marca extranjera, ya hacemos la *arrow* y la *manjatan*; producimos cigarrillos de marca norteamericana, lo cual es bastante, y en fin, sería la de nunca acabar si me pongo a decir los avances de la industria. Entonces, ¿qué es esa chingadera con los ricos y los norteamericanos...?

»Respecto a esos curitas nuevaoleros, de una vez les voy a advertir, la misión de ustedes no es de este reino, ya Jo dijo Cristo, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios; el infierno terrenal no es el campo del sacerdocio, ustedes están para satisfacer las necesidades espirituales; para orientar en la vida eterna; pues bien, yo que he sido tan buen católico y que daría mi vida por los principios cristianos, les digo que dejen ya de soliviantar los ánimos de la pobrería, ustedes no están para inculcarles el vulgar materialismo, de que sólo con las cosas materiales van a satisfacer sus necesidades, eso déjenoslo a nosotros; dejen a los pobres tranquilos, ellos están felices así, ¿a qué ser más papistas que el Papa? Hemos sido pacientes en aguantar los discursos de los curas en las iglesias; además, no se olviden que de acuerdo a la constitución de la república está prohibido hacer política en el púlpito...

»Hablar de los ricos es meterse en política, decir a los pobres que luchen por sus reivindicaciones, también es

política. Les digo, a los curitas nuevaoleros, que no se me pongan fuera de la ley, mucho menos al margen de la carta magna. Y que si por el bien de la patria nos toca ser enérgicos e inflexibles, no cejaremos un instante, pese a nuestras creencias religiosas, porque primero está el deber y sabemos cumplirlo...

»Que no se nos provoque, no se nos pida sangre, porque si sangre quieren también estamos dispuestos a derramarla por el bien de la patria y del mundo libre... (Voz en el micrófono): *Ha hablado ante ustedes el excelentísimo señor presidente ante el cuerpo diplomático, autoridades civiles y eclesiásticas y militares, en este día de la independencia nacional. Y con ustedes también, las notas sagradas del himno nacional. Sale el señor presidente, seguido de sus ministros, magistrados de la corte suprema de justicia, diputados de la asamblea legislativa y, por último, el cuerpo de guardaespaldas del señor presidente... Ese ruido que escuchan son los veintiún pedos, perdón, los veintiún cañonazos que conmemoran la fecha en que se rompieron las cadenas de la dependencia española... Mil disculpas por el gran error conceptual que acabo de cometer. Buenas noches.»*

6.

«Treinta y uno» —grita Margó llena de paroxismo y jalándose veinticinco centavos. A su lado está la pila mayor de monedas. Ya no juego más, he perdido dos colones. Y yo me voy a levantar a las cinco de la mañana. No te levantes —protesta Pichónidas. Bien, juguemos el último.

—Para vos es bueno, Charrier, pues lo que gana Margó pasa a tus arcas —dice Al.

—En esto somos independientes —se defiende Charrier. «Veintidós en manos» —aclama Al. «Treinta y uno» —se

apresura a cantar Margó con un grito de ave pidiendo lombrices de tierra. «Mejor me levanto.» «Andate al carajo, Al» —habla Pichónidas. Tocan la puerta. El Viejo viene del cine. Me levanto para no regresar más. Yo le abro la puerta al Viejo, no se levanten. Chao. Y te vas al cuarto. «Me sumo al juego» —dice el Viejo.

Con libro mientras te va llegando el sueño; a los minutos te das cuenta que no vas a poder dormir; el libro sobre la cara porque no querés apagar la luz. «Que apague el Viejo, cuando entre» —pensás... (Y vas entrando por el portón este, al lado del cuerpo de bomberos, al palacio de los cuerpos de seguridad, con los dedos atados con cordeles, los brazos atrás, los hombres de adentro del carro te dan un empujón para apresures la bajada del carro celular. Muy educaditos, apenas te empujan suavemente, no se vaya a caer. «Ya ven ustedes dicen que nosotros somos asesinos, por el contrario estamos por todo lo que piden ustedes, es lo que no pueden ver los estudiantes, sólo chingar y chingar, estamos por una revolución en libertad, es la única diferencia, en lo demás pensamos igual, ¿cuál es el problema entonces?». El jefe te invita a una taza de café; que pase al casino de oficiales. Una invitación sui generis, como decía del semen el profesor de anatomía, en secundaria. «Hay comunismo en el país, pero es demás, no van a hacer nada; fijate yo estoy en el gobierno y sin embargo me dejan hacer todo y hasta me dejan estar en desacuerdo, me dejan trabajar, esas son las ventajas de la democracia, ustedes creen que cuando ataco a la oligarquía lo hago por falsedad; y es cierto, estoy contra los oligarcas... y también estoy contra los extremistas, sean de izquierda o de derecha. Yo siempre he militado en las filas del anticomunismo, pero estoy contra las ilegalidades del gobierno; por ejemplo, iban a comprar 25 aviones a razón de cinco mil dólares cada uno, precio simbólico de los

estados unidos, aviones a chorro contra la agresión extra continental; y mi sorpresa es grande cuando por medio de la misma compañía vendedora me doy cuenta que las facturas las estaban haciendo en el gobierno por ciento veinticinco mil dólares per capita, ¿entendés? Es verdad, ese es el precio original pero los estados unidos los estaban vendiendo simbólicamente. ¿Qué se harían entonces, los ciento veinte mil por avión? No hay duda que se trataba de una movida millonaria. Me fui inmediatamente donde el ministro de defensa y le reclamé; al principio yo creía que se trataba de un error o que alguien nos estaba engañando; entonces me dijo el ministro: Mirá, Chele, en este asunto no te metás, nosotros sabemos lo que estamos haciendo, vos dedícate a tu policía nacional, ahí tenés suficiente poder ¿qué más querés? Pegué el grito en el cielo y le di una bofetada al propio ministro. ¿Creés vos que podría hacerlo en un país comunista? Ahí mismo me fusilan o me mandan para siberia; y sin embargo, lo único que perdí con esa actuación fue que no me nominaran como candidato a la presidencia de la república, esos errores que uno comete; pero me tienen nada menos que de jefe de seguridad pública, no estoy mal, pues, no puedo quejarme. Defiendo la democracia y me gano la vida honradamente. Yo también fui joven y luché contra la tiranía de martínez, supe lo que es estar de baja y que los compañeros de uniforme te miren como mierda; para nosotros vestir el uniforme es como leer para ustedes, es como el oxígeno para las plantas. No voy a arriesgarme así nomás y perder el privilegio de defender a la patria del peligro extra continental y la subversión interna. Y ya ves hasta te doy la oportunidad de hablar conmigo. Esa es ahora mi política, todo estudiante universitario detenido me lo pasan y no es para torturarlo, como me lo pasan gritando en el parque o en los periódicos de la U. Eso es democracia. La ejerzo todos los días y cada

vez estoy más convencido. Claro que siempre hay esas cositas como el negocio de los aviones, pero son los riesgos del mundo libre; algunos siempre están viendo como hacen las cacherías, como güeveyan, pero ya son cosas imprevisibles, errores del humano. Por eso le pegué al ministro. Ustedes deben darse cuenta de una verdad: cuando nos atacan a los militares están atacando a la democracia, cuando nos consideran enemigos están atentando contra la unidad patriótica...»

Extiende la mano de general y la sentís en tu mano; como para no lavársela en un año. Así ha de ser la de audrey hepburn —pensás— no por lo delicado sino por lo trascendente. «Es una nueva táctica» —pensás. Al principio te sentiste confundido, así como van las cosas me ofrecen una beca en la escuela militar o me emplean de secretario privado de seguridad pública. Bien dormidito.

Margó dice: ¿Y cómo se dejó agarrar? No se sabe, le dieron ganas de ir a la U. Romanticadas. Al principio creímos que alguien lo había delatado, sin embargo, parece que fue una equivocación. Al mes de estar en El Bosque. ¿Y ni siquiera se les ocurrió preguntarte dónde vivía?

El viejo llega a apagar la luz. Por eso sale la gran cuentota de la compañía eléctrica —dice. Vos no le oís porque te has quedado muerto de sueño; o mejor dicho en capilla ardiente.

7.

Queda dormida con un panecillo en la mano y al lado una naranja. Este día no almorcé, sencillamente porque te olvidas de mí. Desde hace media hora pasan los platos a mi alrededor. Pobrecita, le exigen mucho; lleva dos platos de sopa caliente; ayudándole a Eduviges; sopa de res con plátanos maduros; los platos se le ladean y tropieza. El

panecillo ausente, dormida, hipnotizada. Se me quita el hambre si no me mirás. Estoy famélico, mirame. Y me ves al fin, es entonces que se encienden los faroles de la casa.

Bueno, te voy a contar, hago el cuarto curso de secundaria y por la tarde voy a la fábrica. Y a mediodía tengo que ayudar a servir la comida. Usted es otra cosa, señor misterioso ¿quisiera acompañarme por la tarde a la camisería? Por supuesto que a tía le encanta tener una esclava, pero de vez en cuando me libero. ¿Por qué nunca me entendés? Tengo que explicarlo todo.

—Me voy para la fábrica, tía querida.

—Todavía no es hora.

Y así por el estilo.

—¿Y por qué te vas tan temprano?

—Necesito irme, ya, es cosa de vida o muerte.

8.

Mentiras. Es que tenía la cita con vos. Me voy porque me descuentan en la fábrica. Nos vemos en el café Latino.

Tomé el tren de las siete a. m. Yo sé que viajar en tren es algo terrible, quizás falta de seriedad, ir subido en las cacharpas viejas que nos legaron los ingleses después de ciento cincuenta años de explotación; traqueteando sobre los carriles de polvo y los árboles secos corriendo al lado contrario, las piedras quemadas, los lagos de piedra al pie del Chaparrastique, echando humo por el cráter mayor. La laguna verde más allá, la laguna del Jocotal echando lagartitos verdes. Mamá y papá viajando conmigo, fumando un puro copaneco, mi viejo, y contando el chiste de siempre: ese cachetón del puro que se meta; en ese tiempo no había servicios sanitarios en el tren y el abuelo muerto tenía que sacar las nalgas por la ventana cuando le daban ganas de hacer pupú. ¡Ese cachetón del puro que se meta!

Cuando la gente le veía las nalgas chulonas recibiendo el viento fuerte y caliente del verano, el tren a cincuenta kilómetros por hora, una alfombra mágica. Hacia la feria de Usulután y otras veces más allá, Cojutepeque, Zacatecoluca, San Vicente. Los ojos clavados en la punta de los volcanes. Por largos tramos el camino lleno de polvo. Mi país polvoriento como un libro tirado en una mesa sucia; mi país lleno de hongos y parásitos malignos. Cuzcatlán de flores y moribundos picados por los mosquitos del paludismo; campánulas de aldea, campánulas amarillas, rojas, moradas, blancas, anaranjadas, poseídas por el pico de los colibríes. Las más de las veces los postes del tendido telefónico asaltados por pájaros, los campos sembrados de maíz, las margaritas silvestres creciendo en los yermos de pastoreo y unas cuatro vacas tuberculosas comiéndose el campo de flores.

9.

Reye. Las tropas del límite fronterizo tenemos que emplearlas una por una, interno, cambio.

Guirre. Correcto, usted dice que las tropas fronterizas tenemos que emplearlas en el problema interno... si es necesario.

Reye. Correcto, si es necesario, porque tenemos a todos los... seguridad que no habrá ningún movimiento de tropas verdes...

Guirre. Usted dice que podemos echar mano de las tropas fronterizas porque no habrá... de tropas verdes...

Reye. Correcto mi general, así es... si es necesario emplearlas, lo podemos hacer, cambio.

Guirre. Conforme Reye, y creo que por hoy no es necesario porque con la operación que vamos a llevar esta tarde, creo que no es necesario mover las fuerzas de la

frontera. De todas maneras si fuera necesario las desplegaremos durante la noche o quizás en la mañana.

Reye. Mi general, enemigo está rodeando fuerza aérea pero se van a dar con la piedra en los dientes... enemigo está rodeando por hoy en la tarde al anochecer a la fuerza aérea pero se dará con los dientes en la piedra, perdón, con la piedra en los dientes, cambio...

Guirre...

Reye. Enemigo tiene tropas alrededor de fuerza aérea, tropas nuestras tratarán de controlar situación, cambio...

Guirre...

Reye. Entendido mi general y terminado... mi general Torre le va a hablar... adelante...

Torre. Aló, Guirre, cómo hacemos para controlar al doctor Cuesta Abajo... adelante...

Guirre. Va ser muy difícil mi general porque yo creo que... voy a hablar por teléfono... creo que doctor Cuesta Abajo está en warer closet.

Torre. Me gustaría que doctor Cuesta Abajo llegue a Estado Mayor, porque lo considero fácil, menos peligroso, tenemos que tomar una resolución constitucional, haga sacar doctor warer closet.

Guirre. Muy bien, mi general, entendido vamos a controlar al doctor porque no se sabe en qué warer closet está... otra cosa quería decirle, mi general... para decretar Ley Marcial... decretar Ley Marcial... Decretar Ley Marcial, cambio.

Torre. Está bien hay que hacerlo, decretar toque de queda a las ocho de la noche, no puede andar nadie en la calle, disparar a matar; ahora es necesario tener radiodifusora para orientar al pueblo.

Guirre. Sí, mi general, nosotros vamos a radio P. U. P. U. vamos a apoderarnos de la torre, fuera de la central, además vamos a... las difusiones que sean inmediatas en

los departamentos... la Ley Marcial... o sea que nadie puede transitar después de las veinte horas.

Torre. De las veinte a las seis horas, pero es importantísimo que controlemos al vice-presidente, al doctor, yo quiero verlo, además ahora nos interesa un civil.

Guirre. Muy bien, mi general, yo le confirmaré llegada del doctor Cuesta Abajo...

Torre. Si puede mandarlo a traer amarrado... es decir si es necesario, cambio.

Guirre. Entendido, mi general.

10.

¡A quién diablos se le ocurre viajar en tren en estos tiempos! —lo digo en actitud de estar oyendo llover, sin intenciones de oponer resistencia.

—Hay que ahorrar el mínimo centavo —son las palabras de Rodrigo.

—No es para tanto la perrada, refuta con mis gestos ambiguos. Es decir, mis gestos de paciente Job o de militante coexistente pacífico. Cierto que sólo externamente me comporto así. Por otro lado soy una fiera.

—Vos tomaste la decisión de viajar en tren y punto.

—Conforme... —sólo deseaba discutir para quitarme estos nervios que me ponen la carne de gallina.

Cuando el tren va por las curvas me encanta ver la chimenea siglo XIX y las llamaradas azules saliendo debajo de la locomotora. Maquinarias antiguas, tipo oeste, movidas a petróleo o leña. Un museo rodante con rótulo pintado de blanco y que uno llega a aprenderse de memoria desde la niñez: Salvador Railways.

—Vamos a tener un hijo —me dice Caperucita.

—Como broma está bueno —le digo temblorosamente recordándome de la última novela de Caridad Bravo Chiclets

Adams.

—En serio.

—Me das unos golpes de cerebro.

—Yo lo quería, así es que no te preocupés.

—Ya estuvo que no me voy a preocupar. Un hijo...

—Si no me preocupo; pienso que estás bromeando nada más.

Viajar en tren me hace ganar en dulzura de carácter, por eso no vacilé en admitirle que el viaje lo haría en los carrmatos de la Salvador Railways; luego pensé en el ahorro y la seguridad, pues es más barato y no se tiene que pasar el registro rutinario de las terminales de buses. Bueno, yo no me siento culpable de nada pero debo guardar precauciones. Viajar en tren es una proeza. Pienso: «Quizás esta sea la última vez que te vea paísito mío.» Estoy triste, pero siempre estoy triste, dale con el poemario de Neruda.

Hace cinco minutos iba leyendo y comenzó el polvo; leyendo los Cuentos de Cipotes, de Salarrué; me dolían las nalgas de ir sentado en las tablas amarillas de los asientos-tren-antiguo. Me dan ganas de ir a hacer pu-pú —no es el sonido del silbato del tren— echar la de araña, primero. Me saco el volado y comienzo a orinar en el W. C., que nada tiene de W. pues sólo es una taza y un foso que está ubicado al final del pasillo; un foso que va a dar al país. Se me quitan las ganas de hacer del cuerpo porque ensuciaría mi país. Me dan ganas de vomitar, mi buena conciencia me remuerde. «No has llegado donde asustan y ya la vas cagando.» Vomito en el foso, abajo corren los rieles y el camino palvoriento. «Esto me pasa por ir leyendo *El cuento de la ponencia trágica, la vigilancia fructífera y la sorpresa cancerosa que nuera ninguna monja mareña sino la puritita muerte repentina*, de Salarrué». Desde los quince años me aprendí de memoria los Cuentos de Cipotes. Ahora había sido un regalo de Caperucita. Además, en la nota de

despedida me dijo «llevate este libro para que lo vayas leyendo en el tren» —con los ojos llenos de lágrimas de cocodrilo. «Adentro va una nota, la lees después» —terminó diciendo la nota escrita con bolígrafo de varios colores. Claro, uno debe hacerse el muy valiente en estos casos, preferimos no despedirnos. «No hubieras hecho esta compra, Caperucita» —le digo cuando me entrega las obras escogidas de Salarrué. «Me los robé de la biblioteca» —me dice con risa de hace siglos. Sus ojos llenos de agua. ¡Cómo no se va a aflojar uno, del corazón y todo!

11.

¿Podría darme algunas opiniones sobre la situación política? No, no tanto, debía saber que política pero no sé. Digamos que llame a mi opinión, pues es, pues que la política es, lo que nos dicen, pues, a traernos ya, a engañarnos, digamos; me parece a mí, pero no es así ¿verdad? Porque si nos ofrecen, digamos, aquello, y aunque se luce, ¿verdad? Llegamos a la ambición, siempre que nos ofrecen algo.

Y usted quién cree que manda aquí en el país ¿los militares, los ricos, los curas, el pueblo, los partidos? Pues aquí es la imposición, siempre se mete a mandar, pero no debería ser así.

¿Qué sería la imposición? La imposición son estos que imponen, digamos los gobernantes, digamos ellos que usan metralletas y por ese medio ya uno no puede decir lo que siente ¿verdad?

¿Usted cree que no tiene libertad para decir lo que siente? No; no hay libertad, porque fíjese que si uno habla de aquello, que lo están oprimiendo, ya es comunista, hombre ¿verdad? Ya es comunista; me parece a mí, allí que es una surdeza que están haciendo para nosotros, pues,

nosotros somos pobres, total, dicen que por lo menos quiban a ver por los campesinos y por todos, digamos, que ahora viendo la carestía, el maíz, no cumplen.

¿Está caro el maíz, usted cree que el presidente de ahora, el coronel, va a mejorar las cosas o a empeorar? Vaya que va mal, porque desde quentró ha apretado el maíz, porque estábamos comprando el maíz, por ser que somos pobres, primeramente la cuarta a catorce pesos, y en este mes antepasado a trece cincuenta; hoy dicen questá a veinte pesos el saco.

¿Y usted cree que de eso tiene la culpa el gobierno? Mire, sí; porque digamos debía poner una, tanta autoridad que hay, un celamiento, asigún que se dice que se avise; pero uno de pobre, cómo vavisar, no ven por uno.

¿Por qué cree que el gobierno está siempre hablando de comunismo? A ellos les conviene, los pobres, entre más pobreza hay para el rico es mejor.

Según el rico ¿es mejor que haya pobreza? Sí, igual que el analfabetismo.

¿Qué piensa usted del comunismo? Mire yo sé, la gente no el comunismo se interpreta mal, si uno busca el bien para otro eso es comunismo.

¿Usted en qué clase de comunismo cree? Pues yo supongo que comunismo es una comunidad, no, no, le puedo explicar mejor, como ellos le han dado otro rumbo al comunismo, ques el comunismo aquí, ques el comunismo allá, cuando el Che Guevara, ellos lo pintan como si fuera el diablo, un líon, algo que hay que tener miedo. Como iba buscando el bien para la comunidad, pues pal pueblo, asigún dicen. Como aquí, quiubiera un hombre que peleara, que llegaran ellos a tener un triunfo, pero estamos bastante atrasados, todavía no se ha llegado.

¿Es lo mismo un civil que un militar? Vaya, dependen de la conciencia, hay unos que la tienen negra y otros no;

digamos que si se encuentra un militar que realmente tenga conciencia, podría ser bueno; así lo mismo un civil; es quíay gente que piensa mal del militar; claro porque matan mucho. Yo creo que si dan los cambios es bueno.

Para usted, ¿el presidente que haga cambios es bueno? Digamos una nación libre, que hubiera oportunidades donde podría hacerse, digamos para que por sí solo, evitar esto, de que roben, dar trabajo. Pero si hay trabajo y así existe el robo ya es una crueldad, porque no quiere trabajar. Que se trabajara. Por ejemplo Fidel Castro, ¿cómo se llama? Cuba, que dicen que las prostitutas las mandó a recoger para que aprendieran un oficio. Todas aprendieron, se titularon unas, fueron a la escuela. Fíjese que a nosotros quien nos contó fue un piloto de Lacsá, un avión que secuestraron; él nos contó que en Cuba estaban bien bonito, no había vagos.

¿Entonces usted cree que el comunismo, por ejemplo, bien entendido sería bueno o malo? No sé, como dicen que de Fidel Castro, lo que dijo el piloto de Lacsá. ¿Y aquí quién? Cuántas mujeres hay que no hallan trabajo, no hallan qué hacer, entonces podrían recogerlas, pobrecitas, todas jóvenes. Allí andan divagando en la calle, viendo como pasan la vida.

¿Ha habido persecución en esta zona? Bueno, hace unos días un muchacho, se lo llevaron preso, había bastante gente detenida, él las vio, se subió a un muro y cuando los guardias lo vieron, pum-pum, le dispararon, por suerte que no le pasó nada.

Bien, hasta, aquí llegamos, muchas gracias. Las que liadornan.

12.

No sé cuántos minutos pasé vomitando, me fui a sentar cuando vi por las ventanillas que la polvareda había cesado.

Cerré de un portazo el W. C. Sólo entonces observé el pasillo y los asientos ocupados por la clase menesterosa, es decir, quienes no son ni obreros, ni campesinos, ni ricos, ni pobres. Algo muy especial. Gente que viaja con su canastillo y sus alforjas con frutas maduras para ir a venderlas en la próxima parada del tren; gente con metates llenos de iguanas y garrobos, que viajan al mercado del pueblo más cercano. Los guanacos, mis hermanos.

La ocurrencia no fue mía pero no dudé en aceptarlo pues se nos había metido la idea de estar viajando por última vez y había que ver el territorio desde el tren. Con el culo molido. He puesto a un lado el lindo tomo de Salarrué; de nuevo quedo solo en el pasillo del vagón, ahora ni me da por mirar a través de los vidrios de la ventana. Tengo sueño; jamás he podido dormir en un vehículo en marcha; un pretexto para pensar mejor y no sentir el vacío del tren. Me da por recordar a Caperucita, que te la llevas de valiente y siempre estuviste retándome, demostrando que al fin y al cabo sos una muchacha capaz de cualquiera sacrificio. Yo hago el mío, por ejemplo. Una manera de no morir de tedio o hambre. Lo comprenderían mejor si estuvieran en mi puesto. Es decir, si vivieran en mi país de lagos, volcanes y montañas y todas esas bellezas de las guías turísticas. Ella lo comprende bien. Yo lo comprendo requetebién. Le gusta morderme las orejas. Nos conocemos desde niños, chiquitos, cipotes, es la verdad, nos criamos en la misma casa. Hubieran visto sus piernitas de lápiz de color, temblando de frío. La primera vez que sube al altillo siento venir sus zapatos *incatecu*, vienen volando. Son lindísimos, nos dice, no me habían contado que hacías poemas tan hermosos. Sus palabras me elevaban como globo hasta hacerme chocar contra el techo. Yo: dedicados a vos, lobita querida. Bueno, y todas esas cosas de estar solos.

—Tené mucho cuidado —me dice uno de los amigos.

—Cuidado de qué —digo secamente.

—Con Caperucita, vos te vas a ir y no podés dejarla abandonada —esto me lo dijo hace tres meses, cuando ya se sabía de mi viaje, me lo dijo Jorge.

—Nosotros le tenemos mucho aprecio a Caperucita —dice nosotros refiriéndose también a Rodrigo.

13.

No crean, el Viejo es buena gente, quizás sea el más poeta de todos, pues eso de la poesía es cosa de sensibilidad; él goza más de la vida, no ofende por gusto; en fin, si ustedes me dijeran que van a perdonar a alguien, debe ser el Viejo. *¿Y estás seguro de que no es comunistoide?* Eso no les podría decir, aunque si analizamos bien las cosas el que con cipotes se acuesta amanece cagado y el que con lobos anda a aullar aprende; lo que lo jode es la mala compañía. *¿Cuánto tiempo tenes de conocer a ese viejo?* Él no es viejo que digamos, le dicen así, lo conozco desde el mismo tiempo que los otros; de los demás no podría dar las mismas recomendaciones, son los que atizan el fuego contra las instituciones. *¿Quiere decir que el viejo no hace nada en el grupo?* Yo no quiero decir eso, además no estoy muy seguro, lo que digo es que no es mal intencionado. *¿Entonces vos crees que si se tienen buenas intenciones se está actuando bien?* Es posible. *¿Y si ese viejo de mierda es comunista pero con buenas intenciones puede seguir jodiendo, esa es tu lógica?* Yo quiero decir, quiero que mentiendan; digo que hay gente buena y mala en todos los sectores, gente que pueden encarrilarse bien, trabajar incluso para nosotros. *¿Vos te consideras de los nuestros?* Por supuesto que sí, entonces no estuviera aquí con ustedes. *¿Y cuando estás aquí lo haces por conciencia o por otra cosa?* Viéndolo bien, yo no he venido a confesarme

con ustedes, si quieren creer bueno; si no, es cosa de ustedes. *¿Nos estás amenazando?* No sería capaz de eso, yo les tengo mucho respeto, al contrario, estoy queriendo que comprendan quién es enemigo y quién no. *¿Vos nos estás dando clase sobre lo que nosotros debemos pensar?* Yo no estoy diciendo nada. *Decinos las cosas como son, no queremos saber tus opiniones.* Por ejemplo, el Viejo dice que cuando triunfe la revolución no debe correr sangre, habrá que usar cuerda para tantos hijos de puta criminales. *¿Así habla con esas palabrotas o vos te las estás inventando?* Dios me libre, ustedes quieren que les diga las cosas tal como son, y eso estoy haciendo. *¿Y ese viejo es el bien intencionado para vos? Ve que deagüevo. Lo que pasa es que a vos te sobran ganas para insultarnos.* Por tonto voy a oponerme a ustedes o a faltarles el respeto. *¿Nos tenés miedo, vas a decir?* Miedo, si me considero compañero de trabajo con ustedes. *¿Y has averiguado dónde viven?* Yo sé que siempre se dirigen con rumbo al Bosque, pero exactamente no sé. *¿Entonces tendrás que demostrar que sos vergón, averiguando lo más pronto posible el lugar exacto?, ¿entendido?* Clarín de gallo. *Si no tenés nada más que decir podés irte, tené mucho cuidado al salir, mira que los camariches no te van a perdonar, y si te pasa algo no respondemos, pues eso no entra en el trato, ¿entendido?* Yo sé cuidarme. *Salí por la puerta de los bomberos y no mires para atrás.*

Y te vas pensando en la vida dura, si no fuera por la toronjita y la venadita no anduvieras en estas cosas, pero como los adoras tanto y han aguantado tanta hambre y sufrimientos desde que estuviste sin trabajo y te echaron del sindicato, pues proponías un aumento de salario del cien por ciento para los horneros y eso se consideraba una provocación, te encachimbaste y les dijiste que eran unos miedosos; y ellos más respeto, compañero; y vos

compañeros son los huevos. Y te quisieron golpear. No apareciste en el sindicato por un mes, cuando te llegaban a buscar deciles que nuestoy; luego les hiciste una marufia con la compra de unas maderas y pinturas para hacer bancas. En esos días apareció Noel y te dijo te acordás de aquel trabajo de testigo falso; ¿cuál? —preguntás; porque no querés acordarte. Especialmente cuando pensás en Manuel. Hace seis años. ¡Ah! y te conseguí una beca en el San Juan Bosco, por bruto no sacaste tu bachillerato y luego te conseguí para que pudieras poner tu propia panadería. Lo que te jodió fue haberle dado escondite a un dirigente sindical. Y un cabrón lo reconoció y así fue rodando la bola hasta llegar a oídos de la policía. Y me fueron a saquear el local, y a veces me imagino que vos tuviste vela en ese entierro. No me ofendás, cómo vas a creer. Me rompieron todo el material, las paletas las echaron al horno cuando estaba con la leña y luego me derribaron las mesas, las destruyeron y echaron al fuego mis cosas. Me agarraron a patadas, solamente porque ellos me dicen «acompañanos»; y yo les digo: ¿y dónde tienen la guitarra? Eso es lo malo tuyo, vos sabes que con la jura no se bromea. La gente: déjenlo cuillos asesinos. Y los policías: cállense viejas pisonas si no quieren que les rompamos las jetas. Me tiraron al yip. Y vos siempre me echaste la culpa a mí, que yo te había delatado, desde entonces te noté mero ofendido conmigo. Ni tanto Noel, yo sé que no fuiste vos. Claro, yo te considero como hermano y jamás voy a hacerte una barbaridad como esa.

Ya no sé para dónde vas, Noel.

—A vos te gusta la poesía, fijate, si tuvieras medios podrías dedicarte de lleno.

Me doy cuenta para dónde va y le digo:

—No miandés con rodeos y decime claramente a qué has venido.

Y Noel, no tenojés, si núes para tanto.

—No mestoy enojando.

—Vos podés aprovechar mucho la poesía, te sabés todas esas cosas, además tenes un hermano universitario y no tenés por qué ser menos.

14.

Caperucita comenzó a morderme las orejas de lobo y yo a mordérselas a ella. Así fue cómo metimos la pata hasta la coronilla. Hace tres días me dio el gran golpe de cerebro. Como estar protagonizando una novela radial. Me lo dijo tan de repente, en tocata y fuga:

—Voy a tener un hijo.

O imagino que lo dice. Pero este día no tengo vocación para padre y la noticia no me causa ningún entusiasmo. Además, cuándo viene a decirlo; nunca he pensado en tener un hijo mientras viva en esta sublimación de hombre desaparecido, dispuesto a todo menos a sentarse alrededor de una mesa y comer los tres tiempos y recibir en las mañanas su saludo, con un ramo de flores perennes en cada uno de sus gestos.

—Que voy a tener un hijo —protesta por mi falta de atención. Mis ojos prestos al parpadeo del patio acribillado por los rayos del sol entre los mameyes de la casa vecina. Hemos pasado la tarde haciendo el mismo juego de siempre en la cama. Estuvo mordiéndome las orejas de lobo. «La vida es una carrera de motos.» Caperucita no comprende mis parábolas de viejo acabado que soy, ingresado ya al Área Diferenciada de la U., mientras ella apenas va a entrar en Áreas Comunes.

Perder a Caperucita es el menor de los riesgos; prefiero no contarle de mi viaje para no ponerla triste. Además estoy

jodido por sus lágrimas. Desde antes, en la despedida. Es decir, no le cuento las razones de mi viaje. Por disciplina.

—Estoy contenta —me dice.

Yo: ¿Porque vas a tener un hijo?

—Porque se me imagina que estás haciendo una cosa buena.

Y me dan ganas de abrazarla. Al fin le escuché una frase sensata. Casi me está empujando a la muerte. Era lo que quería oírle desde hace tres meses cuando le insinué lo de mi viaje.

No estás en un circo romano, me dice, y me siento la persona más importante de la casa. Estoy en un circo romano desde la última vez: el señor González me explicó que si seguía jodiendo me iba a pegar un balazo. Me lo dijo paternalmente, por supuesto, poniendo una carita de buen samaritano. Mejor dedíquese a escribir poesía. Él no se ha dado cuenta que la poesía no va a traspasar este palacio de policías donde el señor González es una especie de cancerbero. Puse una cara de aflíjido cuando los de la jura rae fueron a sacar a punta de pistola hasta la celda donde me tenían detenido. La preocupación desapareció cuando vi al señor González con sotana de sacerdote que va a impartir y repartir la hostia de comunión. Tuve la sinvergüenzada de sonreír. Me ofreció un cigarrillo. No, gracias, no fumo. Papá González debería estar en una venta de juguetes, con su carácter bonachón, de santa claus amariconado. Estoy en un circo romano. «La próxima vez no seré condescendiente y yo mismo me encargaré de vaciar la 38» —me dice y todavía sin guardar su pistola. «Ustedes harían lo mismo conmigo si triunfaran.» No le respondo nada. Me pongo melodramático, o acobardándome, que es lo mismo. Circo romano a la centroamericana, la orden en el menú.

Me voy a ir, Caperuza, lo tengo decidido desde hace varios días, le dije en aquella ocasión.

Ella no pidió explicaciones pero se las di para disimular la tranquera en la garganta. Me voy a ir. Uno tiene necesariamente su corazoncito, no lo niego. Al principio lo vio como un proyecto lejano, una frase desesperada: «Nos vamos con Jorge y con Rodrigo.» No pregunta hacia dónde vamos; yo tampoco podría decírselo.

15.

Me presenté a ellos, estaban hablando de poesía. «Yo me sé de memoria unos poemas de Nazin Himet», ellos con la bocabierta. ¿Y vos quiacés? Soy panificador, un humilde obrero que tuvo la suerte de estudiar con los salesianos, aprendí mis cosas; aquí donde me ven soy bachiller y quizás dentro de un año ingrese a la U.; pero más que todo me siento proletario; tengo mi negocito, pero yo me pongo a trabajar con mis trabajadores, de igual a igual, no me siento un explotador.

16.

En cuatro años me he convertido en el hombre más peligroso de la pre-U.; a veces me da risa porque lo tomo muy a pecho, en el fondo no soy tan serio como parezco ser a quienes me conocen. Me hice famoso desde que gané el segundo premio con unos poemas a la maldita centroamérica; despuésito, caí en las garras de papá González, dándome consejos políticos mientras me amenazaba. Ya me veía con las tripas de fuera, sin emitir quejido. Fue cuando caí con otros compañeros universitarios frente al Consejo Central de Elecciones, haciendo pintas a favor de los presos políticos. Papá González se tiró un discurso de padre y señor mío, acerca de la juventud que ellos querían, respecto a la Universidad; pero estaban

contra los malos hijos, mejor dedíquense a estudiar, los jóvenes eramos engañados por los politiqueros y otra serie de sandeces. Quería meterme miedo el muy caritativo, que me dedicara a estudiar, a escribir poemas, me había leído uno en el periódico. Casi solloza de tristeza; dan ganas de decirle Lagrimón González. «No quiero verlo otra vez porque entonces la cosa va en serio.»

17.

Podés ir a la Avenida, te acercás a uno de ellos, si querés te consigo una foto; acordate de tus hijos, de venadito, de toronjita; así le decías al primero por su manera de caminar dando saltos; y la toronjita por tener los cachetitos inflados de tan gordita y coloradita. Le dijiste a Noel que por ellos eras capaz de cualquier sacrificio, y tiempo tengo de no verlos. ¿Y por qué no los ves? Y vos diciéndole: estoy separado de mi mujer, ella me los niega diciendo que soy un vagabundo, toda la culpa la tiene el vicio del guaro, eso lo reconozco. Vos bebés por tus mismas preocupaciones económicas, le dice Noel, con cara compungida, es lo que te digo, estás mal por tu gusto. Tenes que decidirte entre tuermano Manuel y tus hijos, pues no me vas a negar que todas tus preocupaciones son que le tenés miedo a tuermano.

Vos sólo nos vas a decir cosas de poesía, lo que ellos discuten en lo intelectual.

—¿Sin más compromisos? —le preguntás.

—Por supuesto, yo no sé de dónde te sale el miedo, mirá que bien te fue cuando me serviste de testigo en el caso de secuestro; si después te quemaron la panadería ya no fue culpa nuestra sino que vos te metiste a tonto escondiendo al sindicalista. ¿Quién te mandó esconderlo?

—Deso mejor niablemos.

Después vino la cosa seria que te vamos a dar doscientos colones mensuales y los libros de la U.

—Queremos saber otras cosas —dice Noel—; ¿o crés vos que te vamos a dar estudio y plata sólo por las pajas que nos contás?

—Eso había sido el trato —protestás.

Acabaste en el cuartel de la policía el capitán quería hablar con vos.

—No digo que vos sólo estás para darme problemas —reclama a Noel.

Y tenojás y le decís que doscientos colones nues nada y que mejor ya no se aparezca por ahí.

—Eso no lo decide usted, cherito —el capitán con ademanes suaves—; vos crés que te vamos a estar pagando doscientos mensuales por las pajas poéticas que venís a meternos, este mes no te vamos a pagar nada; sabes bien que el que no trabaja no come, como dicen los mismos camariches.

Así jodiéndote los cerotes.

El capitán: Tenes que averiguar la casa de ellos y si es posible metérteles. Y vos: ¿Cómo quiere que luaga si no tengo la oportunidad? y te ventrando miedo.

El capitán: Mire chero, aquí se hace lo que nosotros decimos, usted estal servicio de nosotros, está dialta, cualquier negativa lo consideraremos deserción y ya sabe el significado de eso ¿verdad?

Te acordás cuando te destruyeron el taller y las costillas.

—Mira —dice Noel— yo no veo las razones de tus escrúpulos, vas a perder una plata que te cae del cielo, tener tu casita, seguir tus estudios, pensalo bien; además, y esto ya no entra en mis planes, te estás cachando una buena vergiada, por desertor, tal como dijo el capitán.

«Un día destos estuve hablando con ellos cuando llegó una muchacha, ahí hasta el Vernier, ellos le dijeron Margó o

algo por el estilo; es de color moreno, usa pelo largo que se lo echa sobre uno de los hombros; hablando en oro, no es tan fea, verá. Mide unos metro y sesenta; sí, es algo alta; iba de pantalones y botas, lo primero que llama latención es su cuerpo bien tallado. *¿Será esta?* No ninguna desas fotos. *¿Y a este lo conocés?* Eses el Chentino, tiene veintidós años, moreno claro, pelo liso, color castaño, a veces se le viene para la frente, boca regular, bien hecho; las cejas son algo achinadas; le gusta vestir de bluyín y de chaqueta. *¿Y a Margó cuántos años le calculás?* Quizás unos veinte, es jovencita y la noté muy autoritaria cuando se acercó a ellos. *¿Ella entró al Vernier?* Sólo por unos minutos, le dio un papel a Al, a saber qué le decía; recuerdo que le dijeron ya vamos a llegar. *¿Entonces de ahí se fueron para la casa, es decir donde Margó?* Quizás. *Sos una babosada, no te das cuenta de ni mierda.* Ustedes lo quieren saber todo; sí, ya sé que por eso me pagan, pero tienen hasta fotografías de ellos, entonces no sé para qué diablos me necesitan.

—No te pongás nervioso.

—Si sólo mestoy rascando, yo nuestoy nervioso.

Ellos se hacen los locos.

Les digo que si puedo ir a miar. Me dejan, voy a ver los orines dorados como la miel diabejas. Y pensar que los hijos diuno nuagradecen los sacrificios. Hoy es día de pago, me gustaría tomarme unas cervezas con el Viejo y el Pichón, contarles todo y que se acabe este padecer.

—Putá —grita alguien— ya te hiciste caca.

—Es que tengo mal diorín.

Estos cabrones cada vez más agresivos. Noel hijo de la chingada madre. Más tarde: *¿Y esta fotografía la conoces?* Se parece a Margó pero no estoy muy seguro, *¿cómo hicieron para tomarla?* Ellos: eso no te importa a vos. Saben más de la cuenta —pienso. No sé para qué me pagan si yo no les digo nada nuevo. Y me queda esa duda.

18.

Luego pasó lo del bus. No escarmenté. Había que subir precisamente en la parada del Hospital Bloom en construcción y bajarse en la tercera parada, pues en la segunda se encuentra la embajada gringa. Antes no se podía por ser demasiado riesgoso pasar por cuatrocientos metros en despoblado; después, tampoco era conveniente porque sería toparnos con otros grupos que esperaban el bus para hacer lo mismo que yo estaba haciendo. El «mitin relámpago» duraría más de la cuenta, o sea, que no sería tan relámpago. Sin embargo, ya teníamos bastante experiencia para rajarnos. Hablar de los reos políticos en la penitenciaría, bajarme en la Policlínica y subir al automóvil detrás del bus. No habíamos previsto que el motorista del bus era de la poli; al tocar el timbre de parada, después de haberme dirigido a los pasajeros, se negó a detener el vehículo y me llevó otras cuadras más, hasta que la misma gente lo obligó a parar. Casi lo linchan. Tuve mala suerte, cuando se habían lanzado los dos compañeros de actividad, arrancó el bus y quedé enganchado en la puerta automática. Casi me mata el gran cabrón; el automóvil había desaparecido; quedé tirado en el suelo, mirando los ojos colorados del radio-patrulla. Papá González se convirtió en padrastro González. Que si no me pegaban un balazo era porque yo les daba lástima «pero tiren a ese revoltoso a la celda de ladrones». Y eso fue todo. Lagrimón González perdió la paciencia, era mejor que se le volara el antifaz de paternalismo y de monja de la caridad. No pasó nada grave con los ladrones. A la media hora éramos los compañeros más queridos del mundo. A saber cómo diablos apareció una manzana en la celda. Nos dimos una gran hartada de manzana; claro, tuvo que repartirse entre diez, no se perdonan ni las semillitas.

—La jura dijo que lo cogiéramos.

—Cuidado me tocan al bachiller —dijo Muerto Bañado cuando estuve tendido en el suelo, previa golpiza, empujón y caída como tanate de garrobo.

Muerto Bañado con su rostro de cicatrices visibles e invisibles, el jefe de la celda, el que decía la última palabra; adivinó que yo era estudiante y eso bastó para que los sedientos no me despatarraran.

—Si no le molesta, bachiller, póngase a pegar alaridos para que crean que lo estamos cogiendo.

—Si quiere grito yo por usted, bachiller, pero ya sabe que grito como ladrón y pueden reconocer mis alaridos.

Era un cuento de Las Mil; partiendo la manzana con las uñas, pegado a la pared, Muerto Bañado, con su cuerpo esquelético, alto como un cohete que va para el techo de la celda. Me trajeron a la poli porque le toqué las nalgas a un cuilio, no me pude aguantar, las nalgas asomaban por el zaguán donde amontonaba a una chera, yo iba pasando y ahí extendiendo la mano como un lenguetazo; para decirle verdad, bachiller, creía que se trataba de cualquier chivazo de barrio; el gorgorito del polisman se clavó en mi lomo y de repente aparecieron en la esquina otros chontes y me tiene en el suelo aguantando garrotazos; tenía guardespaldas el hijueputa. Y ya vé, tengo seis meses de no ver el sol, ni comida decente, puro encierro, hecho mierda pero contento.

Me dijo que si sabía yo que me habían llevado donde ellos para que abusaran de mí —textualmente dijo «abusaran», una manera de ser respetuoso y consecuente con su autoridad en la celda. Le contesto con un ajá, haciéndome el santo, chupando mi tajadita de manzana. Aquí casi no se come —sigue diciendo— pero eso no tiene importancia, en estos tiempos se mueren los que comen, mueren del corazón, de cáncer, visitan al médico una vez a la semana, de tanto comer. Los otros ladrones con la boca

abierta; Muerto Bañado cada vez más cadavérico y subiendo más alto hasta tener una altura de diez metros que tiene que enrollarse en la celda, como una culebra; nos mira a todos, sus ojos reseco ya ciruelas momificadas. Por tocarle el culo a uno de la jura.

19.

Tenés que trabajar con esta fotografía, Guillermo. La cosa es fácil, hacela circular; pero antes vení para que veás. Al otro lado del vidrio estaba el coronel, el Chele, tomando café con un estudiante. ¿Lo conocés? Claro, es el poeta. Bien, le tomamos esta fotografía para que después no digan que es mentira, pues eso tienen estos estudiántillos de mierda, que se venden por treinta monedas y después andan enganchando al pueblo y son quintacolumnistas; a nosotros no nos sirve, por eso quisiéramos que se dieran cuenta los jóvenes de cómo los engañan sus líderes, ¿entendés? El culpable de todo fue Noel, te había metido en un lío quiasaber cómo iba a terminar; estás mirando a través del ventanal el casino de los oficiales de la guardia y ves a Alfonso en pláticas con el jefe de seguridad; sabés quiaquí hay gato encerrado. ¿Entonces para que me dan la fotografía? Tenela nada más como prueba. ¿Y yo para qué? Para que te sirva estímulo, vos no querés colaborar con nosotros y mirá a quien tenés enfrente. Vos, Guillermo, un simple panadero no querés prestarnos colaboración y ese poeta no sianda con mierdas descrúpulos, porque le está prestando un servicio a la patria. ¿Entendés cómo es la cosa? Si querés le decimos al poeta que te autografíe la foto. Ustedes mestán engañando. Date cuenta por tus propios ojos, por eso te hemos traído, porque nos caés bien y queremos que te convenzás, que ser policía no es una

vergüenza; eso es lo que les han metido entre ceja y ceja los intelectuales. ¿Entendés?

Guardás la foto en el bolsillo de la camisa. Hay que seguirles la corriente a estos cabrones porque si no me dan verga. Y te acordás de tuermano, Manuel. Por ahí anda la cosa. Vas a poder estudiar en la universidad, vas a ser otro, ya no te verán de menos; ni el propio Meme que te desprecia con sus desconfianza, tu hermanito de padre y madre te ve de lado porque sos un panadero, ni siquiera panificador, sin futuro.

¡Cabrones!

20.

Cuando le cuento a Caperuza sobre Muerto Bañado, no me cree, dice que son inventos, imaginaciones de poeta, poemas truculentos; bueno, es cosa tuya si no querés creerme. Sin embargo, yo sé que le gusta escucharme, pone cara de angelito o de radioaficionada, escuchando con ganas. Nos dan las horas acostados en la cama, contándole, dos seres inocentes. ¡Cuando entrés a la U. no vas a querer hablarme! —pucheros de cipota pidigüeña. Es la hora de su siesta, antes de irse al Chico Andá Bañate Menéndez. Ahí estoy poniéndole la pierna sobre la tela fresca del calzoncito, media hora de sufrimientos porque la quiero mucho y no puedo llegar a más. Genovevo con su carita de calendario y ganas de estar oyendo mis poemas, mis cargantes frescuras, mi mejor oyente. «Qué lindo» —repite dulzonamente y de manera tan exagerada que parece me estuviera dando paja al revés. Y con cada «qué lindo» me clava un beso en el cachete. Quizás por eso la estoy queriendo más, sus elogios me hacen subir más alto que Muerto Bañado y mi cabeza se enreda en una nube de zopilotes cochinos.

—No voy a admitir que me dejés así tan frescamente —y me pellizca las piernas peludas.

—Me duele —reclamo con enfado. Está de humor la venadita, pienso para calmarme.

—Si vos pensás dejarme, yo tengo derecho a maltratarte.

—Creés que soy un animal de corcho —por decir algo.

Sucede cuando estamos acostados, doblo la almohada de algodón, la apoyo en la pared y quedo sin hacerle caso, entretenido en leer las Obras Escogidas de Salarrué; ella se apechuga a mi lado, sin perturbar la lectura; además, si me habla sólo le contesto con ajás, cuyo significado en este caso es no perturbés, dejá de estar jodiendo. ¡Dejame leer, por favor! Se ofende y va a descolgar la falda que cuelga en el mismo clavito que sostiene el retrato de Neruda. Le hablo con risota de grandes dientes de caballo. ¿Verdad que te enojas? —con tono de haber descubierto la penicilina. Se pone la falda con la velocidad de quien es perseguido por chuchos ricos de fincas. Cierra de un portazo. A los pocos segundos abre la puerta. «Se me olvidaba algo» —sin mostrar grisma de cariño. «¿Qué es?» —pregunto— con temor. Se acerca dando pasos de momia de guanajuato, llega a la cama donde todavía estoy recostado sobre la pared, se encoge y me clava un beso entre pecho y espalda. «Eso era el olvido.» «Te adoro Hormiga.» «No me digas así, que a saber de quién te recordás.» La arrastro de nuevo a la cama, agonizando de risa. «Ahora es demasiado tarde» —dice con aire filosófico estilo Aristóteles Onasis. Mira su reloj para indicar que se está refiriendo al maldito tiempo. «Faltan diez para las dos, ya va a venir tía Gracia» forcejeando, tratando de soltarse. «Andate, pues.» Es demasiado tarde; siempre estamos atrasados, nunca hay tiempo para nada. Caperucita es una muchacha responsable pero no me gusta que se refiera al tiempo como estar quitándose el polvo del camino. ¡Ah! Entonces

me estás hablando del tiempo mierdero ese que nos manda al trabajo, a la oficina, a la U, yo creía que habías oído hablar de Aristóteles. Claro que sí, dicen que consigue cualquier cosa, es dueño de aviones, de barcos. Perdona, muchachita, yo mestoy refiriendo al griego. Yo también. Cuando quiere ser graciosa es capaz de sacarse un premio. Ultimo día y debemos aprovechar el tiempo —el maldito. «Me voy mañana.» «Dentro de seis meses estarás de vuelta» —me responde. «No, Caperucita.» Ella, sin embargo, siempre tiene razón.

Cada quien hace las cosas a su manera; nunca pensé que Caperuza me iba a dar esa noticia pocas horas antes de irme a Guatemala. Debo analizar las cosas con un poco más de frialdad, por algo estamos durmiendo en este lecho de rosas; lo mejor es meterle el diente a la carne más dura y Caperucita feroz será la víctima propiciatoria. Uno está listo. Dos años y medio en Areas Comunes porque somos muchos médicos en el país. Somos el país más sano del mundo. Y va de darle vueltas a los argumentos. Las cosas deben arreglarse de otra manera. Mejor nos vamos y se debe olvidar eso de andar gritando en los buses; un día nos dan un balazo y ni siquiera habremos tenido la oportunidad de defendernos. Recuerdo bien las palabras de padrastro González: si caes otra vez en mis garras te voy a soltar una bala sin ninguna responsabilidad de mi parte. Y nosotros componiendo el mundo con palabritas mágicas. Que nos maten en buena lid.

21.

—Porque estás triste —ibas a decirle hasta la cocina esa frase larga como un ferrocarril.

—Nada, estoy pensando.

La encontrabas sola, un feo presentimiento; una selva llena de lluvia torrencial, su pelo, sus ojos, su rostro todo; las manos en la quijada, leyendo el diario, con Pepino el Breve sobre las piernas, tomándole las manitas, enseñándole letras, leyendo a la manera antigua, deletreando. Señalando las letras con un palito.

—Hola Al.

—Hola Margó.

—Qiubo, poeta inédito.

—Hola Pichónidas, poeta édito.

Pichón con un esparadrapo en los ojos, en la nariz. Te vas a quedar ciego, poeta. El esparadrapo en la callosidad que le había formado el aro de los anteojos.

—Estuve donde el médico.

—¿Te dijo algo?

—Principio de cáncer.

—No me digas.

—De ahora en adelante me dedicaré a celebrar mi muerte.

—Sólo sos babosadas.

—Pichón me trajo un oso de peluche, mira Al —interviene Pepino el Breve, sobre las piernas de Margó.

—¿Y la demás gente? «Chentino está dormido» — responde Pichón.

—Meme fue donde su familia, dijo que quería hablar con suermano. De repente apareció por ahí, Meme le dijo que qué andaba haciendo, que cómo había dado con la casa. Ya ven, por no tomar precauciones.

—¿El panificador... es decir, Guillermo?

—Sólo tiene un hermano.

—Tenemos que dejar la casa, eso me dijo Meme.

—Eso no es posible.

—Todo es posible, Al —interviene el Pichón, solo es cosa de ponérselo a imaginar y todo puede ocurrir.

«Es bueno que te vayas, Al, estás muy coloreado y te van a estar jodiendo siempre; debés irte, no queda otro camino.» Y te fuiste. De eso habían pasado siete años. «Si querés te voy a dejar a la estación.» «No es necesario.» Con el Pichón nos conocimos desde que comenzamos a escribir poemas, diez, doce años, más o menos.

—¿Qué tenés en esa bolsa?

—Espíritu de caña.

—¿Van a celebrar algo? ¿Porque están tristes entonces?

—Ya te dije que voy a celebrar mi muerte.

—Es otro de tus poemas pesimistas.

La Negrita desde adentro: ¿Mamá, es el oso mayor? No, hijita, es Alfonso, duérmase que su papá no va a venir ahora.

—¿No va a venir a dormir Manuel?

—No creo, jamás había ido a su casa, supongo va aprovechar el viaje para quedarse y alegrar a su familia.

—¿Vos sabías que nosotros conocemos a Guillermo?

—Sí, ya me había contado el Chentino.

—Manuel nunca nos había dicho nada.

—Ustedes conocen al Charrier, tiene sus caprichos.

Con sus ojos de lluvia, sola y acompañada, llevando vida doble, la responsabilidad de la casa, el centro de impresiones, la complicidad de Negrita, de Pepino y los recuerdos; no era para menos. Y el miedo. Algún día no vas a tener tu casa rodeada de hombres uniformados, con una metralleta en las manos, recorriendo las calles como fantasmas, disparando a la primera sombra que se mueve. Algún día esos hombres no andarán impunemente en las calles, porque vos Margó, también tendrás un arma en la mano, o a lo mejor Pepino o Negrita. Vos Al, me vas a enseñar cómo se manejan esas mierdas, ya que Charrier es tan encerrado y jamás nos enseñaría a nosotros.

—Tomémonos un trago.

—A tu salud, Al... el que va a morir te saluda.
—Me sorprende tu humor negro, Pichónidas.
—Yo mismo me sorprendo de mi frialdad, no vayas a creer, soy una especie de muerte andando ¿qué querés entonces?
—Ya vienen —dice Margó.
—¿Quién viene? —pregunta Alfonso.
—¿Quién crees vos? —interroga el Pichón.
Margó va a la puerta con Pepino en los brazos.
Poresoestrantristes.

22.

Quedándose quietecita mientras le echo los brazos por los hombros y la vas arrastrando a lo trucutú. «Tengo un secreto.» Lo dice con naturalidad; lo más sencillo del mundo es tener un secreto. Pero un hijo y decirlo así como quien se quita una mariposa del cuello. ¡Oh!

—¿Te vas a ir mañana?

—¿Decidido?

Con impaciencia:

—¿Y el secreto?

—Voy a tener un hijo.

Con un ramo de flores en las manos y sonrisa de la época del Señoría de Cuzcatlán; fiesta de niños, recién salida del baño, olorosa a jazmines. Vestido amarillo con flores.

—¿Estás segura? —y me dejo ir sobre la cama hasta topar en la pared. ¿Qué se dice en estos casos? Me alegro mucho. Felicidades. O hacer el teatro pidiéndole disculpas o saltando de alegría.

—¿Segurísima... no te alegrás? —Ella sabe que no estoy en condiciones de alegrarme, ni siquiera de tener una reacción natural. La veo tan impávida. No me sale nada. «Lo decís tan así.» Pienso que es una treta para retenerme.

—¿Qué otra cosa querés que te diga?

—Anunciármelo antes de mi viaje.

—¿Y qué querías?

—A una semana de mi viaje.

La estoy obligando a que presente papel de personaje de novela semanal. Es la verdad. Ella se comporta como si estuviera viendo pasar los azacuanes que anuncian el invierno.

—Yo no te obligo a nada —su carita de cielo sin estrellas.

«Llevate de recuerdo los dos tomos de Salarrué, entre uno de los Cuentos de Cipotes hay un mensaje, pero no quiero que lo veas sino hasta que vayas leyendo en el tren, hasta que llegues a esa parte, vos lo vas a ver.» «¿Llevás cepillo de dientes? ¿Calzoncillos? ¿Calcetines?». La pobre.

Al otro lado del túnel suena el pito del tren. Y me van entrando unas ganas de despertar. Saco un tomo de Salarrué. «Estos libros me van a servir de estorbo.» Un menesteroso frente a mi asiento. «Es un regalo de familia, de Caperucita, mi novia.» Me mira, entrecejo de por qué no me lo traduce. «Si usted la conociera quedaría encantado» —haciéndole propaganda a Caperucita. Los ojos del menesteroso se pierden por la ventana polvorienta y el camino que se va quedando atrás. «Además llevo una nota de recuerdo.» Hojeo el libro para mostrársela, olvidando la promesa de leerla sino hasta descubrirla a través de la lectura. Allí están las manchas de bolígrafo en uno de los cuentos: «No puedo retenerte ni usando algunos trucos de la vida.» La locomotora se muestra al llegar a una curva. «Mi país es maravilloso.»

Aparecés, Caperucita, pelándome tus dientes de ratón. Lloro de mentiras. Oye, vos te estás poniendo invisible. Amorr y se me traba la lengua. Lobo querido. Su lengua húmeda sobre la piel. Caramelo de hierba-buena. Seguimos lamiéndonos cien años. Lobo de todos los días. Loba de

todos los días. Quiero comer. La comida es la mierda al revés. Ya vas con tu filosofía. Guauguau, los lobos. El alma, pues, ese polvillo intemporal.

«Tenga cuidado con los guardias que van en la plataforma» —me dice el menesteroso. «Ajá» —le contesto. «Vos jugás con mis sentimientos.» «¿Cómo dice?» —pregunta el menesteroso. «Nada, que yo juego con mi vida» —le respondo. Hace como que no entiende; trato de explicarle pero el tren ha llegado a la próxima estación y el menesteroso se acomoda las alforjas, alistándose a bajar. «Qué Dios me lo acompañe» —dice. «Gracias.» Uu-uu-uu, pita el tren y sale a la carrera.

—Tenes quesconderté.

—Pero ¿por qué? No me vengás otra vez con tus babosadas, Noel.

—Dicen que vos le dijiste a Manuel todo, por eso no sencontraba en la casa cuando llegamos, tampoco estaba Alfonso.

—Eso es un invento tuyo.

—Si fuera invento mío no vendría a decirte que tescondás, si no fuera tu amigo ni siquiera te haría caso, porque reconocé que sos una mierda.

—Vos menganchaste, vos sos el hijueputa, perdoná que te lo diga.

—Desahogate, tenés derecho.

—¿Qué más quieren? Hice lo que ustedes me pidieron; me puse contra miermano; le entregué la foto de Al junto con el Chele; es más, esa fotografía era falsa.

—Vos lo viste con tus propios ojos...

—El poeta estaba golpeado, eso no aparecía en la foto.

—Yo en esas mierdas no me meto; sólo quería avisarte que te andan buscando y si no te vas de aquí lo más pronto posible no vayas a decir que no te previne.

—¿Por qué no te hartas una carretada de mierda?

—Sí, y vos me vas a acompañar.

—Ustedes se querían cagar en Alfonso y les cayó caca de la dura y de la aguada; ahora se quieren limpiar en mí.

—¿Por qué decis eso?

—Porque miermano jamás creyó en esa foto; ustedes piensan que toda la gente es pendeja, están equivocados.

—Nosotros nunca nos equivocamos... bueno, vamos al grano, decime si te puedo ayudar en algo, yo nuestoy bromeando... yo les dije que vos eras vergón e incapaz de hacernos una traición; ellos no me lo creyeron, ya nues culpa mía. Si por eso me pagas insultándome, allá vos.

—Vos sos el culpable de todo.

—No les pude quitar la idea que vos no le habías dicho nada a tuermano ni a Alfonso, ni siquiera creen quentregaste la foto de Al tomándose la taza de café en Seguridad.

—Le hacés esto a mí y a mis hijitos...

—Si vos supieras el teje y maneje destas cosas nuestarías echándome culpas.

Afuera, el carro de la policía.

—Demasiado tarde, vos nunca quisiste creerme nada; —asomándose por la ventana—. El Chele en persona, por lo menos te hice persona importante... y no digás que no quise ayudarte, no me quiero colgar ese complejo.

El Chele con sus botas de vaquero y una metralleta en el hombro, bajándose de su *yip* especial.

23.

Uno de los tres tiene que quedarse; yo espero, sigan ustedes. Me dejaron tres chifles, cuarenta balas, suficiente para mantener en jaque a la cuadrilla perseguidora. «Pienso dispararlos todos.» «Dios tioyga.» Jorge se reservó siete balas. Suficiente. «Vos si las vas a necesitar, Al.» De aquí no

me muevo. Y veo el «aquí» acostado o sobre las agujas de los pinos. Suenan los primeros tiros, uno, dos, luego una ráfaga. Cuando Jorge está llegando a la cima, se oye el mismo ritmo, dos tiros una ráfaga. Aprendimos a conocer nuestra gente por eso. La ráfaga es de los perseguidores. Los tiros de Jorge son el uno-dos, de respuesta. Entonces los tengo en la mira. Rodrigo se ha de haber escapado, ahora le toca a Jorge. Sostengo la respiración y mi primera falange del dedo índice hace lo suyo. Tengo unos pulmones desgraciados. Bufo como el león viejo del jardín zoológico de San Salvador. El parque y sus animales flacos, los guardianes tirando al foso perros igualmente flacos; los peones se van acercando; arriba, en la baranda de hierro, el público aplaude, ahí estoy yo, esperando que algún día salga ganador el perro; el pobre mirando al público, con sus ojos queriendo volar; por lo menos deberían salvarse sus ojos. Burlarse del león y la leona hambrientos. A los pocos minutos, el perro está apechugado, sintiendo un frío enorme, se le ve por la manera de temblar. La gente ha dejado de chillar. El silencio dura unos minutos, entre la mirada del león y el zarpazo final. Esto sucede los días lunes, ahí estoy en el parque zoológico porque pienso que algún día el león va a ser el perdedor. Los perros van a salir volando y las fieras se van a morir de hambre. Pero el final siempre es el mismo a esta edad del sueño, llevado de la mano por una persona mayor. Continúo bufando hasta el final del monte, el sol oscurecido ya por la primera colina de enfrente. La primera misión había sido un éxito, por eso fui escogido en esta segunda. Meses atrás, había que encender de una vez los cuatro niples y lanzarlos por la ventana del cuartel; las mechas llevaban dos cabezas de cerillos en las puntas, para facilitar el encendido. No era tan fácil, si se toma en cuenta el mínimo tamaño que exigía la mecha, para evitar que nos regresaran los niples. Además, el ruido

de los niples quebrando las ventanas despertaría a la gente. «No puede tener más de tres centímetros» —dijo Manuel. «Eso es una locura» —le protesté. «Matemáticamente no hay problemas» —contraargumentó. «Pasa que la mecha no sabe matemáticas.» «Ya vas con tus chistes.» Esta segunda misión que nos llevaría a otra y otra y recordándolos a todos, mis compañeros, mis hermanos.